EL VIENTO DEL SOL

Arthur C. Clarke



ÍNDICE

EL ALIMENTO DE LOS DIOSES

Es una mera cuestión de honradez, señor presidente, el advertirle que gran parte de mi testimonio va a ser sumamente desagradable; implica aspectos de la naturaleza humana que muy rara vez han sido discutidos en público, y menos ante una comisión del Congreso. Pero me temo que no tienen más remedio que afrontarlo; hay momentos en que debemos rasgar el velo de la hipocresía, y éste es uno de ellos.

Ustedes y yo, señores, descendemos de una larga estirpe de carnívoros. Veo por sus expresiones que muchos de ustedes desconocen el término. Bueno, no es de extrañar; pertenece a una lengua que cayó en desuso hace uno dos mil años. Tal vez sea mejor que nos dejemos de eufemismos y seamos brutalmente sinceros, aun cuando tenga que emplear expresiones que no se han oído jamás entre gente educada. Pido perdón de antemano a todo aquel a quien pueda ofender.

Hasta hace unos siglos, el alimento predilecto de casi todos los hombres había sido la carne: la carne de animales que se sacrificaban. No pretendo revolverles el estómago; es sencillamente la constatación de un hecho que pueden comprobar en cualquier manual de historia...

Pues claro que sí, señor presidente. Estoy totalmente dispuesto a esperar a que el senador Irving se sienta mejor. Nosotros los profesionales olvidamos a veces la reacciones que pueden experimentar los profanos ante declaraciones de esta naturaleza. Al mismo tiempo debo advertir a la junta que lo que viene a continuación es mucho peor. Si alguno de los presentes es algo delicado, le sugiero que siga el ejemplo del senador, antes de que sea demasiado tarde...

Bueno, pues continúo. Hasta los tiempos modernos, todo el alimento estaba clasificado en dos categorías. La mayor parte se derivaba de las plantas: cereales, frutas, plancton, algas y otras formas de vegetación. Nos es difícil comprender que la inmensa mayoría de nuestros antepasados fueran granjeros y sacaran el alimento de la tierra o del mar mediante técnicas primitivas, a menudo muy penosas, pero ésa es la pura verdad.

El segundo tipo de alimento, si se me permite volver sobre tan desagradable tema, era la carne, obtenida de un número relativamente pequeño de animales. Puede que sus nombres les resulten familiares: vacas, cerdos, ovejas, ballenas. La mayoría de la gente - lamento insistir en esto, pero el hecho está fuera de toda discusión - prefería la carne a cualquier otra clase de alimento, pese a que sólo los más ricos podían satisfacer este apetito. Para la mayor parte de la humanidad, la carne era un bocado exquisito, casi desconocido, en una dieta compuesta en más de un noventa por ciento de verduras.

Si consideramos el hecho serenamente y de una manera desapasionada - como espero que el senador Irving está en disposición de hacer en este momento -, podemos ver que la carne se convirtió en algo raro y caro, pues su producción requiere un proceso extremadamente ineficaz. Para producir un kilo de carne, el animal en cuestión tenía que comer lo menos diez kilos de alimento vegetal... alimento que muy frecuentemente podía haber consumido el hombre directamente. Al margen completamente de cualquier consideración estética, este estado de cosas no podía tolerarse después de la explotación demográfica del siglo XX. Todo hombre que comía carne condenaba a diez o más de sus semejantes a la inanición...

Felizmente para todos nosotros, la bioquímica ha resuelto el problema: como deben saber ustedes, la respuesta la dio uno de los innumerables productos accesorios de la investigación espacial. Todo alimento - animal o vegetal - es extraído a partir de un número muy reducido de elementos corrientes. Carbono, hidrógeno, oxígeno, nitrógeno, trazas de azufre y de fósforo... esta media docena de elementos, junto con algunos más, se combinan en una casi infinita variedad de maneras, componiendo todos los alimentos que el hombre ha utilizado y utilizar jamás. Al enfrentarse con el problema de la colonización de la Luna y los planetas, los bioquímicos del siglo XXI descubrieron el medio de obtener sintéticamente cualquier elemento deseado a partir de las materias primas fundamentales de agua, aire y roca. Fue quizá el logro más importante de la historia de la ciencia. Pero no debemos enorgullecernos demasiado de ello. El reino vegetal nos había superado ya en mil millones de años.

Los químicos podían ahora producir sintéticamente cualquier tipo de alimento imaginable, tuviera o no su correspondiente paralelo en la naturaleza. No hace falta decir que hubo errores... y hasta desastres. Se erigieron imperios industriales que luego se vinieron abajo; el cambio de la explotación agrícola y animal por gigantescas instalaciones de elaboración automática y los omniversores de hoy fue a menudo doloroso. Pero tenía que darse ese paso, y ahora estamos mejor por esa razón. Se ha eliminado para siempre

el problema del hambre, y disfrutamos de una alimentación rica y variada como no se ha conocida en ninguna otra época.

Además, naturalmente, se ha logrado una ventaja moral. Ya no sacrificamos millones de seres vivos, y aquellas repugnantes instituciones que eran los mataderos y las carnicerías han desaparecido de la faz de la Tierra. Nos parece increíble que nuestros antepasados, por toscos y brutales que fuesen, pudieran tolerar semejantes obscenidades.

Y no obstante... es imposible romper totalmente con el pasado. Como he dicho ya, somos carnívoros; heredamos gustos y apetencias adquiridos a lo largo de un millón de años. Nos agrade o no, hace sólo unos años, algunos de nuestros bisabuelos disfrutaban comiendo carne de cordero y de carnero y de cerdo... cuando podían. Y nosotros aún disfrutamos hoy de ese placer...

-Dios mío! Será mejor que el senador Irving espere fuera a partir de ahora. Creo que no he debido expresarme con tanta brusquedad. Lo que quería decir, naturalmente, es que muchos de los alimentos sintéticos que actualmente consumimos tienen la misma fórmula que los antiguos productos naturales; algunos de ellos, efectivamente, son réplicas tan exactas que ninguna prueba química o de otro tipo podría encontrar la diferencia. Esta situación es lógica e inevitable; los fabricantes nos hemos limitado a tomar como modelos los alimentos presintéticos más populares, y reproducir su gusto y textura.

Naturalmente, hemos creado también nombres nuevos que no sugieren origen anatómico o zoológico alguno, evitando así desagradables asociaciones. Cuando vamos a un restaurante, la mayoría de los nombres que encontramos en la carta han sido inventados a partir de principios del siglo XXI, o son adaptaciones de los nombres originales franceses, por lo que muy pocas personas podrían reconocerlos. Si alguna vez quieren ustedes averiguar cuáles son sus respectivos umbrales de tolerancia, pueden hacer un interesante, pero sumamente desagradable, experimento. La sección clasificada de la Biblioteca del Congreso posee un amplio repertorio de menús de restaurantes famosos - sí, y de los banquetes de la Casa Blanca -, registrados desde hace quinientos años hasta la fecha. Son de una franqueza cruda, disecadora, que los hace casi ilegibles. Creo que no hay nada que revele más vívidamente el abismo que se abre entre nosotros y nuestros antepasados de hace sólo unas cuantas generaciones...

Sí, señor presidente... estoy llegando a la cuestión; todo esto está íntimamente relacionado con el motivo de mi alegato, por desagradable que parezca. No es mi intención estropearles el apetito; me limito a exponer el fundamento para el cargo que quiero presentar contra mis competidores, la Corporación Triplanetaria de Alimentación.

De no entender este fundamento, podrían pensar que no es más que una queja trivial motivada por las graves pérdidas que ha soportado mi compañía desde que apareció en el mercado la Ambrosía Plus. Todas las semanas, señores, se inventan nuevos alimentos. Aparecen y desaparecen como las modas femeninas, y sólo uno de cada mil viene a sumarse permanentemente al menú. Es extremadamente difícil acertar en el gusto del público de buenas a primeras, y reconozco sinceramente que la serie de platos Ambrosía Plus han obtenido el m s grande éxito en toda la historia de la industria alimenticia. Todos ustedes conocen la situación: los demás platos han desaparecido del mercado.

Como es natural, nos hemos visto obligados a aceptar el desafío. Los bioquímicos de mi organización son tan buenos como los de cualquier otra compañía del sistema solar; así que se pusieron a trabajar inmediatamente en la Ambrosía Plus. No les revelo ningún secreto industrial si les digo que tenemos análisis de casi todos los alimentos, naturales o sintéticos, que ha utilizado la humanidad, incluso de platos exóticos de los que ustedes no han oído hablar jamás, como calamares fritos, langostas con miel, lenguas de pavo real, polipodios venusianos... Nuestra vasta biblioteca de sabores y texturas es nuestra base fundamental, así como la de todas las sociedades del ramo. De ella podemos seleccionar y mezclar elementos para cualquier combinación imaginable; y normalmente podemos obtener un duplicado, sin grandes dificultades, de cualquier

producto que saquen nuestros competidores.

Pero la Ambrosía Plus nos ha tenido desorientados durante bastante tiempo. Su precipitado de proteína - grasa la clasificaba decididamente como una carne sin demasiadas complicaciones... y, sin embargo, no lográbamos reproducirla exactamente. Esa ha sido la primera vez que han fracasado mis químicos; ninguno de ellos podía explicar qué era lo que confería a la sustancia su extraordinario atractivo, el cual, como todos sabemos, hace que, en comparación, nos parezca insípido cualquier otro alimento. Y con razón... pero vayamos por partes.

En pocas palabras, señor presidente: el director de la Corporación Triplanetaria comparecerá ante usted... más bien de mala gana, estoy seguro. Le dirá que la Ambrosía Plus se compone de aire, agua, calcio, azufre y demás. Eso es completamente cierto, pero es lo menos importante de toda esta historia. Pues nosotros acabamos de descubrir su secreto... que, como la mayoría, es bien simple una vez conocido.

Desde luego, debo felicitar a mi competidor. Por fin ha hecho aprovechables cantidades ilimitadas de lo que es, por la naturaleza de las cosas, el alimento ideal de la humanidad. Hasta ahora lo ha habido en proporciones extremadamente reducidas, y, por tanto, lo

venían paladeando los pocos entendidos que podían obtenerlo. Todos ellos, sin excepción, han jurado que no existe nada que se le pueda comparar ni remotamente.

Sí; los químicos de la Triplanetaria han hecho un trabajo magnífico. Ahora, a ustedes les toca resolver las repercusiones morales y filosóficas. Al empezar mi alegato he utilizado el viejo término de carnívoros. Ahora debo darles a conocer otro que, dado que lo empleo por vez primera, convendrá que lo deletree: C-A-N-I-B-A-L-E-S...

MAELSTROM - II

El no era el primer hombre, se decía Cliff Leyland amargamente, en saber el segundo exacto y la forma precisa de su muerte. Los criminales condenados habían aguardado innumerables veces su último amanecer. Sin embargo, hasta el verdadero final, podían esperar el indulto; los jueces humanos podían mostrarse misericordiosos. Pero no existe apelación posible contra las leyes de la naturaleza.

Y sólo seis horas antes había estado silbando feliz mientras ordenaba sus diez kilos de equipaje personal, antes de emprender el largo viaje de regreso a casa. Todavía podía recordar (aun ahora, después de todo lo que había sucedido) que había soñado que tenía ya a Myra en sus brazos, que llevaba a Brian y a Sue a aquel crucero por el Nilo que les había prometido. Dentro de unos minutos, cuando la Tierra se elevara sobre el horizonte, podría ver otra vez el Nilo; pero sólo su memoria podría evocar los rostros de su mujer y de sus hijos.

Y todo porque había intentado ahorrar novecientos dólares-esterlinas iniciando el viaje con la catapulta de carga, en vez de utilizar la pista de cohetes.

Había previsto que los doce primeros segundos del viaje serían difíciles debido a la fuerte aceleración imprimida a la cápsula por el lanzador eléctrico a lo largo del carril de diez millas, a del que habría de salir disparado para alejarse de la Luna.

Aun con la protección del agua en que flotaba durante la cuenta atrás, no le producían tranquilidad las veinte g del despegue. Y cuando la cápsula entró en la fase de aceleración, no tuvo conciencia de las inmensas fuerzas que actuaron sobre él. El único ruido consistía en un débil crujido de las paredes metálicas; para cualquiera familiarizado con el tronar de los cohetes de lanzamiento, el silencio era pavoroso.

Cuando el altavoz de la cabina anunció: T más cinco segundos; velocidad, dos mil millas por hora, apenas podía creerlo.

Dos mil millas por hora en cinco segundos, desde una posición parada... y aún faltaba siete segundos, mientras los generadores vomitaban violentamente sus chorros de fuerza en el lanzador. Cliff guiaba esa centella por la faz de la luna. Y a los siete segundos la centella vaciló.

Aún protegido en esa especie de seno materno del tanque, Cliff pudo notar que había ocurrido algo. El agua que le rodeaba, hasta el momento fría y casi rígida por su propio peso, pareció cobrar vida de pronto. Aunque la cápsula se desplazaba vertiginosamente por la pista, había cesado toda aceleración y se deslizaba tan sólo por zu propio impulso.

No tuvo tiempo de sentir miedo, ni de preguntarse qué había pasado, porque el fallo de la fuerza impulsora duró poco más de un segundo. Luego, con una sacudida que hizo retemblar la cápsula de extremo a extremo, y tras emitir una serie de crujidos sonoros y ominosos el campo volvió a entrar en acción.

Cuando decreció la aceleración por última vez, el peso se disipó con ella. Cliff no necesitó más instrumento que su estómago para saber que la cápsula había dejado atrás la rampa y se estaba alejando de la superficie de la Luna. Esperó impaciente, hasta que las bombas automáticas vaciaron el tanque y los secadores de aire caliente completaron el trabajo; entonces se deslizó hasta el panel de control y se hundió en el asiento.

- Control de Lanzamiento - llamó urgentemente, mientras se ceñía los cinturones alrededor de su cuerpo -, ¿qué demonios ha pasado?

Una voz presurosa, aunque preocupada, contestó inmediatamente:

- Estamos comprobando todavía... Le volveremos a llamar dentro de treinta segundos - luego añadió, sorprendida -: Nos alegra saber que está bien.

Mientras aguardaba, Cliff encendió la pantalla de visibilidad de proa. No se veía más que estrellas... exactamente como tenía que ser. Al menos, había despegado casi a la velocidad programada y no corría peligro de estrellarse en la superficie de la Luna... de momento. Pero se estrellaría más pronto o más tarde, pues era imposible que hubiera alcanzado la velocidad de escape. Se elevaría hacia el espacio describiendo una vasta elipse... y, en pocas horas, volvería al punto de partida.

- Hola Cliff - dijo súbitamente el Control de Lanzamiento -. Hemos descubierto lo que ha sucedido. Los interruptores del circuito se han disparado al atravesar el sector cinco de la pista. Tu velocidad de despegue se ha reducido en setecientas millas por hora. De modo que regresarás dentro de unas cinco horas... pero no te preocupes; tus propulsores de correción de rumbo pueden situarte en una órbita estable. Te avisaremos cuando debes

encenderlos. Luego, todo lo que tienes que hacer es aguardar tranquilamente hasta que podamos enviar a alguien para que te remolque hasta aquí.

Lentamente, Cliff se fue relajando. Había olvidado los cohetes vernier de la cápsula. Pese a su escasa potencia, podían lanzarle a una órbita que le alejara de la Luna. Aunque descendiera a pocas millas de la superficie lunar y pasara rasando por encima de las montañas y llanuras como una exhalación, estaría completamente a salvo.

Luego recordó los crujidos metálicos del compartimiento de control y sus esperanzas desfallecieron otra vez, dado que había muy pocas cosas en un vehículo espacial que pudieran resquebrajarse sin que ello acarreara las más desagradables consecuencias.

Se dispuso a hacer frente a estas consecuencias, ahora que había terminado las últimas revisiones de los circuitos de ignición. Ni el MANUAL ni el AUTOMATICO pudieron encender los cohetes de navegación. Las modestas reservas de combustible de la cápsula, que podían haberle elevado a una zona de seguridad, habían quedado totalmente inutilizadas. Dentro de cinco horas completaría su órbita... y regresaría al punto de lanzamiento.

Me pregunto si le pondrán mi nombre al cráter, pensó Cliff: Cráter Leyland; diámetro.. ¿qué diámetro tendrá? No hay que exagerar, supongo que no tendrá más de unas doscientas yardas de diámetro. No valdrá la pena registrarlo en el mapa.

El Control de Lanzamiento seguía aún en silencio, pero no era de extrañar. No era mucho lo que se le podía decir a un hombre que ya estaba prácticamente muerto. Y no obstante, aunque sabía que nada podía alterar su trayectoria, le parecía increíble que fuera a caer dentro de unas horas, y que sus restos iban a esparcirse por casi toda la Cara Oculta. Todavía se estaba elevando de la Luna, confortablemente acomodado en su pequeña cabina. La idea de la muerte era completamente absurda... como lo es para todos los hombres, hasta que les llega el instante final.

Y entonces, por un momento, Cliff olvidó su propio problema. El horizonte que tenía ante sí no era ya plano. Algo más brillante aún que el resplandeciente paisaje lunar se elevaba sobre las estrellas. Al dar la vuelta la cápsula en torno a la Luna, dio ocasión al único amanecer posible de la Tierra: un amanecer originado por el hombre. Un minuto después había aparecido toda entera, tal era la velocidad que desarrollaba en su órbita. Un momento más tarde, la Tierra había saltado limpiamente del horizonte, y ascendía velozmente en el firmamento.

Estaba llena en sus tres cuartas partes, y casi era demasiado brillante para mirarla. Era un espejo cósmico compuesto, no de oscuras rocas y polvorientas llanuras, sino de nieve y nubes y mares. Efectivamente, casi todo era mar, pues el Pacífico estaba vuelto hacia

él, y el reflejo cegador del Sol cubría las islas hawayanas. La bruma de la atmósfera esa blanda capa que podía haber acolchado su descenso en cuestión de unas horas - borraba todos los detalles geográficos; puede que esa mancha más oscura que emergía de la noche fuese Nueva Guinea, pero no estaba seguro.

Era una amarga ironía saber que enfilaba directamente hacia esa amada y luminosa aparición. Con otras setecientas millas más por hora lo habría logrado. Setecientas millas: Eso era todo. Pero era tanto como pedir un millón. La visión de la Tierra elevándose en el cielo le recordó, con una fuerza irresistible, el deber que temía, pero que no podía diferir por más tiempo.

- Control de Lanzamiento - dijo, manteniendo la firmeza de su voz a costa de gran esfuerzo -; por favor, deme línea con la Tierra.

Esta era una de las cosas más extrañas que había hecho en su vida: estar por encima de la Luna y escuchar el teléfono en su propia casa, a un cuarto de millón de millas de distancia. Debían ser casi las doce de la noche en Africa, y tardaría un poco en atender al teléfono. Myra se removería soñolienta; luego, porque era la esposa de un hombre del espacio, recelosa siempre de alguna desgracia, se despabilaría instantáneamente. Pero a ninguno de los dos le había gustado nunca tener el teléfono en la alcoba, y tardaría lo menos quince segundos en encender la luz, cerrar la puerta del cuarto del bebé para que no se despertara, bajar la escalera y...

La voz de su esposa le llegó clara y dulce a través del espacio. La reconocería desde cualquier punto del universo, y percibió inmediatamente su apagado tono de ansiedad.

- ¿Señora Leyland? - dijo la operadora terrestre -. Tengo una conferencia de su marido. Por favor, recuerde los dos segundos de retardo.

Cliff se preguntó cuánta gente estaría escuchando esta conferencia desde la Luna, desde la Tierra o desde los satélites de comunicación. Es difícil hablarles por última vez a los seres queridos cuando no sabes cuantos fisgones estarán escuchando. Pero tan pronto como empezó a hablar, no existió ya nadie más en el mundo que Myra y él.

- Cariño - empezó -. Soy Cliff. Me temo que no voy a volver a casa como te había prometido. Ha surgido un... un fallo técnico. Me encuentro perfectamente bien de momento, pero estoy en un grave aprieto.

Tragó saliva, tratando de dominar la sequedad de boca; luego siguió hablando con rapidez, antes de que ella pudiera interrumpirle. Le explicó la situación lo más brevemente posible. Por él, tanto como por ella, no abandonaba toda esperanza.

- Todo el mundo está tratando de hacer lo que puede - dijo él. -. Quizá envíen una nave para remolcarme. Pero en caso de que no puedan... bueno, yo quería hablar contigo y con los niños.

Lo encajó bien, como ya sabía él que lo haría. Sintió orgullo, a la vez que amor, cuando le llegó la respuesta desde la cara oscura de la Tierra.

- No te preocupes, Cliff. Estoy segura de que te sacarán del apuro y que por fin tendremos nuestras vacaciones exactamente como habíamos planeado.

- Eso creo yo también - mintió él -. Pero sólo por si acaso, ¿quieres despertar a los niños? No les digas que pasa nada.

Hubo un interminable medio minuto de espera, antes de oír sus soñolientas aunque excitadas voces. Cliff habría dado de buena gana estas últimas horas de vida que le quedaban por poder ver sus caras una vez más, pero la cápsula no estaba equipada con lujos tales como televisión. Quizá era mejor así, porque de tenerles que mirar a los ojos, no habría podido ocultarles la verdad. Se habrían dado cuenta en seguida, aunque él no les dijera nada. Sólo quería sentirles felices en sus últimos minutos juntos.

Sin embargo, era difícil contestar a sus preguntas, decirles que pronto les vería, prometerles cosas que no podría cumplir. Necesitó recurrir a todo su poder de autodominio cuando Brian le recordó que le trajera el polvo lunar que se le olvidó en el viaje anterior... y ahora se había acordado.

- Esta vez te lo traigo; lo tengo en un frasco aquí a mi lado. Dentro de poco podrás enseñárselo a tus amigos. (No: dentro de poco volverá al mundo donde procede.) Y tú, Susie, sé buena y haz todo lo que mamá te diga. Tus últimas notas no fueron muy buenas, sobre todo la que tuviste en conducta... Sí, Brian, tengo esas fotografías, y el trozo de roca de Aristarchus...

Era duro morir a los treinta y cinco años; pero era duro también, para un niño, perder a su padre a los diez. ¿Cómo le recordaría Brian en los años venideros? Quizá como una mera voz borrosa procedente del espacio, dado el poco tiempo que había estado en la Tierra. En los últimos escasos minutos, mientras la nave enfilaba hacia arriba y volvía a torcer luego hacia la Luna, poco era lo que podía hacer, salvo proyectar su amor y sus esperanzas a través del vacío que jamás volvería a traspasar. El resto dependería de Myra.

Una vez se retiraron los niños, dichosos, pero extrañados, aún le quedaba algo que hacer. Ahora era el momento de conservar lúcida la cabeza, de ser práctico y positivo. Myra debía afrontar el futuro sin él, pero al menos él podía hacer más fácil el cambio. Suceda lo que le suceda al individuo, la vida sigue; y para el hombre moderno, la vida

implica hipotecas y deudas que se pagan a plazos, pólizas de seguros y cuentas bancarias comunes. Casi impersonalmente, como si se refiriera a otra persona - lo que no tardaría en ser completamente cierto -, Cliff comenzó a hablar de todas estas cosas. Había un tiempo para el corazón, y un tiempo para el cerebro. Al corazón le tocaría el turno final, dentro de tres horas, cuando iniciara su curva final hacia la superficie de la Luna.

Nadie les interrumpió. Debía de haber monitores silenciosos manteniendo el contacto entre los dos mundos, pero era como si ellos dos fueran las únicas personas vivientes. A veces, mientras hablaban, los ojos de Cliff se desviaban hacia el periscopio y se deslumbraban ante el brillo de la Tierra, que ahora había recorrido más de la mitad del camino hacia su cenit. Resultaba imposible creer que fuese el hogar de siete billones de almas. Pero de todas ellas, en este momento sólo le importaban tres.

Debían haber sido cuatro, pero con la mejor voluntad del mundo, no lograba sentir por el bebé lo mismo que sentía por los otros. No había visto aún a su hijo más pequeño; y ya no lo vería jamás.

Finalmente no supo qué decir. Para determinadas cosas no bastaba una vida entera, en cambio una hora podía resultar demasiado. Se sentía física y emocionalmente agotado, y el esfuerzo de Myra debía de ser igualmente grande. Cliff quería estar solo con sus pensamientos y con las estrellas para serenar su ánimo y estar en paz con el universo.

- Quisiera cortar la comunicación una hora o dos, cariño - dijo. No había necesidad de explicaciones; se entendían demasiado bien -. Te volveré a llamar con... con tiempo suficiente. Hasta luego.

Esperó los dos segundos y medio, hasta que le llegó la despedida desde la Tierra; luego Cliff desconectó el circuito y clavó su mirada vacía en el pequeño panel de control. De manera totalmente inesperada, sin el menor deseo o volición por su parte, le brotaron lágrimas de los ojos, y súbitamente comenzó a llorar como un niño.

Lloraba por su familia y por él mismo. lloraba por el futuro que podía haber sido, y las esperanzas que no tardarían en convertirse en un vapor incandescente que se disiparía entre las estrellas. Y lloraba porque no podía hacer otra cosa.

Un rato después se sintió mucho mejor. Efectivamente, se dio cuenta de que tenía un hambre atroz. No tenía por qué morir con el estómago vacío, y empezó a revolver entre los alimentos en la diminuta despensa. Mientras masticaba un tubo de pasta de pollo con jamón llamó el Control de Lanzamiento.

Era una voz nueva la que le hablaba, una voz lenta, firme y enormemente capaz que daba la impresión de no tolerar ninguna impertinencia por parte de mecanismos inanimados.

- Aquí Van Kessel, Jefe de Mantenimiento de la División de Vehículos Espaciales. Escuche con atención, Leyland. Creemos haber encontrado una solución. Es una posibilidad remota... pero es la única que existe para usted.

Las alternancias de esperanza y desesperación son terribles para el sistema nervioso. Cliff sintió un súbito desvanecimiento; habría caído de haber sido posible caer en dirección alguna.

- Prosiga - dijo débilmente, tan pronto como se recuperó. Luego escuchó a Van Kessel con un ansia que lentamente se fue transformando en incredulidad.

-¡No lo creo! - dijo por último -. ¡Eso no tiene sentido!

- No se puede discutir con los ordenadores - contestó Van Kessel -. Han comprobado las cifras de veinte maneras distintas. Y, desde luego, tiene sentido. Una vez en el apogeo, no se desplazará tan rápidamente, y no necesitará más que dar un salto para cambiar de órbita. Supongo que no se ha puesto nunca un traje interestelar, ¿verdad?

- No, desde luego.

- Lástima... pero no importa. Si sigue las instrucciones no habrá error. Encontrar el traje en el armario del fondo de la cabina. Quite los precintos y sáquelo.

Cliff recorrió flotando los seis pies de distancia que había desde el panel de control hasta el fondo de la cabina y tiró de la palanca, donde se advertía: SOLO EN CASO DE EMERGENCIA; TRAJE ESPACIAL INTERESTELAR TIPO 17. Se abrió la puerta, y el brillante tejido plateado colgó fláccido ante él.

- Quítese la ropa interior y enfúndese en él - dijo Van Kessel -. No se preocupe del biopaquete... luego se lo ajustará.

- Ya está - dijo Cliff al cabo de un rato -. ¿Qué hago ahora?

- Espere veinte minutos... luego le daremos la señal de abrir la cámara de descompresión y saltar.

De pronto, comprendió todo lo que significaba la palabra saltar. Cliff contempló la cabina, pequeña, confortable, familiar, y luego pensó en el vacío interestelar: el abismo carente de reverberaciones, donde un hombre que cayese no dejaría de descender hasta el fin de los tiempos.

Jamás había estado en el espacio libre; no había tenido motivo alguno para haber estado. Era hijo de un granjero, titulado en agronomía, auxiliar del Proyecto para la Recuperación Agrícola del Sahara, y trataba de obtener cosechas en la Luna. El espacio

no era asunto suyo; él pertenecía a los mundos formados de tierra y de rocas, de polvo lunar y piedra pómez.

- No puedo - susurró -. ¿No hay otro medio?

- No - atajó Van Kessel -. Vamos a hacer lo que podemos para salvarle, y no hay tiempo para ponerse neurótico. Docenas de hombres se han encontrado en peores situaciones... gravemente lesionados, atrapados en naves a la deriva, a un millón de millas de la ayuda más próxima. Pero usted no tiene todavía ni un rasguño y ya se pone a chillar. Cálmese, o cortamos la comunicación y le dejamos cocerse en su propia salsa.

Cliff se fue poniendo colorado poco a poco, y transcurrieron varios segundos antes de contestar.

- De acuerdo - dijo finalmente -. Prosigamos con esas instrucciones.

- Eso está mejor - dijo Van Kessel con tono de aprobación -. Dentro de veinte minutos, cuando se encuentre en su apogeo, se introducir en la cámara de descompresión. A partir de ese momento perderemos toda comunicación; el transmisor de su traje tiene un alcance de sólo diez millas, pero le seguiremos por radar y podremos hablar con usted cuando pase de nuevo por encima de nosotros. Ahora veamos los mandos que tiene su traje...

Los veinte minutos transcurrieron de prisa. Al final de ese tiempo Cliff sabía exactamente lo que tenía que hacer. Incluso había acabado por creer que daría resultado.

- Es hora de lanzarse - dijo Van Kessel -. La cápsula está orientada correctamente, la cámara de descompresión apunta en la trayectoria que usted necesita seguir. Pero no es preciso que la dirección sea exacta. Lo que importa es la velocidad. Ponga toda su alma en ese salto... ¡y buena suerte!

- Gracias - dijo Cliff torpemente -. Siento haber...

- Olvídelo - le interrumpió Van Kessel -. ¡Ahora muévase!

Por última vez, Cliff echó una mirada en torno a la diminuta cabina, preguntándose si no habría olvidado algo. Tenía que dejar todas sus pertenencias, si bien podía sustituirlas fácilmente después. Luego recordó el pequeño frasco de polvo lunar que había prometido a Brian; esta vez no defraudaría al muchacho. La reducida masa de la muestra - unas onzas tan sólo - no importaba para la suerte que iba a correr. Ató un trozo de cordón en el cuello del frasco y lo sujetó al equipo del traje.

La cámara de descompresión era tan pequeña que, literalmente, no había espacio para moverse; se quedó emparedado entre la puerta interior y la exterior, hasta que terminó el

bombeo automático. Luego se abrió el mamparo lentamente hacia fuera, y Cliff se encontró frente a las estrellas.

Tiró de sí con sus torpes dedos enfundados, salió de la cámara y se puso de pie sobre la empinada curva del casco, sujetándose firmemente a él con el cordón de seguridad. La magnificiencia del panorama le dejó casi paralizado. Se olvidó de todos sus temores de vértigo e inseguridad al mirar en torno suyo, libre del estrecho campo visual del periscopio.

La Luna se veía como un gigantesco creciente, y la línea divisoria entre la noche y el día era un arco dentado que recorría un cuadrante del firmamento. Abajo, el Sol se estaba poniendo en el inicio de la larga noche lunar, pero las cimas de los picos desiertos aún se veían inflamados por la última luz del día, y desafiaban la oscuridad que ya les cercaba.

Esta oscuridad no era completa. Aunque el Sol se había ocultado, tras el suelo que tenía debajo, la Tierra, casi llena, la inundaba con su resplandor. Y a la luz vacilante de la Tierra, Cliff pudo distinguir, débil, aunque nítidamente, las siluetas de los mares y las zonas montañosas, las estrellas confusas de los picos encrespados, los círculos oscuros de los cráteres. Volaba por encima de una tierra soñolienta y fantasmal... una tierra que trataba de arrastrarle hacia su muerte. Pues ahora se hallaba en equilibrio, en el punto más elevado de su propia órbita, exactamente en la línea situada entre la Luna y la Tierra. Era el momento de saltar.

Dobló las piernas, agachándose contra el casco. Luego, con todas sus fuerzas, se impulsó hacia las estrellas, dejando correr el cordón de seguridad tras de sí.

La cápsula retrocedió a sorprendente velocidad, y al hacerlo, sintió Cliff una sensación de lo más inesperada. Había pensado que experimentaría terror o vértigo, pero no esta inequívoca, inolvidable, persistente sensación de cosa familiar. Todo esto había sucedido antes; no a él, por supuesto, sino a otro. No podía precisar el recuerdo, pero no tenía tiempo de pensar en ello ahora.

Echó una rápida mirada a la Tierra, a la Luna, y nuevamente a la cápsula espacial, y tomó una decisión sin tener conciencia plena de ello. El cordón dio un latigazo al soltar el resorte de sujección. Ahora estaba solo, a dos mil millas de la Luna y a un cuarto de millón de millas de la Tierra. No podía hacer nada más que esperar; tendrían que transcurrir dos horas y media antes de saber con certeza si seguiría viviendo... y si sus músculos habían cumplido la misión que no habían podido realizar los cohetes.

Y cuando las estrellas giraron lentamente en torno suyo, comprendió súbitamente cuál era el origen de ese recuerdo persistente. Hacía muchos años había leído los relatos de Poe; ¿y quién sería capaz de olvidarlos?

El también se sentía atrapado en un maelstrom, y giraba y giraba, hundiéndose hacia su propia destrucción; también él esperaba escapar abandonando su navío. Y aunque las fuerzas con las que se enfrentaba eran totalmente diferentes, el paralelismo se le antojaba asombroso. El pescador de Poe se había amarrado a un barril porque los objetos cortos y cilíndricos eran absorbidos más lentamente que su embarcación. Fue una brillante aplicación de las leyes de la hidrodinámica. A Cliff sólo le quedaba esperar que su empleo de la mecánica celeste fuese igualmente inspirado.

¿Qué velocidad se había podido imprimir a sí mismo al saltar de la cápsula? Seguramente, cinco millas por hora. Aunque comparada con los cómputos astronómicos era despreciable, debía de ser la suficiente como para situarse en una nueva órbita... la cual, como le había prometido Van Kessel, le alejaría varias millas de la Luna. No era un margen demasiado grande, pero sí sería lo suficiente en este mundo sin aire ni atmósfera que le arrastrara hacia abajo.

Con un repentino sobresalto de culpabilidad, Cliff se acordó de que no había llamado a Myra por segunda vez. Había sido culpa de Van Kessel; el ingeniero le había tenido continuamente ocupado, sin darle tiempo a pensar en sus propios asuntos. Y Van Kessel tenía razón: en una situación como ésta un hombre tenía que pensar sólo en sí mismo. Todos sus recursos, los mentales y los físicos, debían concentrarse en sobrevivir. No era éste momento ni lugar para distracciones y blanduras afectivas.

Iba ahora en dirección al lado oscuro de la Luna, y a medida que la contemplaba, la creciente iluminada iba disminuyendo. El disco intolerable del Sol, al que no se atrevía a mirar, se hundió rápidamente en el combado horizonte. El paisaje lunar fue menguando, y se convirtió en una raya luminosa, en un arco de fuego recortado contra las estrellas. Luego el arco se fragmentó en una docena de cuentas que parpadearon una tras otra, mientras él se precipitaba vertiginosamente en la sombra de la Luna.

Al irse el Sol, la luz de la Tierra pareció más brillante que nunca, escarchando su traje de plata, mientras ,l giraba lentamente en su órbita. Tardaba unos diez segundos en efectuar cada rotación; no podía hacer nada para detenerse, y, en realidad, agradecía ese constante cambio de perspectiva. Ahora que sus ojos ya no se distraían con las ocasionales miradas al Sol podía ver millares de estrellas allí donde antes sólo había visto unos cientos. Las constelaciones familiares se confundían, y hasta el m s brillante de los planetas resultaba difícil de descubrir entre tanto resplandor.

El disco oscuro de la noche lunar se dibujaba en el campo de estrellas como una sombra eclipsadora, y crecía lentamente a medida que Cliff caía hacia ella. A cada instante, alguna estrella, débil o brillante, se precipitaba hacia su borde y desaparecía tras

un leve parpadeo. Era casi como si estuviera creciendo un enorme agujero en el espacio, y éste se fuera tragando los cielos.

No había ninguna otra indicación de su movimiento, o del paso del tiempo, salvo sus giros regulares de diez segundos. Cuando miró su reloj, le asombró comprobar que había abandonado la cápsula hacía diez minutos. La buscó con la mirada entre las estrellas, pero fue inútil. En este momento debía de estar varias millas atrás. Pero luego la tendría delante, dado que se movía en una órbita inferior a la suya, y se estrellaría antes contra la Luna.

Cliff estaba aún tratando de descifrar esta paradoja cuando el esfuerzo de las últimas horas, junto con la euforia de la ingravidez, le produjeron un resultado que difícilmente habría considerado posible. Arrullado por el blando susurro de los conductos de aire, flotando más liviano que una pluma, girando bajo las estrellas, se quedó dormido en un sueño sin ensoñaciones.

Cuando despertó, a instancias de alguna llamada de su subconsciente, la Tierra estaba llegando al borde de la Luna. El espectáculo estuvo a punto de despertar de nuevo en él autocompasión, y durante un momento tuvo que luchar por dominar sus emociones. Esta podía ser la última vez que veía la Tierra, ya que su órbita le llevaría a la Cara Oculta, a la parte donde jamás brillaba la luz terrestre. Las relucientes capas de hielo del Antártico, los cinturones de nubes ecuatoriales, los centelleos del Sol sobre el Pacífico... todo se iba hundiendo rápidamente tras las montañas lunares. Luego, desaparecieron; se quedó sin Sol y sin Tierra que le alumbraran, y el suelo invisible de abajo era tan negro que le hacía daño a los ojos.

De manera increíble, apareció un grupo de estrellas dentro del disco de tiniebla, donde no era posible que hubiese estrella alguna. Cliff se quedó mir ndolas con asombro durante unos segundos, luego comprendió que estaba sobrevolando una de las colonias de la Cara Oculta. Allá abajo, protegidos por las cápsulas herméticas de la ciudad, los hombre aguardaban a que transcurriera la noche lunar... durmiendo, trabajando, amando, descansando o discutiendo. ¿Sabían ellos que Cliff cruzaba su firmamento con un meteorito y se desplazaba por encima de sus cabezas a cuatro mil millas por hora? Era casi seguro; porque en este momento toda la Luna y toda la Tierra debían estar enterados del trance por el que atravesaba. Quizá le estaban buscando con el radar y los telescopios, pero no disponían de mucho tiempo para encontrarle. En unos segundos la desconocida ciudad desaparecería de su vista y nuevamente estaría solo por encima de la Cara Oculta.

Era imposible saber a qué altitud se encontraba sobre el neutro vacío que se abría debajo, ya que no había posibilidad de cálculo o de perspectiva. A veces parecía que podía llegar a tocar la oscuridad que atravesaba; sin embargo, él sabía que en realidad debía de estar aún a muchas millas del suelo que tenía debajo. Pero sabía también que seguía descendiendo, y que, en cualquier momento, la pared de uno de los cráteres, o el pico de una montaña, que se alzaban invisibles hacia él podía atraparle.

En algún punto de la oscuridad que tenía delante se ocultaba el obstáculo final: era el peligro más temible de todos. En el corazón de la Cara Oculta, cruzando el ecuador de Norte a Sur y formando una pared de más de mil millas de longitud, se extiende la Cordillera Soviética. Cliff era un muchacho cuando fue descubierta, allá por el año 1959, y aún recordaba su excitación cuando vio las primeras fotografías borrosas del Lunik III. Jamás se le habría ocurrido pensar que un día volaría hacia esas mismas montañas en espera de que ellas decidieran su destino.

La primera erupción de claridad le cogió de sorpresa. La luz estalló delante de él, elevándose de pico en pico hasta que se encendió el arco entero del horizonte. Cliff estaba saliendo vertiginosamente de la noche lunar y se dirigía hacia la cara iluminada por el Sol. Al menos no moriría en la oscuridad; pero el más grave peligro estaba aún por venir. Pues ahora se encontraba nuevamente casi donde había empezado, y se aproximaba al punto más bajo de su órbita. Echó una mirada al cronómetro del traje, y vio que habían transcurrido ya cinco horas. Dentro de unos minutos se estrellaría contra la Luna... o pasaría rasando y se elevaría en el espacio.

Por lo que él podía juzgar, estaba a menos de veinte millas de la superficie, y seguía descendiendo, aunque muy lentamente ahora. Por debajo de él, las sombras alargadas del amanecer lunar eran dagas de tiniebla que apuntaban hacia el suelo aún envuelto por la noche. La luz puntiaguda y sesgada exageraba cada prominencia de suelo, y confería a las colinas más pequeñas el aspecto de montañas. Y ahora, de manera inequívoca, el terreno que tenía delante se iba elevando, arrugándose y configurando las estribaciones de la Cordillera Soviética. A más de un centenar de millas, pero acercándose a un promedio de una milla por segundo, se elevaba el oleaje de rocas de la superficie de la Luna. No podía hacer nada por evitarlo; su trayectoria era fija e inalterable. Todo lo que podía hacer lo había hecho ya, hacía dos horas y media.

No había sido suficiente. No se podía elevar por encima de estas montañas; eran las montañas las que se elevaban por encima de él.

Ahora lamentaba no haber llamado por segunda vez a su esposa, que aún estaría esperando a un cuarto de millón de millas de distancia.

Sin embargo, quizá fuera mejor así, porque no habría sabido qué decir.

Otras voces llamaron en el espacio que le rodeaba, al entrar nuevamente en el radio de alcance del Control de Lanzamiento. Aumentaban y disminuían al cruzar como un relámpago las zonas neutras que producían las montañas; estaban hablando de él pero el hecho apenas le afectaba.

Escuchaba con un interés impersonal, como si se tratara de mensajes procedentes de algún lugar remoto del espacio o del tiempo sin la menor conexión con su persona. Una de las veces oyó con toda claridad la voz de Van Kessel, que decía: Diga al comandante del Callisto que le daremos una órbita de interceptación tan pronto como comprobemos que Leyland ha pasado el perigeo. El momento del encuentro deber ser dentro de una hora y cinco minutos exactamente. Siento decepcionarle - pensó Cliff -, pero ése es un encuentro al que jamás podré acudir.

Ahora estaba la pared rocosa a sólo cincuenta millas, y cada vez que giraba impotente en el espacio se hallaba diez millas más cerca. No cabía optimismo ya, puesto que corría hacia aquella barrera implacable más de prisa que una bala de fusil. Era el final, y de pronto le pareció una cuestión muy importante saber si chocaría de cara, con los ojos abiertos, o de espaldas, como los cobardes.

Ningún recuerdo de la vida pasada emergió de la memoria de Cliff mientras contaba los segundos que le quedaban. El vertiginoso paisaje lunar giraba por debajo de él, y cada detalle se recortaba limpio y claro en la cruda luz de la madrugada. Ahora estaba de espaldas a las montañas que se le venían encima, y miraba hacia la trayectoria que había descrito, hacia la trayectoria que debía haberle llevado a la Tierra. No le quedaban más que tres de sus días de diez segundos.

Y entonces, el paisaje lunar se inflamó en una inmensa llamarada silenciosa. Una luz feroz como la del Sol barrió las sombras alargadas, y prendió fuego a los picos y cráteres que se diseminaban abajo. Duró sólo una fracción de segundo, y luego se desvaneció, antes de que él girase hacia el lugar de donde procedía.

Justamente delante de él, a sólo unas veinte millas, una inmensa nube de polvo se elevaba hacia las estrellas. Era como si hubiera entrado en erupción un volcán de la Cordillera Soviética; pero eso, naturalmente, era imposible. Igualmente absurdo fue el segundo pensamiento de Cliff: que merced a alguna fantástica proeza de organización y de logística, la División de Ingenieros de la Cara Oculta había destruido el obstáculo que se oponía a su trayectoria.

En efecto, había desaparecido. Habían arrancado un inmenso mordisco, en forma de media luna, a la cada vez más próxima línea del horizonte; las rocas y escombros se

elevaban aún de un cráter que cinco segundos antes no existía. Sólo la energía de una bomba atómica, lanzada en el momento preciso en su trayectoria, podía haber producido tal milagro. Y Cliff no creía en milagros.

Había completado otro giro sobre sí, y se hallaba casi encima de las montañas cuando recordó que, durante todo este tiempo, había llevado delante, aunque invisible, una excavadora cósmica. La energía cinética de la cápsula abandonada - un millar de toneladas desplazándose a una velocidad superior a una milla por segundo - era más que suficiente para provocar el boquete a través del cual pasaba ahora. El impacto de este meteoro artificial debió provocar una sacudida de toda la Cara Oculta.

La suerte le acompañó hasta el final. Hubo un breve golpeteo de partículas de polvo contra su traje, y tuvo una visión borrosa y fugaz de rocas incandescentes y nubes de humo que se disiparon rápidamente por debajo de él (¡qué extraño resultaba ver una nube en la Luna!). Luego cruzó las montañas, y no tuvo ante sí más que el bendito firmamento vacío.

En algún lugar, dentro de una hora, en su segunda órbita futura, el Callisto se aproximaría hasta entrar en contacto con él. Pero ya no había prisa; había escapado del maelstrom. Para bien o para mal, se le había concedido el don de la vida.

Unas millas a la derecha de su trayectoria estaba la pista de lanzamiento; parecía una raya del pelo trazada sobre la superficie de la Luna. Dentro de unos momentos entraría dentro del alcance de su transmisor. Ahora, lleno de gratitud y alegría, podría hacer la segunda llamada a la Tierra, y hablar con esa mujer que aún estaba esperando en la noche africana.

CRIATURAS ABISALES

Cuando dijo la centralita que la Embajada soviética estaba al aparato, mi primer pensamiento fue: «¡Bien, otro trabajo!» Pero en cuanto oí la voz de Goncharov comprendí que se trataba de alguna complicación.

- ¿Klaus? Aquí Mikhail. ¿Puedes venir en seguida? Es muy urgente, y no puedo decírtelo por teléfono.

Fui preocupado todo el camino hasta la Embajada, preparando mil excusas para en caso de que hubiera salido mal algo por culpa nuestra. Pero no se me ocurrió nada; en

ese momento no teníamos ningún contrato pendiente con los rusos. El último trabajo había finalizado hacía seis meses, en el tiempo previsto, y había sido de su entera satisfacción.

Bueno, ahora resulta que no estaban satisfechos, según descubrí en seguida. Mikhail Goncharov, el agregado comercial, era antiguo amigo mío: me contó todo lo que sabía, pero no era mucho.

- Acabamos de recibir un cable urgente de Ceilán - dijo -. Quieren que salgas inmediatamente. Ha surgido un grave problema en el proyecto hidrotérmico.

- ¿Qué clase de problema? - pregunté. Por supuesto, sabía que tenía que ser en el terminal de profundidad, puesto que esa era la única parte de la instalación que nos correspondía a nosotros. Los propios rusos se habían encargado de todo el trabajo de superficie, pero habían recurrido a nosotros para fijar las parrillas a tres mil pies de profundidad, en el océano Indico. No existe en el mundo una sola compañía que pueda mantener nuestro lema: CUALQUIER TRABAJO, A CUALQUIER PROFUNDIDAD.

- Todo lo que sé - dijo Mikhail - es que los ingenieros han informado que la instalación está totalmente inutilizada, que el primer ministro de Ceilán quiere inaugurar la planta dentro de tres semanas, y que a Moscú no le va a gustar lo que se dice nada que no pueda ponerse en funcionamiento para entonces.

Mentalmente repasé las cláusulas de penalización de nuestro contrato. La compañía parecía que estaba a cubierto, dado que el cliente había firmado el certificado de conformidad, con lo que admitía que el trabajo era de su entera satisfacción. Sin embargo, no era tan sencillo; si se demostraba que había habido alguna negligencia por nuestra parte, podíamos estar a salvo de toda acción legal... pero repercutiría gravemente en nuestros contratos. Y para mí, personalmente, la cosa sería peor, porque había sido yo el supervisor del proyecto de la Fosa de Trinco.

No me llamen buzo, por favor; detesto ese nombre. Soy ingeniero de profundidades marinas y utilizo la escafandra con la misma frecuencia que utiliza un aviador su paracaídas. Casi todo el trabajo lo realizo a base de televisores y robots de control remoto. Cuando tengo que bajar personalmente lo hago en un minisub provisto de manipuladores externos. Le llamamos el cangrejo por las pinzas que tiene; el de tipo normal baja hasta cinco mil pies de profundidad, pero se han fabricado versiones especiales que pueden trabajar en el fondo de la Fosa de las Marianas. Personalmente no he estado allí, pero puedo darles el presupuesto con mucho gusto, si lo desean. Así, a ojo, puede costarles un dólar por pie, más mil dólares por hora de trabajo.

Me di cuenta de que los rusos hablaban en serio cuando Mikhail dijo que había un avión aguardando en Zurich, y que si podía estar en el aeropuerto en un par de horas.

- Mira - dijé -, yo no puedo hacer nada sin equipo... y la escafandra que se necesita para esa inspección pesa toneladas. Además, lo tengo todo en Spezia.

- Lo sé - contestó Mikhail implacable -. Mandaremos allá otro avión de transporte. Envía un cable a Ceilán tan pronto como sepas lo que necesitas: lo tendrás todo en la instalación dentro de doce horas. Pero, por favor, no hables de esto con nadie; preferimos guardarnos nuestros propios problemas.

Estaba de acuerdo, porque era problema mío también. Al salir del despacho, Mikhail señaló el calendario de la pared, y dijo:

- Tres semanas, de lo contrario...

Y se pasó el dedo transversalmente por el cuello. Y yo sabía que no se refería al suyo.

Dos horas más tarde me encontraba sobrevolando los Alpes, despidiéndome de mi familia por radio, y preguntándome por qué, como todo suizo dotado de sentido común, no me había hecho banquero o me había metido en el negocio de relojes. Toda la culpa la tenían los Picard y los Hanne Keller, me decía a mí mismo pensativo: ¿Por qué tuvieron que empezar esta tradición suiza de las inmersiones? Luego me dispuse a dormir, consciente de que no lo haría lo suficiente durante los próximos días.

Aterrizamos en Trincomalee poco después de amanecer, y el inmenso y complejo puerto - cuya geografía jamás he llegado a dominar completamente - era un laberinto de cabos, islas, canales que se comunicaban entre sí, y dársenas lo bastante amplias como para acoger a todas las escuadras del mundo. Sobre un promontorio que dominaba el océano Indico se veía el enorme edificio blanco de control, de un estilo arquitectónico un tanto extravagante. La instalación en sí era pura propaganda... aunque, naturalmente, si uno fuera ruso, tendría que decir relaciones públicas.

No es que critique realmente a mis clientes; ellos tienen sus buenas razones para estar orgullosos del proyecto, que es el más ambicioso plan realizado hasta ahora para extraer energía térmica del agua. No es la primera vez que se intenta. El científico francés Georges Claude lo intentó sin éxito hacia 1930, y se hizo otro ensayo mucho mayor en Abidjan, en la costa occidental de Africa, allá por los años cincuenta.

Todos estos proyectos se basaban en el mismo hecho sorprendente: incluso en los trópicos, el agua del mar, situada a una milla de profundidad, se encuentra térmicamente casi en el punto de congelación. En una masa de billones de toneladas de agua, esta

diferencia de temperatura representa una cantidad de energía colosal, y un precioso reto para los ingenieros de los países que sufren escasez de energía.

Claude y sus sucesores habían tratado de extraer esta energía con máquinas de vapor de baja presión; los rusos habían utilizado un método mucho más simple y más directo. Desde hace más de un centenar de años, se sabe que en muchos materiales se establece una corriente eléctrica cuando se calienta uno de sus extremos y se enfría el otro, y desde 1940 los científicos rusos han estado trabajando para encontrar una aplicación práctica a este efecto termo-eléctrico. Sus primeros inventos no dieron grandes resultados... aunque sí lograron producir corriente suficiente para alimentar miles de radios mediante el calor de las lámparas de petróleo. Pero en 1974 hicieron un gran descubrimiento que todavía guardan en secreto. Y aunque he sido yo quien ha conectado los elementos de potencia en el extremo frío de la instalación, no he podido verlos, ya que estaban totalmente ocultos bajo una capa de pintura anticorrosiva. Todo lo que sé es que forman una inmensa parrilla, como un sinfín de anticuados radiadores de calefacción conectados unos con otros.

Reconocí muchas caras en el pequeño grupo de personas que se había congregado en la pista de aterrizaje de Trinco; amigos o enemigos, el hecho es que parecían alegrarse de verme... especialmente el ingeniero jefe Shapiro.

- Bueno, Lev - dije, cuando salimos en el coche - ¿Cuál es el problema?

- No lo sabemos - dijo con franqueza -. A usted le toca averiguarlo... y arreglarlo.

- Pero ¿qué ha pasado?

- Pues verás, todo funcionaba perfectamente, hasta que hicimos pruebas a plena potencia - contestó -. La producción eléctrica estaba dentro del cinco por ciento del margen de error previsto en nuestras estimaciones, hasta las 01,34 de la madrugada del jueves - torció el gesto; evidentemente esa hora se le había quedado grabada en el corazón -. Luego el voltaje empezó a oscilar violentamente; así que cortamos la alimentación y revisamos los contadores. Pensé que algún patrón idiota había enganchado los cables (ya sabes lo que hemos trabajado para evitar esa eventualidad), conque encendí los proyectores e inspeccioné el mar. No había una sola embarcación a la vista. De cualquier modo, ¿quién iba a querer fondear justamente fuera del puerto en una noche clara y serena? No podíamos hacer nada, salvo vigilar los aparatos y seguir comprobando; ya te enseñaré todos los gráficos cuando lleguemos a mi despacho. Cuatro minutos después se interrumpió el circuito. Naturalmente, localizamos la avería con toda exactitud; está en la parte más profunda, concretamente en la parrilla. Tenía que ser ahí, y no en este extremo del sistema - añadió lúgubremente, señalando hacia la ventana.

En ese momento pasábamos por el estanque solar: el equivalente a la caldera de una máquina de vapor convencional. Esta era una idea que los rusos habían copiado de los israelíes. Consistía simplemente en un estanque poco profundo, cuyo fondo estaba pintado de negro, el cual contenía una solución concentrada de sal. Actúa como un eficaz absorbente de calor, y los rayos del sol elevan el líquido casi a doscientos grados Fahrenheit.. Sumergidas en este estanque se hallaban las parrillas calientes del sistema termoeléctrico, exactamente a dos brazas de profundidad. Unos cables macizos las conectaban con mi sección, ciento cincuenta grados más fría y a tres mil pies de profundidad, que se alojaba en el cañón submarino que llega hasta la misma bocana del puerto de Trinco.

- ¿Han verificado si ha habido temblores de tierra? - pregunté no muy esperanzado.

- Naturalmente. El sismógrafo no ha registrado nada.

- ¿Y qué me dicen de alguna ballena? Ya les advertí que podían plantear algún problema.

Hacía más de un año, cuando se estaban largando al agua los inmensos conductores, les había contado a los ingenieros que una vez encontramos un cachalote ahogado enredado en un cable telegráfico, a media milla de la costa de Sudamérica, Se conocen una docena de casos similares... pero el nuestro, por lo visto, no era uno de ellos.

- Esa fue la segunda eventualidad en la que pensamos a continuación - contestó Shapiro -. Nos pusimos en contacto con el Departamento de Pesca, con la Marina y el Ejército del Aire. No hay ballenas en las proximidades de toda la costa.

A partir de ese momento dejé de hacer conjeturas, por que había oído por casualidad algo que hizo que me sintiera incómodo. Como a todo suizo, se me dan bastante bien los idiomas, y he aprendido un poco de ruso. De todos modos, no hacía falta ser un lingüista para saber qué significaba la palabra sabotash.

La dijo Dimitri Karpukhin, consejero político del proyecto. No me caía simpático; ni a los ingenieros, que a veces eran intencionadamente descorteses con él. Comunista del viejo estilo, de los que no han podido librarse de la sombra de Stalin, sospechaba de todo, fuera de la Unión Soviética, y de no pocas cosas dentro de ella. El sabotaje era justamente la clase de explicación que podía ocurrírsele a él.

Desde luego, había muchísima gente que no se moriría de pena precisamente si el Proyecto Energía Trinco fracasaba. Políticamente estaba comprometido en él el prestigio de la URSS; económicamente suponía billones, dado que si tenían éxito las plantas hidrotérmicas podrían competir con el petróleo, el carbón, la energía hidroeléctrica y, especialmente, la energía nuclear.

Si embargo, yo no podía creer seriamente en un sabotaje; al fin y al cabo la guerra fría había terminado. Es posible que alguien hubiera hecho un torpe intento de llevarse una muestra de la parrilla, pero incluso eso parecía poco probable. Podía contar con los dedos de la mano a las personas que había en el mundo capaces de llevar a cabo una cosa así, y la mitad de ellas estaban en mi nómina.

La cámara subacuática de televisión llegó esa misma tarde, y durante toda la noche estuvimos cargando aparatos, monitores y más de una milla de cable coaxial a bordo de la lancha. Cuando salimos del puerto me pareció ver en el muelle una figura familiar, pero estaba demasiado lejos para identificarla, aparte de que tenía otras cosas en la cabeza. Si quieren saberlo les diré que no soy buen marinero; donde realmente me siento a gusto es debajo del agua.

Tomamos cuidadosamente la marcación del faro circular de la isla, y nos colocamos exactamente sobre la parrilla. La cámara, autopropulsada, parecida a un diminuto batiscafo, pasó por encima de la borda; mientras mirábamos por los monitores íbamos bajando espiritualmente con ella.

El agua estaba excepcionalmente clara y excepcionalmente vacía; pero a medida que nos acercábamos al fondo empezamos a encontrar algunas señales de vida. Se acercó un pequeño escualo y se quedó mirándonos. Luego pasó blandamente una palpitante burbuja de gelatina, seguida de una cosa parecida a una enorme araña con cientos de patas que formaban una especie de larga y enmarañada cabellera. Finalmente apareció a la vista la pendiente del cañón. Estábamos justo sobre el objetivo, pues se veían los gruesos cables que descendían hacia las profundidades, exactamente como los había visto en mi revisión final de la instalación, hacía seis meses.

Puse en marcha los propulsores de baja potencia y dejé que la cámara descendiera a lo largo de los cables. Parecían estar en perfectas condiciones, firmemente sujetos a unos pitones clavados en la roca. Hasta que la cámara no llegó a la parrilla misma no apareció signo alguno de anomalía.

¿Han visto ustedes alguna vez el radiador de un coche después de chocar contra una farola? Bueno, pues había una sección de la parrilla que se parecía mucho a eso. Algo la había destrozado, como si hubiese ido un loco y se hubiera puesto a golpearla con una mandarria.

Oí las exclamaciones de asombro y de ira de las personas que miraban por encima de mi hombro. Oí murmurar nuevamente la palabra sabotash y por primera vez empecé a tomarla en serio. La única otra explicación que podía tener sentido era que se hubiera

desprendido alguna laja, pero las laderas del cañón habían sido revisadas con todo cuidado, precisamente para evitar esta contingencia.

Cualquiera que fuese la causa, había que reemplazar la parrilla estropeada. Este trabajo no podía hacerse hasta que no me enviaran el cangrejo - veinte toneladas en total - desde el arsenal de Spezia, donde se guardaba entre un trabajo y otro.

- Bien - dijo Shapiro cuando hube finalizado mi inspección visual y fotografiado el lamentable espectáculo de la pantalla -, ¿cuánto tardará?

Me negué a comprometerme a una fecha. Lo primero que he aprendido en este oficio subacuático es que ningún trabajo resulta ser como uno espera. Las estimaciones de costo y de tiempo no pueden ser nunca seguras, porque hasta que no tienes mediado el trabajo contratado no sabes con qué te vas a enfrentar.

Mi cálculo personal era de tres días. Así que dije:

- Si todo marcha bien puede que no tarde más de una semana.

Shapiro soltó un gemido.

- ¿No puede hacerlo en menos tiempo?

- No quiero desafiar a la fatalidad haciendo promesas precipitadas. De todos modos, eso supone un margen de dos semanas hasta la fecha tope.

Tenía que contentarse con eso; sin embargo, durante todo el trayecto de regreso a puerto no hizo más que protestar. Cuando llegamos, encontró otra cosa en qué pensar.

- Buenos días, Joe - dije al hombre que estaba todavía aguardando pacientemente en el muelle -. Me pareció reconocerte al salir. ¿Qué haces tú aquí?

- Iba a hacerte la misma pregunta.

- Será mejor que hables con mi patrón. Ingeniero jefe Shapiro, le presento a Joe Watkins, corresponsal científico del Times.

La respuesta de Lev no fue precisamente cordial. Normalmente no había nada que le gustara tanto como charlar con los periodistas, que llegaban a un promedio de uno por semana. Ahora, como la fecha de inauguración estaba próxima, le lloverían de todas partes. Incluso, naturalmente, de Rusia. Pero en el momento presente, la agencia Tass sería tan mal recibida como el Times.

Era divertido ver cómo Karpukhin se hacía cargo de la situación. A partir de ese momento Joe tuvo constantemente pegado a él, como guía, filósofo u compañero de copeo, a un afable joven de relaciones públicas, llamado Sergei Markov. A pesar de todos los esfuerzos de Joe, los dos fueron inseparables. Mediada la tarde, cansado tras una larga conferencia en el despacho de Shapiro, me uni a ellos y fuimos a comer, tarde ya, a la casa - restaurante del gobierno.

- ¿Qué está ocurriendo aquí, Klaus? - preguntó Joe ansiosamente -. Huele a dificultades, pero nadie admite nada.

Me puse a revolver el cuy, tratando de separar las partes inofensivas de aquellas que podían hacerme saltar la tapa de los sesos.

- No esperarás que me ponga a discutir sobre los asuntos de mis clientes -contesté..

- Cuando te encargaste de la supervisión del dique de Gibraltar - me recordó Joe -, eras bastante comunicativo.

- Bueno sí - admití -. Y te agradezco el artículo elogioso que me dedicaste. Pero esta vez hay secretos técnicos por medio. Yo... bueno... estoy realizando los últimos ajustes para mejorar el rendimiento del sistema.

Cosa que, naturalmente, era verdad; esperaba elevar el rendimiento del sistema, cuyo valor actual era exactamente el de cero.

- Ejem - dijo Joe sarcásticamente -. Muchísimas gracias.

- En fin - dije, tratando de desviar la conversación -. ¿Cuál es tu última teoría disparatada?

Como escritor científico altamente competente, Joe tenía una afición particular por lo raro y lo improbable. Puede que ésta fuera una forma de evasión; me he enterado casualmente de que escribe también relatos de ciencia - ficción, aunque lo oculta muy bien ante sus jefes. Tienen una secreta afición al espiritismo y la parapsicología y los platillos volantes, pero su verdadera especialidad son los continentes perdidos.

- Estoy trabajando en un par de ideas - admitió -. Se me ocurrieron mientras hacía indagaciones sobre este asunto.

- Sigue - dije, sin atreverme a levantar la vista del análisis de mi curry.

- El otro día me tropecé con un mapa (trazado por Ptolomeo, por si te interesa) de Ceilán. Me recordaba otro viejo mapa de mi colección, y lo saqué. Tenía la misma montaña central, la misma distribución de los ríos en su recorrido hasta el mar. Pero este mapa era de Atlantis.

- ¡Oh, no! - exclamé -. La última vez que nos vimos estuviste convenciéndome de que la Atlántida era la cubeta occidental del Mediterráneo.

Joe hizo un gesto simpático.

- Podía estar equivocado, ¿no? En todo caso, tengo una prueba mucho más sorprendente. ¿Cuál es el viejo nombre nacional de Ceilán... y de los modernos cingaleses, en definitiva?

Me quedé pensando un segundo, y luego exclamé:

- ¡Cielo santo! Lanka, por supuesto. Lanka... Atlantis - se me enredaron los nombres en la lengua.

- Exactamente - dijo Joe -. Pero no bastan dos claves, por sorprendentes que sean, para sustentar enteramente una teoría; y eso es todo cuanto tengo de momento.

- Qué lástima - dije, auténticamente decepcionado -. ¿Y tu otro proyecto?

- Ese te va a dejar sentado - contestó Joe con presunción.

Hurgó en la baqueteada cartera que siempre llevaba consigo y sacó un mazo de papeles.

- Ocurrió a sólo ciento ochenta millas de aquí, hace más de un siglo. La fuente de información, como verás, es la mejor que existe.

Me tendió una fotocopia de una página del Times de Londres, que databa del 4 de julio de 1874. Me puse a leerla sin mucho entusiasmo, porque Joe siempre estaba sacando a relucir recortes de periódicos antiguos, pero mi falta de interés no tardó mucho en desaparecer.

En pocas palabras - me habría gustado transcribirla aquí literalmente, pero si quieren más detalles, su biblioteca local puede enviarle un facsímil en diez segundos -, el artículo contaba cómo la goleta Pearl había zarpado de Ceilán a primeros de mayo de 1874, y luego había hecho escala en la bahía de Bengala. El 10 de mayo, poco antes de la caída de la noche, apareció un enorme calamar a media milla de la goleta, y el insensato capitán abrió fuego con su fusil.

El calamar nadó directamente hacia la Pearl, agarró los mástiles con sus tentáculos y tiró de la nave hacia sí. La goleta se hundió en cuestión de segundos, arrastrando a dos miembros de su tripulación. Los demás fueron rescatados porque dio la casualidad de que el vapor de P. y O., el Strathowen, estaba a la vista y presenció la escena.

- Bueno - dijo Joe, cuando lo hube leído por segunda vez -. ¿Qué te parece?

- No creo en los monstruos marinos.

- El Times de Londres - contestó Joe - no tiene tendencia al sensacionalismo periodístico. Y los calamares gigantes existen, aunque los más grandes de que se tienen noticias son animales endebles y blancos, y no llegan a pesar más de una tonelada, aun cuando sus patas pueden tener unos cuarenta pies de longitud.

- ¿Y qué? Un animal así no es capaz de hacer naufragar una goleta de ciento cincuenta toneladas.

- Cierto... pero hay una infinidad de pruebas de que el susodicho calamar gigante es meramente un calamar de gran tamaño. Puede haber decápodos marinos realmente gigantescos. En fin, un año después del incidente de la Pearl vieron un cachalote frente a

las costas del Brasil, debatiéndose entre unos anillos descomunales que finalmente se lo llevaron a las profundidades. El relato de este incidente lo puedes encontrar en el Illustrated London News del veinte de noviembre de mil ochocientos setenta y cinco. Luego, por supuesto, tienes ese capítulo de Moby Dick...

- ¿Qué capítulo?

- Pues ese que se titula El calamar. Sabemos que Melville era un observador muy minucioso... aunque en esa ocasión dejó correr la pluma. Describe cómo un día de calma surgió del mar una enorme masa blanca como una capa de nieve recién caída de los montes. Y el hecho sucedía aquí, en el océano Indico, quizá unas mil millas al sur del naufragio de la Pearl. Las condiciones meteorológicas eran idénticas, tenlo en cuenta.

- Lo que los hombres del Pequod vieron flotar en el agua - me sé este pasaje de memoria, porque lo he estudiado cuidadosamente era una inmensa masa pulposa, de una longitud y anchura de varios estadios, de un color crema tornasolado e innumerables patas largas que partían de su centro, curvándose y retorciéndose como un nido de anacondas.

- Un momento - dijo Sergei, que había estado escuchánlodo todo extasiado -. ¿Qué es un estadio?

Joe pareció sentirse ligeramente en un aprieto.

- De hecho, es un octavo de milla... unos seiscientos sesenta pies - levantó la mano para detener nuestra carcajada de incredulidad -. Bueno, estoy seguro de que Melville no lo decía en sentido literal. El era un hombre que se tropezaba a diario con cachalotes, y echó mano al azar de una unidad de longitud para describir algo mucho mayor. Así que, maquinalmente, saltó de las brazas a los estadios. Esa es, al menos, mi teoría.

Aparté las porciones intocables de mi curry.

- Si crees que me has hecho sentirle miedo a mi trabajo - dijo - te equivocas de medio a medio. Pero te prometo una cosa: que cuando me encuentre con un calamar gigante le voy a cortar un tentáculo y me lo voy a traer de recuerdo.

Veinticuatro horas más tarde me hallaba instalado en el interior del cangrejo, y descendía lentamente hacia la parrilla estropeada. No hubo forma de mantener el trabajo en secreto; Joe se había instituido en interesado espectador, y lo contemplaba desde una lancha próxima a la nuestra. Ese problema era de los rusos, no mío; sugerí a Shapiro que le pusieran al corriente, pero esto, como es natural, fue prohibido por la recelosa mente eslava de Karpukhin. Uno casi podía imaginárselo pensando: ¿Por qué aparece aquí un

periodista americano, precisamente en este momento?, e ignorar la evidente respuesta de que Trincomalee era actualmente una gran noticia.

No hay absolutamente nada realmente emocionante o fascinante en los trabajos submarinos... si se realizan como es debido. Lo excitante implica ausencia de previsión, y eso significa incompetencia. Los incompetentes no duran demasiado en mi oficio, ni tampoco los que buscan experiencias fascinantes. Yo me puse a trabajar con la misma emoción que experimenta un fontanero al arreglar el canalón de un edificio.

Las parrillas estaban proyectadas de manera que tuviesen un mantenimiento fácil, dado que más tarde o más temprano tenían que ser reemplazadas. Por ventura, no estaba dañada ninguna de las espigas, y las tuercas salieron con facilidad al desenroscarlas con la llave inglesa. Luego puse en marcha los gráficos de trabajos pesados y quité la parrilla estropeada sin la menor dificultad.

Es una mala táctica el darse prisa en un trabajo subacuático. Si intentas ir demasiado deprisa corres el riesgo de cometer muchos errores. Y si las cosas marchan viento en popa y terminas en un día un trabajo que has dicho que tardaría una semana, el cliente pensará que no vale todo lo que has pedido por él. Aunque yo estaba convencido de que podía sustituir la parrilla esa misma tarde, subí a la superficie detrás de la parrilla estropeada y di por terminada mi jornada de trabajo.

Se llevaron el termo - elemento para someterlo a una autopsia, y yo me pasé el resto de la tarde huyendo de Joe. Trinco es un pueblecito pequeño, pero me las arreglé para evitar su compañía por el procedimiento de meterme en el cine y estarme sentado varias horas, viendo una interminable película tamil, en la que tres generaciones sucesivas sufrían idénticas crisis familiares de desplazamiento de personalidad, alcoholismo, deserción, muerte y demencia, en tecnicolor y con la banda sonora a todo volumen.

A la mañana siguiente, poco después de amanecer y a pesar de que tenía un ligero dolor de cabeza, me encontraba en el lugar (lo mismo que Joe y que Sergei, los cuales habían decidido pasar un plácido día de pesca). Les saludé alegremente con la mano mientras me metía en el cangrejo, y luego la grúa me fue bajando suavemente por el costado. Por el otro costado, donde Joe no podía verlo, arriaron la parrilla de sustitución. Unas cuantas brazas más abajo la solté de la cabria y la bajé al fondo de la fosa de Trinco, donde, sin la menor dificultad, quedó instalada a media tarde. Antes de volver a la superficie, había repasado las tuercas, las soldaduras de los conductores, y los ingenieros de la costa habían completado sus pruebas de conexión. De nuevo me encontraba en cubierta, el sistema estaba funcionando una vez más, todo había vuelto a la normalidad, e

incluso Karpukhin sonreía... Hasta que se paraba a preguntarse lo que nadie había sido capaz de contestar.

Yo sostenía aún la teoría de que había sido el desprendimiento de alguna laja... a falta de otra mejor. Y esperaba que la aceptaran los rusos, y que, consiguientemente, acabaran los fingimientos y disimulos con Joe.

Me di cuenta de que no era así cuando Shapiro y Karpukhin vinieron a verme con las caras largas.

- Klaus - dijo Lev -, queremos que baje usted otra vez.

- De ustedes es el dinero - repliqué -. Pero ¿para qué quieren que baje?

- Hemos examinado la parrilla estropeada y falta una sección del termo - elemento. Dimitri cree que... que alguien... la ha roto deliberadamente y se la ha llevado.

- Entonces han hecho un mal trabajo - contesté -. Les puede asegurar que no ha sido ninguno de mis hombres.

Era peligroso hacer esa clase de chistes en presencia de Karpukhin, y a nadie le hizo gracia. Ni a mí; porque yo ya empezaba a sospechar que Karpukhin tenía una idea en la cabeza.

El sol se estaba ocultando cuando inicié mi última inmersión a la Sima de Trinco, pero el anochecer no tiene importancia alguna en esas profundidades. Hasta los dos mil pies hice el descenso sin luces porque me gusta contemplar las criaturas luminosas de la mar, resplandecientes y fluctuantes en la oscuridad, huyendo veloces como cohetes, a veces, de la ventana de observación. En esta masa líquida no había peligro de colisión; de todos modos, tenía un proyector de sonar panorámico, muchísimo más eficaz que mis propios ojos.

Al llegar a las cuatrocientas brazas me di cuenta de que ocurría algo. El fondo estaba a punto de aparecer a la vista según el sondador vertical... pero la aproximación era demasiado lenta El promedio de descenso era excesivamente bajo. Podía aumentarlo fácilmente inundando otro tanque de flotación... pero no me decidí a hacerlo. En mi trabajo, cualquier cosa que se salga de lo corriente ha de tener su explicación; he salvado la vida tres veces por haber esperado a encontrarla.

El termómetro me dio la respuesta. La temperatura exterior era cinco grados más elevada de lo que debía ser, y siento decir que tardé cinco segundos en comprender por qué.

Sólo a un centenar de pies por debajo de mí, la parrilla reparada funcionaba ahora a pleno rendimiento, produciendo megavatios de calor al tratar de equilibrar la diferencia de temperatura entre la Sima de Trinco y el estanque solar de la superficie. No se llegaría a

establecer ese equilibrio, por supuesto; pero en el intento se generaba electricidad... y yo estaba siendo arrastrado hacia arriba por el géiser de agua caliente que se producía como efecto secundario.

Una vez en la parrilla, me resultaba enormemente difícil mantener el cangrejo en posición estable debido a la corriente ascendente, y al penetrar el calor en la cabina, empecé a sudar incómodo. El exceso de calor en el fondo del mar era una experiencia nueva; así como la visión, casi de espejismo, que producía el agua ascendente, la cual hacía danzar y temblar las luces de mis proyectores sobre la pared de roca que estaba inspeccionando.

Imagínenme con las luces resplandecientes en medio de una oscuridad de quinientas brazas, descendiendo lentamente por la pendiente del cañón, que en este lugar se inclinaba como el tejado de una casa. El termo - elemento que faltaba - si es que estaba aún por allí, no podía haber ido a parar muy lejos, antes de detenerse. O lo encontraba en diez minutos o no lo encontraría jamás.

Tras una hora de búsqueda había encontrado varias bombillas rotas (es asombrosa la cantidad de bombillas que arrojan los barcos a la mar... los fondos marinos están llenos de ellas, una botella de cerveza vacía (el mismo comentario) y una bota flamente. Eso fue lo último que encontré, porque a continuación me di cuenta de que no estaba solo.

Yo nunca apago el sonar, y aunque no me esté moviendo, reviso la pantalla a cada instante para comprobar la situación general. En este momento, la situación era que un objeto de grandes dimensiones - del tamaño del cangrejo por lo menos - se aproximaba por el Norte. Cuando lo localicé, se hallaba a la distancia de unos quinientos piés, y se acercaba lentamente. Apagué mis luces, silencié los propulsores que tenía en marcha y seguí moviéndome a escaso régimen para mantenerme en agua turbulenta, dejándome llevar por la corriente.

Aunque me sentí tentado de llamar a Shapiro para comunicarle que tenía compañía, decidí esperar a tener más información. Sólo había tres naciones que poseían naves de inmersión capaces de operar a esta profundidad, y yo estaba en excelentes relaciones con todas ellas. No debía apresurarme demasiado, si no quería verme involucrado en complicaciones políticas innecesarias.

A pesar de que me sentía ciego sin el sonar, no quería delatar mi presencia, así que lo desconecté de mala gana y confié en mis ojos. Cualquiera que quisiese operar a estas profundidades tenía que utilizar luces, y yo las vería venir mucho antes de que él me viera a mí. Así que esperé en mi pequeña cabina caliente, silenciosa, forzando los ojos en la oscuridad, tenso y alerta, aunque no estaba particularmente preocupado.

Primero vi un resplandor difuso a una distancia indeterminada. Se fue haciendo más grande y más brillante, aunque no adquirió ninguna forma que mi conciencia pudiera reconocer. El vago resplandor se concentró en una miríada de puntitos, hasta que adquirió el aspecto de una constelación que venía navegando hacia mí. Así podían parecer las nubes de estrellas de la galaxia, vistas desde algún mundo cercano al corazón de la Vía Láctea.

No es cierto que los hombres se asusten ante lo desconocido; pueden tener miedo sólo de lo que conocen, de lo que ya han experimentado. Yo no tenía ni idea de qué era lo que se estaba acercando, pero ninguna criatura marina podría tocarme, estando en el interior de un buen blindaje de seis pulgadas de fabricación suiza.

La cosa aquella estaba casi encima de mí, brillando con una luz de su propia creación, cuando se escindió en dos nubes separadas. Y lentamente fueron penetrando en el foco, no de mis ojos, sino de mi entendimiento, y comprendí que la belleza y el terror surgían del abismo para alzarse en contra mía.

Lo primero que sentí fue el terror al descubrir que las bestias que se acercaban eran calamares; y en mi cerebro comenzaron a reverberar todas las historias de Joe. Luego, con una considerable sensación de desencanto, me di cuenta de que tenían solamente unos veinte pies de largo... eran un poco más grandes que el cangrejo, y tenían sólo una fracción de su peso. No podían hacerme daño alguno. Y al margen completamente de eso, su indescriptible belleza les privaba de toda apariencia de amenaza.

Esto suena ridículo, pero es cierto. En mis viajes he visto casi todos los animales de este mundo, pero ninguno podía competir con las luminosas apariciones que ahora flotaban ante mí.. Las luces de colores, variando cada segundo, palpitaban y danzaban a lo largo de sus cuerpos, dándoles el aspecto de estar cubiertos de joyas. Había zonas que refulgían en un brillante tono azul, como vacilantes arcos de mercurio, que cambiaban luego, transformándose casi instantáneamente en un encendido rojo de neón. Los tentáculos semejaban filas de cuentas luminosas arrastradas por el agua, o hileras de luces, como las de las autopistas cuando se ven desde el cielo en plena noche. Apenas visible contra esta luminosidad de fondo, destacaban los ojos enormes, pavorosamente humanos e inteligentes, cada uno rodeado de una diadema de brillantes perlas.

Lo siento, pero eso es lo m s que puedo hacer. Sólo la cámara cinematográfica podría hacer justicia a estos calidoscopios vivientes. No sé cuánto tiempo estuve contemplándolos; y tan fascinado estaba por su luminosa belleza, que casi había olvidado mi misión. Era evidente que aquellos tentáculos, delicados como flagelos, no podían

haber roto la parrilla. Sin embargo, la presencia de estas criaturas aquí era, cuando menos, muy extraña. Karpukhin la habría calificado de sospechosa.

Iba a llamar a la superficie cuando vi algo increíble. Lo había tenido todo el tiempo delante de los ojos, pero no me había dado cuenta hasta ahora.

Los calamares estaban hablando entre sí.

Esos trazos luminosos y evanescentes no iban y venían al azar. Había en ellos tanta intencionalidad como los anuncios luminosos de Broadway o de Piccadilly. Cada pocos segundos componían una imagen que casi tenía un sentido, pero se desvanecía antes de que yo pudiese interpretarla. Yo sabía, naturalmente, que hasta el pulpo más vulgar manifiesta sus emociones mediante rápidos cambios de irisaciones... pero esto pertenecía a un orden muy superior. Era una auténtica comunicación: aquí se trataba de dos anuncios eléctricos vivientes que se enviaban mensajes uno a otro.

Cuando vi una inequívoca representación del cangrejo se desvanecieron todas. mis dudas. Aunque no soy hombre de ciencia, en ese momento experimenté los sentimientos de un Newton o un Einstein en el momento de presenciar una revelación. Esto me haría famoso...

Luego cambió la imagen de la manera más extraña. Apareció el cangrejo nuevamente, pero un tanto más pequeño. Y junto a él, mucho más pequeños aún, había dos objetos peculiares de lo más. Cada uno consistía en un par de puntos rodeados por una silueta compuesta de diez líneas radiales.

Ahora es cuando pens, que a los suizos se nos dan bien los idiomas. Sin embargo, no se requería una inteligencia excepcional para inferir que se trataba de la imagen del calamar percibida por sus propios ojos, y que lo que yo veía no era ni más ni menos que el esbozo rudimentario de la situación. Pero ¿por qué la dimensión absurdamente pequeña de los calamares?

No tuve tiempo de ponerme a averiguarlo, porque en seguida sobrevino otro cambio. Un tercer símbolo de calamar apareció en dicha pantalla viviente... y esta vez era enorme, hasta el punto de empequeñecer por segundos en la noche eterna. Luego, la criatura que lo había reflejado desapareció a increíble velocidad y me dejó solo con su compañero.

Ahora el significado estaba demasiado claro. ¡Dios mío! - me dije - se han dado cuenta de que no pueden conmigo y han ido a buscar al hermano mayor.

Y yo tenía ya más una prueba de lo que era capaz el hermano mayor, más patente aún que todas las de Joe Watkins con sus investigaciones y sus recortes de periódico.

Ese fue el momento - no les sorprenderá oírlo - en que decidí no permanecer allí ni un minuto más. Pero antes de marcharme se me ocurrió que podía intentar hablarles yo también.

Después de estar tanto tiempo a oscuras había olvidado la potencia de mis luces. Me hicieron daño a los ojos, y debió ser angustioso para el desdichado calamar. Traspasado por este resplandor intolerable, su propia iluminación se apagó completamente, perdió toda su belleza, y se convirtió en una pálida bolsa de gelatina con dos negros botones por ojos. Por un momento pareció quedarse paralizado de estupor; luego salió disparado en pos de su compañero, mientras yo iniciaba mi ascensión hacia la superficie, para volver a un mundo que ya no sería jamás el mismo.

- He encontrado a su saboteador - le dije a Darpukhin, cuando abrieron la escotilla del cangrejo -. Si quiere saber todo lo referente a él pregúntele a Joe Watkins.

Dejé que Dimitri sudara unos segundos, mientras yo disfrutaba viendo su expresión. Luego le di mi informe brevemente redactado.

Le di a entender - sin decirlo expresamente - que los calamares que había visto eran lo suficientemente grandes como para haber hecho todo ese daño; pero no dije nada sobre la conversación que presencié. Eso sólo habría suscitado la incredulidad. Además, necesitaba tiempo para pensar en este asunto y atar cabos... si podía.

Joe me ha sido de gran ayuda, aunque él no sabe todavía más que los rusos. Me ha contado lo maravillosamente desarrollado que tienen el sistema nervioso los calamares, y me ha explicado que algunos pueden cambiar su aspecto en un abrir y cerrar de ojos mediante impresiones tricolores instantáneas, gracias a la extraordinaria red de cromóforos que recubre sus cuerpos. Probablemente, esto dio origen a un camuflaje; pero parece natural -e inevitable - que acabara constituyendo un sistema de comunicación.

Pero hay una cosa que preocupa a Joe.

- ¿Qué estaban haciendo alrededor de la parrilla? - sigue preguntándome quejumbroso -. Son invertebrados de sangre fría. Lo primero sería que no les gustara el calor, del mismo modo que sienten aversión a la luz.

Eso es lo que desconcierta a Joe; en cambio a mí no. Efectivamente, creo que esa es la clave de todo el misterio.

Esos calamares, ahora estoy seguro, están en la fosa de Trinco por la misma razón de que hay hombres en el polo sur... o en la Luna. La pura curiosidad científica les ha hecho salir de sus frías regiones, para investigar este géiser de agua caliente que emana de las paredes del cañón. Aquí existe un fenómeno extraño e inexplicable... el cual, posiblemente, amenaza su forma de vida. Así que han enviado a su gigantesco primo

(¿un criado?, o ¡un esclavo!) para que les traiga una muestra que someterán a examen. No puedo creer que esperen entenderlo; al fin y al cabo ningún científico de la Tierra lo habría entendido hace sólo un centenar de años. Pero lo están intentando, y eso es lo que importa.

Mañana empezaremos a tomar medidas preventivas. Voy a bajar a la fosa de Trinco para instalar grandes focos de luz; Shapiro espera que estas luces mantengan a los calamares alejados de la bahía. Pero ¿cuánto tiempo dará resultado esta argucia, si hay una inteligencia en las profundidades que está despertando?

Mientras grabo esto, estoy sentado aquí, al pie de las antiguas murallas de Fuerte Federico, mirando cómo se eleva la Luna sobre el océano Indico. Si todo marcha bien, servirá de preámbulo al libro que Joe me ha insistido que escriba. Si no... Oye, Joe, te hablo a ti ahora. Publícalo como a ti te parezca; y os pido mil perdones a ti y a Lev por no haberos dado a conocer todos los hechos antes. Ahora comprenderéis por qué.

Pase lo que pase, recordad esto; son unas criaturas hermosas, maravillosas; tratad de llegar a un acuerdo con ellas, si podéis.

Para: Ministerio de Energía Eléctrica, Moscú.

De: Lev Shapiro, ingeniero jefe del Proyecto de Energía Termoeléctrica de Trincomalee.

Se adjunta transcripción completa de la grabación hallada entre los efectos personales de Herr Klaus Muller, después de su última inmersión. Estamos muy agradecidos a Mr. Joe Watkins, del Times, por su ayuda en el esclarecimiento de varios puntos.

Se recordará que el último mensaje inteligible de Herr Muller iba dirigido a Mr. Watkins, y decía lo siguiente: ¡Joe! ¡Tenías razón en lo de Melville! Es una criatura absolutamente gigan...

EL VIENTO DEL SOL

El enorme disco de la vela se tensó en el aparejo, hinchada por el viento que soplaba entre los mundos. Dentro de tres minutos empezaría la regata, aunque ahora John Merton se sentía relajado, sereno, como no lo había estado en ningún momento durante el año anterior. Sucediera lo que sucediera cuando el comodoro diese la señal de partida, tanto si el Diana le llevaba a la victoria o a la derrota, él había cumplido su ambición. Después

de haberse pasado toda la vida diseñando naves para otros, ahora podía patronear la suya propia.

- Tiempo, menos dos minutos - dijo la radio de la cabina -. Por favor, confirmen si están preparados.

Uno por uno, los demás patrones fueron contestando. Merton reconoció todas las voces - unas nerviosas, otras serenas -, porque eran las voces de sus amigos y rivales. En los cuatro mundos habitados apenas si había una veintena de hombres que supieran patronear un yate solar; y todos ellos estaban aquí, en la línea de salida o a bordo de las embarcaciones de escolta, orbitando a veintidós mil millas de la tierra, por encima del ecuador.

- Número Uno: Gossamer; listo para partir.

- Número Dos: Santa María; todo listo

- Número Tres: Sunbeam; listo.

- Número Cuatro: Woomera; todos los sistemas EN MARCHA.

Merton sonrió tras este último eco de los primitivos tiempos de la astronáutica. Pero había pasado a formar parte de la tradición del espacio; y había veces en que el hombre necesitaba evocar las sombras de aquellos que habían ido antes que él a las estrellas.

- Número Cinco: Lebedev; preparado.

- Número Seis: Arachne; listo.

Ahora le tocaba a él, situado en un extremo de la fila; resultaba extraño pensar que las palabras que él pronunciara en esta cabina serían oídas lo menos por cinco billones de personas.

- Número Siete: Diana; listo para partir.

- Los siete comprobados - confirmó aquella voz impersonal desde la lancha del juez -. Ahora, T menos un minuto.

Merton apenas lo oyó. Por última vez, estaba comprobando la tirantez del aparejo. Las agujas de todos los dinamómetros estaban quietas; la inmensa vela estaba tensada; su brillante superficie centelleaba y resplandecía gloriosamente con el sol.

A Merton, que flotaba ingrávido junto al periscopio, le parecía que llenaba todo el firmamento. Porque, en efecto, afuera había una vela de cincuenta millones de pies cuadrados, sujeta a su cápsula por casi un centenar de millas de cordaje. Todo el velamen de todos los clípers cargados de té que cruzaron un día los mares de la China, cosidos en una sola sábana gigantesca, no habrían podido competir con la vela única que el Diana había desplegado bajo el sol. Sin embargo, era muy poco más consistente que

una burbuja de jabón; aquellas dos millas cuadradas de plástico aluminizado tenían un espesor de unas pocas millonésimas de pulgada tan sólo.

- T menos diez segundos. Todas las cámaras grabadoras: EN MARCHA.

Resultaba difícil para la mente captar algo tan gigantesco, y al mismo tiempo tan frágil. Y más difícil aún era comprender que este espejo endeble podía remolcarle lejos de la Tierra, merced únicamente a la fuerza que recogía de la luz solar.

-... Cinco, cuatro, tres, dos, uno. ¡YA!

Siete hojas de cuchillo cortaron siete finas cuerdas que sujetaban los yates a los barcos - nodriza que los habían atendido. Hasta este momento todos habían estado circundando la Tierra, agrupados en rígida formación, pero ahora los yates empezarían a dispersarse como semillas de amargón arrastradas por la brisa. Y el vencedor sería aquel que rebasara primero la Luna.

A bordo del Diana nada parecía haberse movido. Pero Merton tenía plena conciencia de todo. Aunque su cuerpo no llegó a notar ninguna sacudida, el panel de instrumentos le hizo saber que estaba acelerando a casi una milésima de gravedad. Para un coche esa cifra habría sido ridícula... pero esta era la primera vez que la alcanzaba un yate solar. El diseño del Diana era perfecto; la inmensa vela estaba confeccionada de acuerdo con sus cálculos. De este modo, dos vueltas en torno a la Tierra reforzarían el promedio de su velocidad de escape, y luego pondría proa a la Luna, llevando tras él toda la fuerza del Sol.

Toda la fuerza del Sol... Sonrió tristemente al recordar sus esfuerzos por explicar la navegación a vela solar a los que asistían a sus conferencias, allá en la Tierra. Esa había sido la única forma de poder ganar dinero al principio. Aunque era jefe diseñador de la Cosmodyne Corporation, con toda una ristra de naves espaciales favorablemente acogidas en su haber, su compañía no se había mostrado muy entusiasmada precisamente con su afición.

- Extiendan las manos al Sol - les había dicho él - ¿Qué sienten ustedes? Calor, claro. Pero reciben también una presión..: aunque no la noten debido a lo pequeña que es. Sobre el área de sus manos se ejerce una presión de una millonésima de onza, más o menos. Pero en el espacio exterior, incluso una presión así de pequeña puede ser importante, ya que actúa perpetuamente, hora tras hora, día tras día. Al contrario del combustible de un cohete, es libre e ilimitada. Si queremos, podemos utilizarla. Podemos confeccionar velas que recojan esa radiación que procede del Sol.

Al llegar a este punto sacaba unas cuantas yardas cuadradas de material de vela y lo agitaba hacia el auditorio. La película plateada se enrollaba y se retorcía como el humo, y luego ascendía lentamente hacia el techo, impulsada por las corrientes de aire caliente.

- Vean lo ligera que es - proseguía -. Una milla cuadrada pesa tan sólo una tonelada, y puede recoger cinco libras de presión por radiación. De modo que puede impulsarnos... y remolcarnos si la sujetamos con el aparejo conveniente. Como es natural, su aceleración será muy pequeña: una milésima de g, aproximadamente. No parece mucho, pero veamos lo que significa. Significa que en el primer segundo recorreremos un quinto de pulgada. Supongo que esa es la velocidad que podría desarrollar un caracol normal y corriente. Pero al cabo de un minuto habremos recorrido sesenta pies, y comenzaremos a desplazarnos a una milla por hora. ¡No está mal, tratándose de algo que se mueve exclusivamente por el impulso de la luz solar! Al cabo de una hora nos encontraremos a cuarenta millas de nuestro punto de partida y nos moveremos a ochenta millas por hora. Por favor, recuerden que en el espacio no hay fricción de ninguna clase; de modo que una vez hemos puesto algo en movimiento, seguirá moviéndose eternamente. Se sorprenderán cuando les diga la velocidad que ha alcanzado nuestro velero de una milésima de g al cabo de un día: ¡casi dos mil millas por hora! Si parte de una órbita - como tiene que partir, por supuesto -, puede alcanzar la velocidad de escape en un par de días. ¡Y todo eso sin haber utilizado una sola gota de combustible!

Bueno, les había convencido, y, por último, había convencido a la Cosmodyne. Durante los últimos veinte años había ido surgiendo un nuevo deporte. Se decía que era el deporte de los billonarios, y era cierto. Pero empezaba a poderse sostener por sí mismo debido a la publicidad y a la protección de la televisión. Para cuatro continentes y dos mundos era un prestigio participar en esta regata que tenía la más grande audiencia de la historia.

El Diana había hecho una buena salida; era hora de echar una mirada a los contrincantes. Moviéndose muy despacio - aunque había amortiguadores entre la cápsula de control y el delicado aparejo, no estaba dispuesto a correr ningún riesgo -, Merton se situó ante el periscopio.

Allí estaban, como extrañas flores de planta en los campos oscuros del espacio. El más próximo, el Santa María, de Sudamérica, se hallaba sólo a cincuenta millas de distancia; tenía un gran parecido con la cometa de un niño, pero era una cometa cuyos lados medían más de una milla. Más lejos, el Lebedev, de la Universidad de Astrograd, se asemejaba a una Cruz de Malta; las velas que formaban sus cuatro brazos podían terciarse, evidentemente, para variar el rumbo. En contraste, el Woomera, de la Federación de Australasia, era un simple paracaídas de cuatro millas de circunferencia. El

Arachne, de la General Spacecraft, como su nombre sugería, parecía una tela de araña, y había sido tejido, según los mismos principios, mediante lanzaderas robots que desplegaban su trabajo en espiral a partir de un punto central. El Gossamer, de la Eurospace Corporation, era de idéntico diseño, si bien de una escala ligeramente inferior. Y el Sunbeam, de la República de Marte, consistía en un anillo con un agujero central de media milla de diámetro, que giraba lentamente, de manera que la fuerza centrífuga le confería su rigidez. Era una vieja idea, pero nadie la había llevado a la práctica; y Merton estaba seguro de que los colonos se verían en apuros cuando empezara a girar.

Desde luego, no tendrían problemas durante las seis primeras horas, mientras los yates se movieran a lo largo del primer cuarto de su lenta y majestuosa órbita de veinticuatro horas. Aquí, en el principio de la regata, marchaban todos en dirección exactamente opuesta al Sol: iban, por así decir, delante del viento solar. Había que aprovechar al máximo esta etapa, antes de que las embarcaciones girasen en dirección a la otra cara de la Tierra y pusieran proa de vuelta hacia el Sol.

Es el momento, se dijo Merton, de hacer una primera verificación, ahora que no hay dificultades de navegación. Por medio del periscopio llevó a cabo un minucioso examen de la vela, concentrándose en los puntos donde la afirmaba la jarcia. Los obenques - estrechas tiras de película plástica no plateada - habrían sido completamente invisibles de no haberlos revestido de una capa de pintura fluorescente. Ahora eran tensas líneas de luz de color que disminuían, unos centenares de yardas más allá, en dirección a aquella vela gigantesca. Cada uno tenía su propio molinete eléctrico de un tamaño no mucho mayor que el de un carrete de caña de pescar. Los pequeños molinetes giraban continuamente, lascando o cobrando cabo, mientras el piloto automático mantenía la vela orientada en el ángulo correcto respecto al Sol.

Era maravilloso contemplar los juegos de la luz del Sol sobre el gran espejo flexible. La vela se ondulaba en lentas y majestuosas oscilaciones, despidiendo múltiples imágenes del Sol que se desplazaban por ella hasta perderse en sus bordes. Eran previsibles estas vibraciones pausadas de la inmensa y endeble estructura. Normalmente no representaban ningún peligro; pero Merton las vigilaba atentamente. A veces podían convertirse en catastróficos rizos conocidos con el nombre de «culebreos», capaces de destrozar la vela.

Cuando vio, satisfecho, que todo estaba en orden, barrió el firmamento con el periscopio, comprobando una vez más la posición de sus rivales. Era como él había previsto: se había iniciado el proceso en el que empezaban a destacarse los mejores, mientras que los menos marineros se iban quedando rezagados a popa. Pero la

verdadera prueba empezaría cuando entraran en la sombra de la Tierra. Entonces la maniobrabilidad contaría tanto como la velocidad.

Puede que pareciera extraño, dado que la regata acababa de empezar, pero consideró que sería buena idea echar un sueño. Las tripulaciones de las demás embarcaciones, compuestas de dos hombres cada una, podían turnarse para descansar; pero Merton no tenía a nadie que le echara una mano. Debía confiar en su resistencia física, como aquel navegante solitario, Joshua Slocum, en su diminuto Spray. El patrón americano había navegado en solitario por todo el mundo a bordo del Spray; no se imaginaba él que, dos siglos más tarde, otro hombre navegaría también en solitario de la Tierra a la Luna... inspirado, en parte al menos, por su ejemplo.

Merton apretó los cinturones elásticos del asiento de la cabina en torno a su cintura y piernas, y luego se colocó en la frente los electrodos del inductor de sueño. Dispuso el cronómetro para tres horas, y se relajó. Muy suavemente, hipnóticamente, las pulsaciones electrónicas palpitaron en los lóbulos frontales de su cerebro. Bajo sus párpados cerrados se dilataron espirales de luces multicolores, ensanchándose hasta el infinito. Luego, nada...

El escandaloso clamor de la alarma le sacó de su letargo sin ensueños. En un instante estuvo despierto y sus ojos revisaron el panel de instrumentos. Habían transcurrido sólo dos horas... pero sobre el acelerómetro había una luz roja que se encendía y se apagaba. Estaba disminuyendo el impulso; el Diana perdía fuerza.

El primer pensamiento de Merton fue que le había pasado algo a la vela; quizá habían fallado los tensores y se había enredado el aparejo. Rápidamente comprobó los indicadores de tensión de los obenques. Era extraño... a un costado de la vela las cifras eran normales, pero en el otro, el tiro se aflojaba lentamente, incluso mientras él miraba.

Preso de un repentino presentimiento agarró el periscopio, conectó la visión de ángulo amplio y comenzó a revisar el borde de la vela. Sí, allí estaba el problema, y sólo podía deberse a una causa.

Una sombra inmensa y angulosa había empezado a deslizarse por el fulgor plateado de la vela. La oscuridad se cernía sobre el Diana como si pasara una nube entre la embarcación y el Sol. Y en la oscuridad, privado de los rayos que lo impulsaban, el yate perdía su fuerza y se desplazaba impotente en el espacio.

Pero, naturalmente, aquí, a más de veinte mil millas de la Tierra, no había nubes. De haber una sombra tenía que ser producida por el hombre.

Merton se sonrió mientras giraba el periscopio hacia el Sol, conectando los filtros que le permitían mirar directamente su faz resplandeciente sin cegarle.

- Maniobra cuarta - murmuró para sus adentros -. Vemos quién es más listo en esta treta.

Parecía como si un planeta gigantesco estuviera cruzando la cara del Sol; un inmenso disco negro había mordido profundamente en su borde. Veinte millas a popa, el Gossamer trataba de efectuar un eclipse artificial, especialmente a beneficio del Diana.

La maniobra era perfectamente lícita. En los tiempos de las carreras oceánicas los patrones habían intentado a menudo quitarse el viento unos a otros. Con un poco de suerte podían dejar descolgado a tu rival con las velas caídas... y sacarle una sustanciosa ventaja antes de que pudiera enmendar el entuerto.

Merton no tenía intención de dejarse coger tan fácilmente. Había tiempo de sobra para llevar a cabo una maniobra de evasión; las cosas sucedían muy lentamente cuando se navegaba en un velero solar. Tendrían que transcurrir lo menos veinte minutos antes de que el Gossamer rodeara completamente la cara del Sol, dejándole a él sumido en la oscuridad.

La minúscula computadora del Diana - del tamaño de una caja de cerillas, pero equivalente a un millar de matemáticos humanos - estudió el problema durante un

segundo, y dio la respuesta. Tenía que abrir los paneles de control tres y cuatro, hasta que la vela hubiera adquirido otros veinte grados de inclinación; luego, la presión de la radiación le apartaría de la peligrosa sombra del Gossamer, volviendo a recibir entonces plenamente el soplo del Sol. Era una lástima interrumpir ahora la labor del piloto automático, que tan cuidadosamente programado tenía para alcanzar la máxima velocidad... pero en definitiva él estaba aquí para eso. Esto era lo que hacía del yachting solar un deporte, más que una batalla entre computadoras.

Habían quedado fuera de control los obenques uno y seis, y ondulaban lentamente como serpientes soñolientas al perder momentáneamente su tirantez. A dos millas, los paneles triangulares comenzaron a abrirse perezosamente, vertiendo luz solar en el interior de la vela. Sin embargo, durante un buen rato nada pareció haber cambiado. Era muy difícil acostumbrarse a este mundo de movimiento lento, en el que había que esperar minutos enteros para que se hicieran visibles a los ojos los efectos de una maniobra. Después, Merton vio cómo se inclinaba la vela hacia el Sol... y cómo se deslizaba inofensiva la sombra del Gossamer, y se perdía su cono de oscuridad en la tiniebla aún más profunda del espacio.

Mucho antes de que la sombra se hubiera desvanecido y quedara claro una vez más el disco del Sol, el Diana volvió a su primitiva inclinación y reemprendió el rumbo que llevaba anteriormente. Este nuevo impulso lo alejaría del peligro; no debía sobrepasarse y virar en

exceso, pues eso alteraría todos sus cálculos. Esa era otra de las reglas difíciles de aprender: en el mismísimo momento en que empiezas una maniobra en el espacio debes ir pensando en terminar.

El dispositivo de alarma estaba preparado para la siguiente emergencia, natural o artificial. Quizá el Gossamer, o uno de los otros contendientes, intentara la misma treta otra vez. Entre tanto, era hora de comer, aunque no tenía demasiada hambre. Se gastaba poca energía física en el espacio, y era fácil olvidarse de la alimentación. Fácil... y peligroso; porque cuando surge una emergencia puede que no tengas las reservas necesarias para afrontarla.

Abrió el primero de los paquetes de comida, y lo inspeccionó sin entusiasmo. El nombre de la etiqueta - SUCULENCIAS ESPACIALES - bastaba para quitarle la gana. Y abrigaba serias dudas sobre la promesa que se anunciaba debajo: Alimento indesmigable garantizado». Se decía que las migas en el interior de los vehículos espaciales eran más peligrosas que los meteoritos; eran capaces de meterse en los lugares más inverosímiles, ocasionando cortocircuitos, bloqueando propulsores vitales, y hasta se introducían en instrumentos que se consideraban herméticamente cerrados.

En cambio, el embutido de hígado le sentó estupendamente, así como el batido de chocolate y piña tropical. El recipiente plástico del café se estaba calentando en el calentador eléctrico cuando el mundo exterior irrumpió en su soledad al llamarle el operador de radio de la lancha del comodoro.

- ¿Doctor Merton? Si dispone usted de un poco de tiempo, Jeremy Blair desearía pedirle unas palabras.

Blair era uno de los informadores más serios que habían surgido últimamente, y Merton había acudido a sus programas muchas veces. Podía rechazar la entrevista, por supuesto, pero Blair le caía simpático, y en este momento, evidentemente, no podía alegar que estaba demasiado ocupado.

- De acuerdo - contestó.

- Hola, doctor Merton - dijo inmediatamente el locutor -. Me alegro de que tenga un momento para nosotros. Mis felicitaciones... ya que, al parecer, marcha usted en cabeza.

- Es demasiado pronto para estar - contestó Merton precavidamente.

- Dígame, doctor, ¿por qué ha decidido tripular el Diana usted solo? ¿Porque así es usted el primero que lo intenta?

- Bueno, ¿no le parece una buena razón? De todos modos no es ésa la única, naturalmente - guardó silencio y eligió sus palabras con cuidado -. Usted sabe hasta qué punto depende de su masa la velocidad de un yate solar. Un hombre más, con todos sus

pertrechos, significaría una sobrecarga de quinientas libras de peso. Y es muy posible que ésa sea la diferencia entre ganar y perder.

- ¿Y está usted seguro de que puede gobernar el Diana solo?

- Bastante seguro; gracias a los controles automáticos que yo mismo he diseñado seguro de eso. Mi tarea principal consiste en supervisar y decidir.

- Pero... ¡son dos millas cuadradas de vela! No parece posible que pueda un hombre solo con todo eso.

Merton rió:

- ¿Por qué no? Esas dos millas cuadradas producen una fuerza impulsora máxima de diez libras. Yo puedo hacer más fuerza con el dedo meñique.

- Bien, muchas gracias, doctor. Y buena suerte. Volveré a ponerme en contacto con usted.

Tras despedirse el locutor, Merton se sintió un poco avergonzado de sí mismo. Porque su respuesta había sido parcialmente verdadera; y estaba seguro de que Blair era lo suficientemente sagaz como para haberse dado cuenta.

Había una razón concreta por la que él estaba aquí, solo en el espacio. Durante casi cuarenta años había trabajado en equipos de cientos y hasta de miles de hombres, ayudando a diseñar complicados vehículos que jamás habían visto la luz. Durante los últimos veinte años había dirigido uno de dichos equipos y había visto cómo sus creaciones se remontaban hacia las estrellas (a veces hubo fallos... que él no olvidó jamás, aun cuando no fue suya la culpa). Era famoso, y había dejado un brillante historial tras de sí; siempre había sido un fuera de serie.

Esta era la última oportunidad de que disponía para intentar una proeza individual, y no iba a compartirla con nadie. No habría más regatas de yates solares lo menos en cinco años, dado que estaba terminando el período de calma solar y comenzaba el ciclo del mal tiempo, en el que las tormentas de radiación se propagarían por, todo el sistema planetario. Cuando volviera el tiempo idóneo para que estas embarcaciones frágiles y sin protección se aventuraran a recorrer las alturas sería ya demasiado viejo. Si es que, efectivamente, no lo era ya...

Echó las envolturas vacías de los alimentos al eliminador de desperdicios y se volvió una vez más hacia el periscopio. Al principio sólo vio cinco yates más; no había ni rastro del Woomera. Tardó varios minutos en localizarlo: era un fantasma confuso, perdido entre las estrellas, atrapado limpiamente por la sombra del Lebedev. Imaginó los frenéticos esfuerzos de los australianos para librarse, y se preguntaba cómo habrían caído en la trampa. Ello indicaba que el Lebedev era de una maniobrabilidad excepcional. Tendría

que vigilarle, aunque estaba demasiado lejos para que representara una amenaza para el Diana de momento

Ahora la Tierra casi había desaparecido, había encogido hasta convertirse en un arco estrecho y brillante de luz que se desplazaba majestuosamente hacia el Sol. Perfilada oscuramente dentro de ese arco ardiente estaba la cara nocturna del planeta, con los centelleos fosforescentes de las grandes ciudades, que surgían aquí y allá, entre los desgarrones de las nubes. El disco de oscuridad había borrado ya una gran zona de la Vía Láctea. Dentro de unos minutos empezaría a avanzar sobre el Sol.

La luz se estaba debilitando; un matiz purpúreo y crepuscular - el resplandor de una multitud de puestas de Sol, miles de millas más abajo - descendía sobre la vela, mientras el Diana se deslizaba silencioso por la sombra de la Tierra. El Sol caía aplomo bajo ese horizonte invisible; dentro de unos minutos se haría de noche.

Merton miró hacia atrás, en dirección a la órbita que acababa de recorrer, equivalente a un cuadrante en torno al mundo. Una por una, vio parpadear las brillantes estrellas de los otros yates que venían a compartir con él la breve noche. Pasaría una hora antes de que el Sol emergiera de ese enorme escudo negro; durante todo ese tiempo serían completamente impotentes, se desplazarían sin fuerza impulsora.

Encendió el reflector exterior y empezó a buscar con su haz de luz la vela que acababa de sumirse en las sombras. Los miles de acres de película empezaban a arrugarse y a colgar fláccidos. Las jarcias habían perdido su tirantez y había que recogerlas antes de que se enredaran. Pero esto no le cogía de sorpresa: todo marchaba de acuerdo con lo previsto.

Cincuenta millas a popa, el Arachne y el Santa María no habían tenido tanta suerte. Merton se enteró de sus dificultades cuando la radio cobró vida y empezó a hablar por el circuito de emergencia.

- Número Dos y Número Seis, aquí Control. Navegan a rumbo de colisión; ¡sus órbitas incidirán dentro de sesenta y cinco minutos! ¿Necesitan ayuda?

Hubo un largo silencio, mientras los dos patrones digerían la mala noticia. Merton se preguntó quién tendría la culpa. Quizá uno de los yates había intentado hacerle sombra al otro, y se habían sumergido en la noche antes de terminar la maniobra. Ahora ninguno de los dos podría hacer nada. Iban lenta, pero inexorablemente, en una trayectoria convergente, incapaces de variar el rumbo siquiera una fracción de grado.

Sin embargo... ¡eran sesenta y cinco minutos! Para entonces estarían bajo la luz del Sol otra vez, dado que iban a salir de la sombra de la Tierra. Tenían una ligera posibilidad,

si es que sus velas llegaban a recoger la suficiente fuerza para evitar la catástrofe. A bordo del Arachne y del Santa María debía haber una actividad frenética.

El Arachne fue el primero en contestar. Su respuesta fue exactamente la que Merton esperaba.

- Número Seis llamando a Control. No necesitamos ayuda, gracias. Nos las arreglaremos solos.

Lo dudo, pensó Merton; pero al menos sería interesante presenciarlo. El primer drama de la regata se aproximaba, exactamente, por encima de la línea de medianoche de la cara nocturna de la Tierra.

Durante la hora siguiente Merton estuvo demasiado atareado con su propia vela para ocuparse del Arachne y del Santa María. Era difícil mantener estrecha vigilancia de esos cincuenta millones de pies cuadrados de plástico confuso que flotaban en la oscuridad, iluminados tan sólo por el débil reflector y los rayos de la lejana Luna. Desde ahora, y durante casi la mitad de su órbita en torno a la Tierra, debía mantener toda esta inmensa área de perfil respecto del Sol. En las doce o catorce próximas horas, la vela sería un estorbo inútil, dado que se desplazaría en dirección al Sol, de suerte que sus rayos le impulsarían de nuevo hacia atrás, haciéndole retroceder por la trayectoria que había recorrido. Era una lástima no poder recoger la vela completamente hasta que llegara el momento de utilizarla de nuevo; pero nadie había descubierto hasta ahora un procedimiento práctico que permitiera ejecutar esta maniobra.

Allá abajo, en el borde de la Tierra, surgió el primer atisbo del amanecer. En diez minutos surgiría el Sol de la sombra que lo eclipsaba. Los yates se animarían otra vez cuando el soplo de radiación hinchara sus velas. Ese sería el momento crítico para el Arachne y el Santa María... y, naturalmente, para todos ellos.

Merton fue moviendo el periscopio hasta que descubrió las dos sombras que se desplazaban contra las estrellas. Estaban muy cerca la una de la otra... quizá distaban menos de tres millas. Puede, pensó Merton, que fueran capaces de conseguirlo...

La aurora irrumpió como una explosión de luz en el canto de la Tierra, mientras surgía el Sol por el Pacífico. La vela y las jarcias adquirieron un breve tono carmesí, luego dorado, y después se encendieron con la blanca luz del día. Las agujas de los dinamómetros comenzaron a despegarse de sus ceros... pero sólo un poco. El Diana flotaba aún casi completamente ingrávido, dado que, con la vela encarada hacia el Sol, su aceleración se reducía a unas pocas millonésimas de gravedad.

Pero el Arachne y el Santa María se estaban aproximando a todo trapo, en un desesperado intento por alejarse. Ahora, cuando ya distaban menos de dos millas el uno

del otro, sus nubes de resplandeciente plástico se desplegaron y se extendieron con angustiosa lentitud al recibir el primer impulso tenue de los rayos del Sol. Casi todas las pantallas de televisión de la Tierra estarían siguiendo este drama interminable, del que ni aún ahora, en este último minuto, se podía predecir el desenlace.

Los dos patrones eran hombres obstinados. Los dos podían haber cortado sus velas respectivas y retroceder, dando así una oportunidad al otro; pero no lo haría ninguno de los dos. Había en juego demasiado prestigio, demasiados millones, demasiada reputación. Y así, silenciosos y mansos como copos de nieve en una noche de invierno, el Arachne y el Santa María entraron en colisión.

La cuadrada cometa cayó casi imperceptiblemente en la telaraña circular. El largo cordaje de los obenques se retorció y se enmarañó con una lentitud onírica. A bordo del Diana, Merton, atareado aún con su propio aparejo, apenas lograba apartar los ojos de este desastre silencioso y prolongado.

Durante más de diez minutos las dos nubes, hinchadas y brillantes, siguieron fundidas en una maraña inextricable. Luego, las cápsulas tripuladas se desprendieron y prosiguieron sus distintas trayectorias, cruzándose una

con otra a un centenar de yardas. Con una llamarada de cohetes, las lanchas de salvamento corrieron veloces a recogerlas.

Eso nos reduce a cinco, pensó Merton. Lo sentía por los patrones que con tanta intransigencia se habían eliminado mutuamente, a sólo unas horas de haberse iniciado la regata; pero eran jóvenes y tendrían otras oportunidades.

A los pocos minutos, de cinco quedaron reducidos a cuatro. Desde el principio Merton había tenido sus dudas sobre las lentas evoluciones del Sunbeam;. ahora vio que estaban justificadas.

La nave marciana no había podido virar correctamente. Su giro le había dado demasiada estabilidad. El anillo inmenso de su vela se estaba orientando de cara al Sol en vez de colocarse de perfil a él. Estaba siendo impelido hacia atrás, por su misma trayectoria, casi al máximo de su aceleración.

Eso era lo más exasperante que le podía suceder a un patrón... era incluso peor que una colisión, ya que la culpa la tenía únicamente él. Pero nadie sentiría mucha simpatía por estos colonos frustrados al verles perderse lentamente hacia popa. Se habían dado demasiado aire de superioridad antes de la regata, y lo que ahora les estaba pasando era de una justicia poética.

No obstante, no había que borrar al Sunbeam completamente de la lista; con casi medio millón de millas todavía por recorrer, podían aún reintegrarse a la regata. Desde

luego, si se daban unas cuantas casualidades más, podía ser el único en entrar en la meta. No sería la primera vez.

Las doce horas siguientes transcurrieron sin incidencias, mientras la Tierra fue creciendo desde su fase nueva a la llena. Había poco que hacer, en tanto la flotilla se deslizaba por la mitad de la órbita, en la que se veía privada de impulso; pero Merton no dejó correr el tiempo a lo tonto. Durmió algunas horas, hizo dos comidas, tomó anotaciones en el cuaderno de bitácora y participó en varias entrevistas radiofónicas más. Pero la mayor parte del tiempo la pasó disfrutando de esa sensación de flotar en ingrávido relajamiento, lejos de todas las preocupaciones de la Tierra, sintiéndose feliz como no lo había sido desde hacía muchos años. Era dueño de su propio destino - tan dueño como puede serlo un hombre en el espacio -, gobernando la nave a la que había consagrado tanta destreza, tanto amor, que se había convertido en parte de su propio ser.

La siguiente contingencia ocurrió cuando estaban atravesando la línea entre la Tierra y el Sol y se internaban en la otra mitad de la órbita en que recibían la fuerza solar. A bordo del Diana, Merton vio cómo se hinchaba la inmensa vela al terciarla para recoger los rayos que la impulsaban. Comenzó a aumentar la aceleración, contada en microsegundos, aunque tardaría horas en llegar a su valor máximo.

No sería alcanzado jamás por el Gossamer. El momento del retorno de la fuerza era crítico, y éste no lo había podido superar.

El comentario que hizo Blair por radio, la cual había dejado Merton conectada a bajo volumen, le alertó con la noticia: «¡Hola, el Gossamer culebrea!» Se precipitó hacia el periscopio, pero al principio no vio nada anormal en el inmenso disco circular de la vela del Gossamer. Era difícil examinarlo bien porque estaba casi totalmente de perfil con respecto a él, y ofrecía el aspecto de una delgada elipse; pero poco después vio que cimbreaba de un lado a otro en lentas, irresistibles oscilaciones. A menos que la tripulación amortiguara este bailoteo tirando rítmica y suavemente de los obenques, la vela acabaría hecha jirones.

Pusieron todo el empeño, y al cabo de veinte minutos pareció que lo habían conseguido. Luego, en un punto próximo al centro de la vela, la película de plástico empezó a rasgarse. Lentamente, el desgarrón se fue corriendo hacia el borde, bajo la presión de la radiación, como el humo ascendente de una hoguera. Al cabo de un cuarto de hora no quedaba más que la delicada tracería de los mástiles radiales que habían sostenido la inmensa telaraña. Una vez más surgieron las llamaradas de los cohetes al pasar una lancha de salvamento para rescatar la cápsula del Gossamer y a su desalentada tripulación.

- Nos estamos quedando solos aquí, ¿eh? - dijo una voz amistosa por el comunicador de nave a nave.

- Tú no, Dimitri - replicó Merton -. Tú aún tienes compañía ahí, en el limite del campo. Yo sí que estoy solo aquí delante - no era una baladronada; el Diana le sacaba en ese momento trescientas millas al siguiente competidor, y su ventaja aumentaría aún más de prisa en las horas siguientes.

A bordo del Lebedev, Dimitri Markoff rió con buen humor. No parecía, pensó Merton, un hombre que se ha resignado a la derrota.

- Recuerda la leyenda de la tortuga y la liebre - contestó el ruso -. Puede pasar un montón de cosas durante el próximo cuarto de millón de millas.

Sucedió algo mucho antes, tras completar la primera órbita de la Tierra y cruzar dee nuevo la línea de salida... aunque lo hicieron varias millas más arriba, gracias a la energía extra que les había proporcionado los rayos del Sol. Merton había estudiado cuidadosamente los otros yates, y había introducido las cifras en la computadora. La respuesta que le dio para el Woomera era tan absurda que la volvió a comprobar inmediatamente.

No cabía duda... los australianos estaban alcanzan una media totalmente fantástica. Ningún yate solar era capaz de conseguir semejante aceleración, a menos que... Una rápida ojeada por el periscopio le dio la respuesta. El aparejo del Woomera, que se reducía al verdadero mínimo de masa, se había desprendido. Era sólo la vela, que aún conservaba su forma, lo que seguía corriendo tras él como un pañuelo hinchado por el viento. Dos horas más tarde pasó flotando a menos de veinte millas; pero mucho antes de eso, los australianos habían ido a reunirse con la cada vez más numerosa concurrencia de a bordo de la lancha del comodoro.

Así que ahora se trataba de una lucha entre el Diana y el Lebedev... pues aunque los marcianos no se habían retirado, estaban a mil millas a popa y no constituían una seria amenaza. Por lo demás, era difícil ver qué podía hacer el Lebedev para alcanzar al Diana; pero durante todo el recorrido de la segunda vuelta, a través de la zona de eclipse y de la larga y lenta ascensión contra el Sol, Merton sintió una creciente inquietud.

Conocía a los pilotos y diseñadores rusos. Llevaban veinte años intentado ganar la regata... y, en definitiva, era justo que la ganaran, porque, ¿acaso no había sido Pyotr Nikolaevich Lebedev el primer hombre que descubrió la presión de la luz solar a principios del siglo xx? No obstante, jamás lo habían conseguido.

Pero nunca dejarían de intentarlo. Dimitri debía estar tramando algo... y sería espectacular.

A bordo de la lancha oficial, que seguía a mil millas a los yates de la regata, el comodoro Van Stratten miraba el radiograma con furiosa consternación. El parte había recorrido más de cien millones de millas, desde la cadena de observatorios solares que giraban en torno a la inflamada superficie del Sol; y era portador de las peores noticias que cabía esperar.

El comodoro - su título era puramente honorífico, por supuesto; en la Tierra era profesor de Astrofísica de Harvard - casi lo había estado esperando. Nunca se habían hecho los preparativos de la regata con la estación tan avanzada. Había habido muchos retrasos; se habían aventurado... y ahora, por lo visto, podían perder todos. Bajo la superficie del Sol se estaban acumulando fuerzas enormes. En cualquier momento la energía de un millón de bombas de hidrógeno podía estallar en una pavorosa explosión conocida con el nombre de protuberancia solar. Ascendiendo a millones de millas por hora, una invisible bola de fuego muy superior al tamaño de la Tierra saltaría del Sol y cruzaría los espacios.

Las nubes de gas electrificado probablemente pasarían lejos de la Tierra. De no ser así, tardaría en llegar a ella un día tan sólo. Las naves espaciales podían protegerse con sus escudos y sus poderosas pantallas magnéticas; pero los yates solares, de construcción liviana, con sus paredes del espesor del papel, estaban indefensos ante tal amenaza. Tendrían que ser recogidas las tripulaciones y habría que abandonar la regata.

John Merton no sabía nada de esto mientras orbitaba en su Diana alrededor de la Tierra por segunda vez. Si todo marchaba bien, ésta sería la última vuelta para él y para los rusos. Habían girado en espiral, remontando miles de millas, sacando energía de los rayos del Sol. En esta vuelta debían escapar completamente de la Tierra y emprender la larga carrera hacia la Luna. Sería una regata en línea recta ahora; la tripulación del Sunbeam había abandonado definitivamente, agotada después de luchar como valientes con su vela giratoria durante más de cien mil millas.

Merton no se sentía cansado; había comido y había dormido muy bien, y el Diana se estaba portando admirablemente. El piloto automático, tensando el aparejo como una araña laboriosa, mantenía la inmensa vela orientada al Sol con más precisión que cualquier patrón humano. Aunque, a estas alturas, las dos millas cuadradas de lámina de plástico debían estar acribilladas por cientos de micrometeoritos. Las picaduras, del tamaño de una cabeza de alfiler, no habían provocado ninguna disminución del impulso.

Tenía sólo dos preocupaciones. La primera era el obenque número ocho, que va no ajustaba correctamente. De manera imprevista se había atascado el molinete; aun después de todos estos años de ingeniería astronáutica, los contratiempos le cogían a

uno por sorpresa. No podía ni lascar ni cobrar el obenque, y tendría que navegar lo mejor que pudiera con los otros. Por suerte, las maniobras más difíciles habían terminado ya; en adelante, el Diana tendría el Sol de popa y navegaría en línea recta, impelido por el viento solar. Y como solían decir los marineros de los viejos tiempos, es muy difícil gobernar una embarcación cuando el viento sopla por encima de tu hombro.

Su otra preocupación era el Lebedev, que seguía pisándole los talones trescientas millas más atrás. El yate ruso había demostrado su extraordinaria maniobrabilidad, gracias a los cuatro grandes paneles de sus brazos, capaces de inclinarse alrededor de la vela central. Sus virajes al circunvalar la Tierra habían sido ejecutados con soberbia precisión. Pero para aumentar su maniobrabilidad, había tenido que sacrificar algo su velocidad. No se podían tener las dos cosas; a la larga, navegando en línea recta, Merton tenía que salir victorioso con el suyo. Sin embargo, no podía estar seguro de esa victoria hasta que, en el espacio de tres o cuatro días, el Diana cruzara la cara oscura de la Luna.

Y entonces, a las cincuenta horas de regata, justo al terminar la segunda órbita en torno a la Tierra, Markoff sacó a relucir su pequeña sorpresa.

- Hola, John - dijo despreocupadamente a través del circuito de nave a nave -. Quisiera que vieses esto. Puede que te interese.

Merton se trasladó al periscopio y le dio toda la potencia de amplificación. En el campo visual, como una visión inverosímil que se recortaba contra el fondo estrellado, estaba la resplandeciente cruz de Malta del Lebedev, muy pequeña, pero muy nítida. Y mientras miraba, los cuatro brazos de la cruz se desprendieron lentamente del cuadrado central y se soltaron, perdiéndose con todos sus mástiles y su cordaje en el espacio.

Markoff había arrojado por la borda toda la masa innecesaria, ahora que entraba en velocidad de escape y ya no necesitaba girar penosamente en torno a la Tierra, ganando impulso en cada vuelta. En adelante, el Lebedev sería casi ingobernable... pero no importaba; tenía detrás todos los trucos de la navegación. Era como si un patrón de yate de los viejos tiempos hubiera arrojado deliberadamente su pesado timón, sabiendo que haría el resto de la regata con viento de popa y una mar en calma.

- Mis felicitaciones, Dimitri - dijo Merton -. Es un bonito truco. Pero no va a servir. Ahora no puedes cogerme ya.

- Aún no he terminado - contestó el ruso -. Existe un viejo cuento en mi tierra sobre un trineo que era perseguido por los lobos. Para salvar la vida, el conductor tuvo que arrojar a los pasajeros uno por uno. Supongo que ves la analogía.

Merton la veía, y demasiado bien. En esta etapa final, Dimitri no necesitaba ya a su copiloto. El Lebedev podía realmente arrojar todo su lastre para entrar en combate.

- Alexis no se va a sentir muy contento con eso - replicó Merton -. Además, va contra el reglamento.

- Alexis no está muy contento, pero aquí el patrón soy yo. Tendrá que esperar unos diez minutos, hasta que le recoja el comodoro. Y el reglamento no dice nada sobre el número de la tripulación... deberías saberlo.

Merton no contestó; estaba demasiado ocupado haciendo apresurados cálculos, basados en lo que deducía él del diseño del Lebedev. Al terminar, sabía que la regata no estaba ganada aún por ninguno de los dos. El Lebedev le alcanzaría justo en el momento en que calculaba él rebasar la Luna.

Pero el resultado de la regata se había decidido ya, a noventa millones de millas.

En el Observatorio Solar Tres, en la órbita de Mercurio, los instrumentos automáticos registraron la historia entera de la protuberancia. Cien millones de millas cuadradas de la superficie solar habían estallado con tal furia blanquiazul que, en comparación, el resto del disco palideció, tornándose una brasa mortecina. De ese infierno tumultuoso, retorciéndose y girando como una criatura viva en los campos magnéticos de su propia creación, se elevó el plasma electrizado de la enorme protuberancia. Ante ella, desplazándose a la velocidad de la luz, corrió la anunciadora llamarada de rayos X y ultravioleta. Tardaría ocho minutos en llegar a la Tierra, y era relativamente inofensiva. No lo eran, en cambio, los átomos cargados que corrían detrás a la moderada velocidad de cuatro millones de millas por hora... y que, en espacio de un día, sumergirían al Diana, al Lebedev y a la flotilla que les acompañaba en una nube de radiación mortal.

El comodoro demoró su decisión hasta el último minuto. Aun cuando se había registrado el paso del chorro de plasma por la órbita de Venus, había una posibilidad de que pasara lejos de la Tierra. Pero cuando faltaban menos de cuatro horas y fue detectado por la red de radar montada en la Luna comprendió que no había esperanza. Se había terminado la navegación solar hasta dentro de cinco o seis años... cuando el Sol se apaciguara otra vez. Un gran suspiro de decepción cruzó el sistema solar. El Diana y el Lebedev estaban a medio camino entre la Tierra y la Luna, navegando codo a codo... pero ahora nadie sabría ya qué embarcación era la mejor. Los entusiastas discutirían el posible resultado durante años; la historia constataría sólo lo siguiente: «Regata suspendida debido a una tormenta solar.»

Cuando John Merton recibió la orden, sintió una amargura como jamás la había experimentado desde su niñez. A través de los años, de una manera clara y distinta, le llegó el recuerdo del día en que cumplió los diez años. Le habían prometido una maqueta a escala exacta de la famosa nave espacial Morning Star, y durante meses había estado

planeando cómo la montaría y dónde la colgaría en su habitación. Y luego, en el último momento, su padre le dio la noticia: «Lo siento, John... es demasiado cara. Puede que al año que viene»...

Medio siglo después, y tras una vida entera de éxitos, volvía a ser aquel muchacho acongojado.

Por un momento pensó en desobedecer al comodoro. ¿Y si proseguía su nagevación, sin hacer caso de la advertencia? Aun cuando se suspendiera la regata, podía hacer una travesía hasta la Luna que constara después en los libros durante generaciones. Pero eso habría sido algo más que una estupidez; habría sido un suicidio... una forma muy desagradable de suicidio. Había presenciado la muerte de hombres envenenados por radiación al fallarles el escudo magnético de sus naves espaciales. No... no había nada en el mundo que mereciese ese sacrificio...

Lo sentía tanto por Dimitri como por él mismo. Los dos merecían haber ganado, y ahora la victoria no sería de ninguno de los dos. Ningún hombre podía ponerse a discutir con el Sol cuando éste se encolerizaba, aunque fuese capaz de cabalgar sobre sus rayos hasta el borde del espacio.

A sólo cincuenta millas de su popa la lancha del comodoro se aproximaba a la cápsula del Lebedev por un flanco y estaba dispuesta a transbordar a su patrón. Allá fue la vela plateada, al cortar Dimitri con un sentimiento que él compartía - el aparejo que la sujetaba. La pequeña cápsula sería devuelta a la Tierra, quizá para ser utilizada otra vez; pero la vela se aparejaba para un viaje únicamente.

Podía apretar el botón de eyección ahora mismo y dejar que le rescataran los de salvamento en cuestión de minutos. Pero no podía hacerlo; quería seguir hasta el último minuto a bordo de la pequeña embarcación que durante tanto tiempo había formado parte de sus sueños y de su vida. La gran vela estaba extendida ahora en ángulo recto respecto del Sol, ejerciendo su más grande impulso. Mucho antes le había alejado limpiamente de la Tierra; y ahora el Diana seguía aumentando aún su velocidad.

Entonces, súbitamente, con absoluta certeza, comprendió qué era lo que debía hacer. Por última vez, se sentó ante la computadora que le había guiado durante la mitad del viaje hacia la Luna.

Cuando hubo terminado, recogió el diario de a bordo y sus pocas pertenencias personales. Desmañadamente, porque había perdido la práctica y porque no era tarea pra hacerla sin ayuda, se enfundó en el traje de emergencia. Estaba precintando el casco cuando llamó por radio la voz del comodoro.

- tracaremos a su costado dentro de cinco minutos, capitán. Por favor, corte su vela para no chocar con ella.

John Merton, primero y último tripulante del yate solar Diana, dudó un momento. Echó una última mirada a la reducida cabina, con sus brillantes instrumentos y sus ordenados controles, todos trabados en sus posiciones finales. Luego dijo por el micrófono: «Me dispongo a abandonar la nave. No tengan prisa por recogerme a mí. El Diana puede cuidar de sí mismo.»

No hubo respuesta por parte del comodoro, por lo que se sintió agradecido. El profesor Van Stratten debió adivinar lo que pasaba... y sabía que, en estos momentos finales, deseaba que le dejaran solo.

No se preocupó de vaciar la cámara de descompresión, y el chorro le expulsó suavemente al espacio. El impulso que le dio entonces a la embarcación fue lo último que el Diana recibiría de él. Lo vio alejarse y perder tamaño, con su vela brillando espléndidamente con la luz del Sol, que sería suya durante los siglos venideros. Dentro de dos días, dejaría la Luna atrás; pero la Luna, como la Tierra, no lo alcanzaría jamás. Sin el peso de su persona a bordo, la embarcación aumentaría su velocidad dos mil millas por hora cada día de navegación. En un mes navegaría más de prisa que ninguna otra nave jamás construida por el hombre.

Cuando los rayos del Sol se debilitaran por la distancia, su aceleración disminuiría. Pero en la órbita de Marte el Diana iría aumentando su velocidad a razón de mil millas por hora cada día. Así, pues, mucho antes de llegar ahí, se desplazaría a demasiada velocidad para que pudiera alcanzarlo el Sol. Y, más veloz que el más veloz cometa surgido de entre las estrellas, pondría proa hacia el abismo.

El fulgor de los cohetes, a unas millas de distancia, atrajeron la atención de Merton. Se aproximaba la lancha de rescate... su aceleración era miles de veces superior a la que el Diana podía alcanzar. Pero sus motores podían funcionar durante unos minutos tan sólo antes de agotar su combustible... mientras que el Diana estaría aún aumentando su velocidad, impulsado hacia los espacios exteriores por el eterno fuego del Sol, durante los milenios por venir.

- Adiós, barquichuela - dijo Merton -. ¿Qué ojos te verán otra vez y dentro de cuántos miles de años?

Por último, se sintió en paz, mientras el hocico de torpedo de la lancha se aproximaba a él. Jamás ganaría ya la regata a la Luna pero su embarcación era la primera en izar su vela para el largo viaje a las estrellas.

EL SECRETO

Habían transcurrido casi dos semanas desde que Henry Cooper llegó a la Luna, cuando descubrió que algo andaba mal. Al principio fue sólo una sospecha mal definida, la típica corazonada que un sagaz periodista especializado en temas científicos no habría tomado demasiado en serio. Al fin y al cabo había venido aquí a petición de la propia Administración Espacial de las Naciones Unidas. La AENU había sido siempre beligerante en lo que se refiere a relaciones públicas... especialmente en vísperas de la elaboración de los presupuestos, cuando un mundo superpoblado exigía a gritos más carreteras y escuelas y granjas marinas, y se lamentaba de los billones que se dilapidaban en proyectos espaciales.

Así que aquí estaba él, recorriendo la Luna por segunda vez y transmitiendo dos mil palabras por día. Aunque la novedad había pasado, todavía quedaba el prodigio y el misterio de un mundo como el Africa de grande, del que se habían levantado planos de todas sus regiones, aunque estaba casi completamente sin explorar. A un tiro de piedra de las cúpulas de presión, de los laboratorios y los espaciopuertos se abría un vacío que desafiaría a los hombres durante los siglos venideros.

Algunas partes de la Luna eran casi demasiado familiares, por supuesto. Quién no había visto esa cicatriz polvorienta del Mare Imbrium, con su torre de señales de brillante metal y la placa que proclamaba en los tres idiomas oficiales de la Tierra:

EN ESTE LUGAR

2001 DEL T. U.

13 SEPTIEMBRE 1959

EL PRIMER OBJETO FABRICADO POR EL HOMBRE

ALCANZO OTRO MUNDO

Cooper había visitado el sepulcro del Lunik II... y la tumba, más famosa, de los hombres que habían venido después. Pero estas cosas pertenecían al pasado; como Colón y los hermanos Wright, iban quedando relegadas a la historia. Lo que le preocupaba a él era el futuro.

Cuando tomó tierra en el espaciopuerto de Arquímedes el administrador jefe manifestó gran alegría al verle, mostrándose muy interesado por su viaje. Arreglaron todo lo referente a transportes, acomodamiento y guía oficial. Podía ir adonde gustara, así como

hacer las preguntas que quisiera. La AENU confiaba en él, pues sus relatos habían sido siempre fieles y su actitud amistosa. Sin embargo, el viaje había resultado desagradable; no sabía por qué, pero lo averiguaría.

Cogió el teléfono y dijo:

- ¿Operadora? Por favor, póngame con el Departamento de Policía. Quiero hablar con el inspector general.

Probablemente, Chandra Coomaraswamy poseía uniforme, pero Cooper jamás se lo había visto puesto. Se encontraron, como habían convenido, en la entrada del pequeño parque, que era el más grande orgullo de la ciudad de Platón. A estas horas de la mañana del día artificial de veinticuatro horas, el parque estaba casi desierto y podían charlar sin interrupción.

Mientras paseaban por los estrechos senderos de grava, hablaron de los viejos tiempos, de los amigos que habían conocido en la universidad, de los últimos acontecimientos de la política interplanetaria. Habían llegado al corazón del parque, estaban bajo el centro exacto de la gran cúpula pintada de azul, cuando Cooper abordó el tema de lleno.

- Tú estás al corriente de lo que pasa en la Luna, Chandra - dijo -. Y sabes qué estoy aquí para escribir una serie de artículos para la AENU... espero hacer un libro con todos ellos cuando regrese a la Tierra. Así que, ¿por qué tratan de ocultarme las cosas?

Era imposible apremiar a Chandra. Siempre se tomaba su tiempo para contestar a una pregunta, y sus palabras escuetas brotaban con dificultad entre la humareda de su pipa bávara.

- ¿Quiénes? - preguntó al fin.

- ¿De veras no tienes idea?

El inspector general negó con un movimiento de cabeza.

- Ni la más ligera - contestó; y Cooper comprendió que decía la verdad. Puede que Chandra fuera reservado, pero no mentía.

- Temía que dijeras eso. bueno, si no sabes más de lo que yo sé, será esta la única clave de que voy a disponer... y me asusta. La Investigación Médica está tratando de mantenerme alejado.

- Mmmm - replicó Chandra, quitándose la pipa de la boca y mirándole pensativamente.

- ¿Eso es todo lo que tienes que decir?

- No me has dado muchos datos. Recuerda que sólo soy un polizonte; carezco de tu intensa

imaginación periodística.

- Todo lo que puedo decirte es que cuanto más arriba subo en el Centro de Investigación Médica, más fría se me hace la atmósfera. La última vez que estuve aquí todo el mundo fue muy amable y me proporcionó datos realmente interesantes. En cambio ahora ni siquiera me permiten entrevistar al director. Siempre está demasiado ocupado, o se encuentra en la otra cara de la Luna. En fin, ¿qué clase de hombre es?

- ¿El doctor Hastings? Una persona un poco esquinada. Es muy competente, pero no resulta fácil trabajar con él.

- ¿Qué puede estar intentando ocultar?

- Conociéndote como te conozco, diría que tienes unas cuantas teorías interesantes sobre eso.

- Bueno, yo había pensado en narcóticos, fraudes y conspiraciones políticas... pero nada de eso tiene sentido hoy en día. Así que lo que queda me produce verdadero horror.

Las cejas de Chandra indicaron un mudo signo de interrogación.

- Una plaga interplanetaria - dijo Cooper lisa y llanamente.

- Yo creía que eso era imposible.

- Yo mismo he escrito artículos demostrando que las formas de vida de otros planetas se basan en procesos químicos tan extraños que no pueden reaccionar en nosotros, y que todos nuestros microbios y bichitos tardaron millones de años en adaptarse a nuestro cuerpo. Pero siempre me he preguntado si sería eso cierto. ¿Y si hay una nave que ha regresado de Marte, vamos a suponer, con algo realmente nocivo... que los doctores no pueden controlar?

Hubo un largo silencio. Luego, dicho Chandra:

- Empezaré a hacer indagaciones. Yo también estoy preocupado, porque aquí tenemos un asunto del que probablemente no estarás enterado. El mes pasado hubo tres casos de crisis nerviosas en la Divisón Médica... y eso es muy, muy poco corriente.

Consultó su reloj. Luego miró el falso firmamento, que parecía muy lejano, aunque en realidad se hallaba sólo a doscientos pies por encima de sus cabezas.

- Será mejor que nos vayamos - dijo -. La lluvia de la mañana dará comienzo dentro de cinco minutos.

Dos semanas después le llegó la llamada, en plena noche, en la verdadera noche lunar. Según el cómputo de tiempo de la ciudad de Platón, era domingo por la mañana.

- ¿Henry? - Aquí Chandra -. ¿Podemos quedar en la cámara de descompresión número cinco para dentro de media hora? Bien... hasta luego.

Eso era, Cooper estaba seguro. Acudir a la cámara de descompresión cinco significaba salir al exterior de la cúpula. Chandra había descubierto algo.

La presencia de un conductor de la policía limitó la conversación, mientras el tractor se alejaba de la ciudad por la calzada toscamente nivelada en un suelo de ceniza y piedra pómez. Allá por el Sur, aparecía la Tierra casi llena, derramando una brillante luz verdeazul sobre el paisaje infernal. Por mucho que lo intentaran, se dijo Cooper, resultaba difícil hacer que la Luna pareciese encantadora. Pero la naturaleza guarda bien sus secretos más grandiosos, y para descubrirlos, los hombres debían venir hasta estos lugares.

Las múltiples cúpulas de la ciudad combaban aún más el curvado horizonte. El tractor, en este momento, se apartó de la carretera principal para seguir un sendero apenas perceptible. Diez minutos más tarde, Cooper vio brillar ante sí una semiesfera solitaria, erigida sobre una loma aislada. Junto a la entrada había aparcado otro vehículo con una cruz roja pintada. Parecía que no eran los únicos visitantes.

Tampoco llegaron inesperadamente. Cuando subían hacia la cúpula, el tubo flexible de acoplamiento a la cámara de descompresión se alargó tanteando hacia ellos y quedó afianzado a la parte exterior del casco del tractor. Hubo un breve susurro al equilibrarse la presión. Luego, Cooper siguió a Chandra y ambos entraron en el edificio.

El operario de la cámara les condujo por unos corredores circulares y unos pasadizos radiales hasta el centro de la cúpula. De cuando en cuando veían al pasar algún laboratorio, instrumentos científicos, ordenadores electrónicos... todo ello completamente corriente, y desierto en esta mañana de domingo. Debían estar en el corazón del edificio, se dijo Cooper cuando el guía les introdujo en un amplio recinto circular y cerró la puerta silenciosamente tras hacerles pasar.

Era un zoológico en pequeño. Alrededor de ellos había jaulas, tanques y recipientes que contenía una extensa selección de la fauna y flora terrestres. Aguardando en el centro vieron a un hombre bajito de pelo gris, con aspecto inquieto y sumamente desdichado.

- Doctor Hastings - dijo Coomaraswamy -, le presento al señor Cooper - el inspector general se volvió hacia su compañero y añadió -: He convencido al doctor de que sólo hay un medio de tenerte callado... y es contártelo todo.

- Francamente - dijo Hastings -, me parece que no me importa ya.

Su voz era insegura, controlada a duras penas, y Cooper pensó: ¡Hola!, otro desmoronamiento nervioso a la vista.

El científico no se entretuvo en formalismos tales como estrecharse la mano. Se dirigió a una de las jaulas, sacó una pequeña pelota de piel sedosa y la tendió a Cooper.

- ¿Sabe lo que es esto? - preguntó de repente.

- Naturalmente, un hámster... el animalito más empleado en el laboratorio.

- Sí - dijo Hastings -. Un hámster dorado común y corriente. Salvo que éste tiene cinco años... como todos lo que hay en esta jaula.

- Bien, ¿y qué tiene de raro?

- ¡Oh!, nada, nada en absoluto... únicamente hay un pequeño detalle, y es que los hámsters sólo viven dos años. Y nosotros tenemos algunos aquí que van para diez.

Durante un momento, ninguno de ellos dijo nada; pero la habitación no estaba en silencio. Se hallaba poblada de susurros y revuelos y arañazos, de débiles gemidos y pequeños chillidos de animales. Luego, Cooper murmuró:

- ¡Dios mío, han descubierto ustedes el modo de prolongar la vida!

- No - replicó Hastings -. No lo hemos descubierto. La Luna es quien nos lo ha dado... como podíamos haber previsto, si hubiéramos mirado lo que teníamos delante de las narices.

Parecía haber recuperado el control de sus emociones, como si nuevamente fuera el puro científico, fascinado por el descubrimiento en sí, sin tener en cuenta sus implicaciones.

- En la Tierra - dijo - nos pasamos la vida luchando con la gravedad. La gravedad agota nuestros músculos, deforma nuestros estómagos. En setenta años, ¿cuántas toneladas de sangre eleva el corazón a través de cuántas millas de recorrido? Pues todo ese trabajo, todo ese esfuerzo, se reduce a la sexta parte aquí, en la Luna, donde un ser humano de ciento ochenta libra pesa treinta tan sólo.

- Comprendo - dijo Cooper lentamente - Diez años para un hámster... ¿cuánto tiempo para un hombre?

- No es una ley simple - contestó Hastings -. Varía con el tamaño y la especie. Hace un mes aún no estábamos seguros. Pero ahora lo sabemos con certeza: en la Luna el período de la vida humana será lo menos de doscientos años.

- ¡Y han estado tratando de mantenerlo en secreto!

- ¡Loco! ¿Es que no lo entiende?

- Tranquilícese, doctor... tranquilícese - dijo Chandra suavemente.

Con un evidente esfuerzo de voluntad, Hastings logró dominarse otra vez. Empezó a hablar con una calma tan fría que sus palabras penetraron en el espíritu de Cooper, como una lluvia helada.

- Piense en los que están allá - dijo, señalando hacia el techo, a la invisible Tierra, cuya presencia espectral era incapaz de olvidar nadie en la Luna -. En los seis billones de seres que forman una masa compacta que cubre todos los continentes hasta los bordes... y ahora invade hasta los lechos marinos. Y aquí - señaló el suelo -, sólo un centenar de miles de nosotros, en un mundo casi vacío. Pero un mundo en el que necesitamos los milagros de la tecnología y de la ingeniería simplemente para subsistir, donde un hombre con un cociente intelectual de sólo ciento cincuenta no puede encontrar trabajo. Y ahora nos encontramos con que podemos vivir doscientos años. ¡Imagínese cómo van a reaccionar cuando les demos la noticia! Pues ese es, señor periodista, su problema; usted me lo ha preguntado, y yo le doy mi respuesta. Dígame, por favor, tengo verdadero interés por saberlo, ¿cómo va a darles la noticia?

Esperó y esperó. Cooper abrió la boca, luego la cerró otra vez, incapaz de pensar lo que tenía que decir.

En el último rincón de la sala una cría de mono comenzó a chillar.

LA ÚLTIMA ORDEN

-...Os habla el presidente. El hecho de que estéis oyendo este mensaje significa que ya he muerto y que nuestro país ha sido destruido. Pero vosotros sois soldados... sois los más adiestrados de toda nuestra historia. Vosotros sabéis obedecer órdenes. Ahora tenéis que obedecer la más dura que jamás habéis recibido...

¿Dura? Pensó el primer oficial de radar amargamente. No; ahora sería fácil, dado que habían visto la tierra que amaban abrasada por el fuego de multitud de soles. Ya no cabían las vacilaciones ni los escrúpulos de que la venganza de los dioses cayera igualmente sobre inocentes y culpables. Pero, ¿por qué, por qué se había dejado para tan tarde?

-...Sabéis con qué propósito se os designó girar en una órbita secreta al otro lado de la Luna. Consciente de vuestra existencia, pero sin poder estar nunca seguro de vuestra situación, el agresor dudaría en lanzar un ataque contra nosotros. Vosotros estabais destinados a ser la suprema fuerza disuasoria fuera del alcance de las bombas sísmicas que podían triturar los misiles enterrados en los silos y aplastar los submarinos nucleares

que merodeaban por el lecho marino. Aún quedabais vosotros para replicar, en caso de que todas las demás armas nuestras fueran destruidas...

Como lo han sido, se dijo el capitán. Había visto apagarse las luces una a una en el cuadro de operaciones, hasta que no quedó una sola. Muchos, quizá, habían cumplido con su deber; de no ser así, no tardaría él en completar la misión que hubieran dejado a medías. Nada de lo que hubiera resistido el primer contraataque sobreviviría después del golpe que se disponía a dar él.

-...Sólo por accidente o por un acto de locura podía empezarse la guerra, ante la amenaza que vosotros representabais. Esa ha sido la teoría en la que hemos apostado nuestras vidas, y ahora, por razones que nunca sabremos, hemos perdido la partida...

El jefe astrónomo dejó vagar su mirada por el pequeño portillo que tenía a un lado, en el cuarto de control central. Sí; desde luego que habían perdido. Allí estaba la Tierra, suspendida en un espléndido creciente plateado, recortándose sobre un fondo de estrellas. A primera vista, nada parecía haber cambiado; pero si se miraba por segunda vez, se veía que no era así... porque su lado nocturno no estaba completamente a oscuras.

Punteando su superficie, brillando como una fosforescencia maligna, se elevaban los mares llameantes de lo que habían sido las ciudades. No eran muchos ahora, porque quedaban pocas sin arder.

La voz familiar seguía hablando todavía desde el otro lado de la tumba. ¿Cuánto haría, se preguntaba el oficial de transmisiones, que se había grabado este mensaje? ¿Y qué otras órdenes selladas contendría la computadora super- humana del fuerte, que ya no escucharían jamás porque se referían a situaciones militares que no se podían volver a suscitar?

Hizo retornar su espíritu de los mundos que podían haber sido para enfrentarlo con la aterradora y aún inimaginable realidad.

-...Si hubiéramos sido derrotados, pero no destruidos, habríamos podido utilizaros como elemento de negociación. Ahora, hasta esa pobre esperanza se ha perdido... y con ella se ha perdido también el último fin por el que habéis sido destinados aquí, en el espacio.

¿Qué quiere decir?, pensó el oficial de armamento. Evidentemente, era ahora cuando había llegado el momento de su destino. Los millones que habían muerto, los millones que deseaban haber muerto... todos serían vengados cuando los negros cilindros de las bombas giganton cayeran en espiral sobre la Tierra.

Casi pareció que el hombre que ahora había regresado al polvo había leído sus pensamientos.

-...Os preguntareis por qué, ahora que ha sucedido todo esto,, no os he dado orden de contraatacar. Os lo voy a decir. Ahora ya es demasiado tarde. La fuerza disuasoria ha fallado. Nuestra patria ya no existe, y la venganza no puede devolver la vida a los muertos. Ahora que ha sido destruida media humanidad, destruir la otra mitad sería una locura impropia de seres inteligentes. Las disputas que nos dividían hace veinticuatro horas ya no tienen ningún sentido. En la medida en que lo permitan vuestros corazones, debéis olvidar el pasado. Vosotros tenéis técnicas y conocimientos que necesitará desesperadamente el planeta destrozado. Utilizad las dos cosas sin escatimar esfuerzo, sin amargura, con el fin de reconstruir el mundo. Os previne que vuestra misión sería difícil, pero ésta es mi última orden. Lanzareis vuestras bombas al espacio y las haréis estallar a diez millones de kilómetros de la Tierra. Esto demostrará a nuestro antiguo enemigo, que está recibiendo también este mensaje, que habéis renunciado a vuestras armas. Luego tendréis una cosa más que hacer. Hombres del Fuerte Lenin, el presidente del Soviet Supremo os desea buena suerte y os ordena que os pongáis a la disposición de los Estados Unidos.

MARQUE F DE FRANKENSTEIN

A las 01,50, por el meridiano de Greenwich, del 1 de diciembre de 1975, los teléfonos de todo el mundo empezaron a sonar.

Un cuarto de billón de personas cogieron sus receptores para escuchar durante unos segundos con fastidio o perplejidad. Los que fueron sacados de la cama a media noche pensaron que les llamaba algún amigo ausente por la red telefónica vía satélite inaugurada con deslumbrante publicidad el día anterior. Pero no oyeron ninguna voz; sólo un sonido que a muchos les pareció el rugido de la mar; a otros, la vibración de las cuerdas de un arpa rozadas por el viento. Hubo muchos otros a quienes les recordó un ruido secreto que escucharon cuando eran niños: el de los latidos de la sangre a través de las venas, cuando se ponían una caracola en el oído. Fuera lo que fuese, no duró mas de veinte segundos. Luego fue sustituido por la señal de marcar.

Los abonados del mundo soltaron una maldición, murmuraron: «Una equivocación», y colgaron. Algunos trataron de llamar a la central para protestar, pero la línea parecía estar muy cargada. Unas horas después todos habían olvidado el incidente... salvo aquellos cuyo trabajo consistía en velar por estas cosas.

En la Oficina de Investigación de Comunicaciones se estuvo discutiendo el tema toda la mañana. A la hora de comer la discusión aún no había perdido virulencia, cuando los hambrientos ingenieros entraron en la pequeña cafetería que había al otro lado de la calle.

- Sigo pensando - dijo Willy Smith, el especialista en electrónica del estado sólido - que ha sido un flujo momentáneo de corriente, ocasionado por la puesta en funcionamiento de la red de satélites.

- Evidentemente, tiene que ser algo relacionado con los satélites - convino Jules Reyner, diseñador de circuítos -. Pero ¿por qué el retraso? Los satélites entraron en funcionamiento a las doce de la noche, y las llamadas se produjeron dos horas más tarde... como todos, desgraciadamente, sabemos - bostezó violentamente.

- ¿Qué crees tú, doctor? - preguntó Bob Andrews, programador de computadoras -. Has estado muy callado toda la mañana. Seguro que tienes alguna idea.

El doctor John Williams, jefe de la División de Matemáticos, se removió incómodo.

- Sí - dijo -. La tengo. Pero no la tomaréis en serio.

- No importa. Aunque sea extravagante como las historias esas de ciencia - ficción que sueles escribir bajo seudónimo, puede que nos sirva de alguna orientación.

Williams se ruborizó, pero no mucho. Todos conocían sus relatos, y él no se avergonzaba de haberlos escrito. Al fin y al cabo habían sido recopilados en forma de libro (el remanente se vendía a cinco chelines el ejemplar; todavía le quedaban unos doscientos).

- Muy bien - dijo, trazando rayas sobre el mantel -. Es algo sobre lo que he estado dando vueltas durante años. ¿Os habéis parado a considerar alguna vez en la analogía que existe entre una central telefónica automática y el cerebro humano?

- ¿Quién no ha pensado en eso? - rió - uno de losoyentes -. Esa idea debe datar de los tiempos de Graham Bell.

- Posiblemente. Yo no digo que sea original. Lo que sí digo es que ya es hora de que empecemos a tomarla en serio - miró de reojo los tubos fluorescentes que colgaban sobre la mesa; era necesario tenerlos encendidos en este brumoso día de invierno -. ¿Qué le pasa a esa dichosa luz? Hace cinco minutos que no cesa de parpadear.

- No te preocupes por eso. Probablemente, se ha olvidado Maisie de pagar el recibo. Oigamos algo más sobre tu teoría.

- En su mayor parte, no es teoría; es un hecho comprobado. Sabemos que el cerebro humano es un sistema de conmutadores, las neuronas, conectados entre sí de un modo muy complicado mediante los nervios. Una central telefónica automática es también un sistema de conmutadores, selectores y demás, conectados por medio

de cables.

- De acuerdo - dijo Smith -. Pero esa analogía no te puede llevar muy lejos. ¿No hay cerca de quince billones de neuronas en el cerebro? Su número es muy superior al de los conmutadores automáticos.

La respuesta de Williams fue interrumpida por el estampido de un reactor que sobrevoló a baja altura. Tuvo que esperar a que la cafetería dejara de vibrar para poder proseguir.

Nunca les había oído volar a esa altura - gruñó Ándrews -. Creía que estaba prohibido.

- Y lo está, pero no te preocupes, el control del aeropuerto de Londres les echará el guante.

- Lo dudo - dijo Reyner -. Han sido precisamente los del aeropuerto quienes han situado al Concorde en disposición de tomar tierra. Aunque yo tampoco les había oído volar tan bajo. Me alegro de no ir a bordo.

- ¿Vamos o no vamos a terminar esta maldita discusión? - preguntó Smith.

- Tienes razón en eso de los quince billones de neuronas del cerebro humano - prosiguió Williams con determinación -. Y ahí está el quid de la cuestión. Quincebillones parece un número muy grande, pero no lo es. Allá por el año 1960 había en el mundo un número muy superior de conmutadores automáticos. Hoy debe de haber aproximadamente cinco veces esa cifra.

- Comprendo - dijo Reyner lentamente -. Y desde ayer todos son capaces de establecer plena interconexión, dado que han entrado en servicio los enlaces vía satélite.

- Exactamente.

Durante un momento hubo silencio, interrumpido sólo por la campana distante de un coche de bomberos.

- Déjame plantearlo claramente - dijo Smith -. ¿Estás sugiriendo que el sistema telefónico del mundo es ahora un gigantesco cerebro?

- Eso sería expresarlo crudamente... antropomórficamente. Yo prefiero concebirlo en términos de dimensiones críticas

Williams extendió las manos ante sí con los dedos parcialmente cerrados.

- Supongamos que aquí hay dos masas de U-235. Mientras las tengamos separadas nada sucederá. Pero si las juntamos - unió su acción a las palabras -, obtendremos algo muy distinto a una masa más grande de uranio. Tendremos un agujero de media milla de ancho. Lo mismo ocurre con nuestras redes telefónicas. Hasta hoy han sido considerablemente independientes y autónomas. Pero ahora, de repente, se han multiplicado las conexiones, se han combinado las redes, y con ello hemos alcanzado el punto crítico.

- ¿Y qué significa exactamente la palabra crítico en este caso? - preguntó Smith.

A falta de otra mejor... conciencia.

- Extraña especie de conciencia - dijo Reyner -. ¿Qué utilizaría como órganos de los sentidos?

- Bueno, todas las instalaciones de radio y televisión del mundo podrían proporcionarle información por medio de sus líneas terrestres. ¡Eso le daría algo en qué pensar! Luego contaría también con los datos almacenados en todas las computadoras; tendría acceso a ellas... así como a las bibliotecas electrónicas, a los sistemas de seguimiento de radar, a los aparatos de control de los talleres automáticos... ¡Ah, le sobrarían órganos sensoriales! No podemos ni imaginar cómo sería su representación del mundo, pero habría de ser infinitamente más rica y compleja que la nuestra.

- Concedido todo eso, porque es una idea entretenida - dijo Reyner -. Pero ¿qué podría hacer, aparte de pensar? No podría ir a ninguna parte; carecería de miembros.

- ¿Para qué iba a querer desplazarse? ¡Estaría ya en todas partes! Y cada una de las piezas de los equipos de control remoto del planeta podría actuar como miembro.

- Ahora entiendo esa demora - intervino Andrews -. La mente fue concebida a las doce de la noche, pero no ha nacido hasta la una cincuenta de esta madrugada. El sonido que nos ha despertado a todos era... el llanto suyo al nacer.

Su intento de parecer chistoso no resultó del todo convincente, y nadie se rió. Arriba, las luces continuaban su molesto parpadeo, que parecía empeorar. A continuación fueron interrumpidos desde la entrada de la cafetería, al hacer su ruidosa aparición, como era habitual en él, Jim Small, del suministro de energía.

- Mirad esto, muchachos - dijo, haciendo una mueca y ondeando una hoja de papel delante de sus colegas -. Soy rico. ¿Habéis visto alguna vez un saldo bancario como éste?

El Dr. Williams cogió la notificación, miró las columnas de números y leyó en voz alta: «Cr. 999.999.897,87.»

- No tiene nada de extraño - prosiguió, por encima del regocijo general -. Yo diría que significa un descubierto de ciento dos libras; la computadora ha cometido un ligero desliz y ha añadido once nueves. Esa clase de errores suceden continuamente desde que los bancos adoptaron el sistema decimal.

- Lo sé, lo sé - dijo Small -, pero no me estropeéis la gracia. Voy a ponerle un marco a esta notificación. ¿Qué pasaría si presentara un cheque de unos cuantos millones apoyándome en la fuerza legal de este papel? ¿Podría demandar al Banco si me lo rechazaran?

- Ni se te ocurra - contestó Reyner -. Te apuesto a que los bancos han pensado en eso desde hace años, y que se protegen añadiendo unas palabras en letra pequeña en alguna parte. Pero a propósito, ¿cuándo has recibido esa notificación?

- En el correo de este mediodía. Me lo mandan directamente al despacho para que mi mujer no tenga posibilidad de verlo.

- Mmmm. Eso significa que ha sido computado esta mañana. Evidentemente, después de la medianoche...

- ¿Adónde quieres ir a parar? ¿Y a qué vienen esas caras largas?

Nadie le contestó. Había soltado una nueva liebre, y los sabuesos estaban en plena persecución.

- ¿Conoce alguno de vosotros los sistemas de banca automatizada? - preguntó Smith -. ¿Y cómo están enlazados?

- Como lo está todo en estos tiempos - dijo Andrews -. Todos van a la misma red; las computadoras se hallan conectadas entre sí en el mundo entero. Te has anotado un tanto, John. Si hubiera un problema real, ése sería uno de los primeros lugares en que yo esperaría que apareciese. Además del sistema telefónico, naturalmente.

- Nadie ha contestado a la pregunta que he formulado antes de que llegara Jim - se quejó Reyner - ¿Qué es lo que podría hacer, efectivamente, esta supermente? ¿Sería benévola, hostil, indiferente? ¿Se daría cuenta siquiera de que existimos? ¿O consideraría las señales electrónicas de las que se vale como la única realidad?

- Veo que estáis empezando a creerme - dijo Williams con cierta sonrisa de satisfacción -. Sólo puedo contestar a tu pregunta con otra pregunta. ¿Qué hace un recién nacido? Empieza a pedir alimento - miró hacia las luces parpadeantes -. ¡Dios mío! - dijo lentamente, como si acabara de ocurrírsele un pensamiento terrible -. Sólo hay un alimento necesario para ella: la electricidad.

- Esta tontería está durando ya demasiado - dijo Smith -. ¿Qué demonios pasa con nuestra comida? Hace ya veinte minutos que la hemos pedido.

Todos le ignoraron.

- Y luego - dijo Reyner, cogiendo el tema por donde Williams lo había dejado - empezaría a mirar a su alrededor y a extender sus brazos. De hecho empezaría a jugar como cualquier crío:

- Y los críos lo rompen todo - dijo alguien en voz baja.

- Le sobrarían juguetes, bien lo sabe Dios. Ese Concorde que nos ha sobrevolado hace un momento, por ejemplo. Las cadenas de producción automatizada. Las lluces de tráfico de nuestras calles.

- Es gracioso que menciones eso - dijo Small -. Acaba de ocurrir algo en el tráfico: ha estado parado lo menos diez minutos. Ha debido haber un embotellamiento fenomenal.

- Sospecho que ha habido un incendio en alguna parte. He oído el coche de bomberos hace un instante.

- Yo he oído dos... y algo que pareció como una explosión por la zona industrial. Espero que no haya sido nada grave.

- ¡Maisie! ¿Por qué no traes unas velas? ¡Aquí no vemos ni torta!

- Ahora que recuerdo, aquí tienen cocina eléctrica. Tendremos que conformarnos con una comida fría, si acaso.

- Al menos podemos leer el periódico mientras esperamos. ¿Acaba de salir ése que traes, Jim?

- Sí. No he tenido tiempo de echarle una mirada. Hmm. Pues sí parece que ha habido un montón de extraños accidentes esta mañana: se han tascado las señales ferroviarias, han reventado las tuberías del agua por un fallo en las válvulas de seguridad, ha habido docenas de quejas por las llamadas equivocadas de anoche...

Volvió la página y se quedó súbitamente en silencio.

- Qué pasa?

Sin decir palabra, Small extendió el periódico. Sólo tenía sentido la primera página. Las del interior, columna tras columna, no eran sino una sarta de errores de imprenta con unos cuantos anuncios diseminados aquí y allá, formando pequeños islotes de cordura en un océano de incoherencias. Evidentemente, habían sido ordenados en bloques separados y habían escapado a la confusión en que se hallaba sumido el texto que los rodeaba.

- Conque a esto nos ha conducido la tipografía a larga distancia y la autodistribución - gruñó Andrews -. Me temo que la prensa londinense ha puesto demasiados huevos en la cesta electrónica.

- Y nosotros también, me temo - dijo Williams solemnemente -. Y nosotros también.

- Si se me permite intercalar unas palabras para detener a tiempo la histeria poular que parece infectar esta mesa - dijo Smith con voz alta y firme -, me gustaría puntualizar que no hay por qué preocuparse... aun cuando la ingeniosa fantasía de John fuera cierta. No tenemos más que desconectar los satélites y estaremos nuevamente donde estábamos ayer.

- Lobotomía prefrontal - murmuró Williams -. Ya había pensado en eso.

- ¿Eh? ¡Ah, sí! Cortar una tajada de cerebro. Evidentemente, eso zanjaría el problema. Como es natural, resultaría caro; y tendríamos que volver a enviarnos unos a otros los telegramas personalmente. Pero sobreviviría la civilización.

No muy lejos sonó una explosión corta y seca.

- No me gusta esto - dijo Andrews nervioso -. Oigamos lo que dice la BBC. Acaban de empezar las noticias de la una.

Cogió su cartera y sacó una radio de transistores.

-...Inesperado número de accidentes industriales, así como el inexplicable lanzamiento de tres salvas de misiles teledirigidos desde las instalaciones militares de los Estados Unidos. Varios aeropuertos han tenido que ser suspendidos al tráfico a causa del comportamiento errático del radar, y los bancos y casas de cambio han cerrado debido a que los sistemas de información se han vuelto muy poco fiables («que me lo digan a mí», murmuró Small, mientras los demás le siseaban para que callara). Un momento, por favor... tenemos noticias de última hora... aquí están. Se nos acaba de informar que se ha perdido tofo control sobre los satélites de omunicación recientemente instalados. Ya no responden a los mandos de la Tierra. Según el...

La BBC se perdió en el aire; la onda se dejó de oír. Ándrews cogió el botón de sintonía y dio vueltas al dial. El éter estaba en silencio en toda la banda.

Luego, dijo Reyner con una voz que no estaba lejos de la histeria:

- Esa lobotomía prefrontal era una buena idea, John. Lástima que el Bebé haya pensado también en ella.

Williams se puso lentamente de pie.

- Volvamos al laboratorio - dijo -. La respuesta debe de estar en alguna parte.

Pero sabía que era muy, muy tarde. Para el homo sapiens, el timbre del teléfono había sonado.

REENCUENTRO

Pueblo de la Tierra, no temáis. Venimos en son de paz... ¿Y por qué no? Nosotros somos primos vuestros; hemos estado aquí antes.

Nos reconoceréis cuando nos veamos dentro de unas horas. Nos estamos aproximando al sistema solar casi a la velocidad de este radio - mensaje. Vuestro sol domina ya el firmamento que tenemos ante nosotros. Es el sol que nuestros antepasados y los vuestros compartieron hace diez millones de años. Nosotros somos hombres igual que vosotros; pero, vosotros habéis olvidado vuestra historia, mientras que nosotros recordamos la nuestra.

Nosotros colonizamos la Tierra durante el período de los grandes reptiles, los cuales se estaban extinguiendo cuando llegamos, y no los pudimos salvar. Vuestro mundo era entonces un planeta tropical, y pensamos que sería un hogar perfecto para nuestro pueblo. Nos equivocamos. Aunque éramos los dueños del espacio, sabíamos muy poco sobre el clima, la evolución, la genética...

Durante millones de veranos - no había invierno en aquellos tiempos lejanos -, la colonia vivió una vida floreciente. Aunque tenía que estar aislada, en un universo donde se tardaba años en ir de una estrella a otra, mantenía contacto con la civilización de origen. Tres o cuatro veces cada siglo eran visitados por naves estelares que les traían noticias de la galaxia.

Pero hace dos millones de años la Tierra comenzó a cambiar. Durante siglos y siglos había sido un paraíso tropical; luego descendió la temperatura, y el hielo empezó a bajar de los polos. Al alterarse el clima, lo hicieron también los colonos. - Ahora comprendemos que hubo una adaptación natural al final del largo verano, pero aquellos que habían hecho de la Tierra su hogar durante tantas generaciones creyeron que habían sido atacados por una enfermedad extraña y repulsiva. Una enfermedad que no mataba, que no dañaba físicamente... sino únicamente desfiguraba.

No obstante, algunos fueron inmunes; el cambio les había perdonado a ellos y a sus hijos. Y. así, en unos miles de años tan sólo, la colonia se escindió en dos grupos distintos, casi en dos especies distintas, recelosas y celosas la una de la otra.

Con la división vino la envidia, la discordia y, finalmente, el conflicto. Al desíntegrarse la colonia y empeorar gradualmente el clima, aquellos que pudieron abandonaron la Tierra. Los demás se sumieron en la barbarie.

Podíamos haber seguido en contacto, pero hay muchísimo que hacer en un universo de cien trillones de estrellas. Hasta hace pocos años no supimos que hubiera sobrevivido

ninguno de vosotros. Luego, captamos vuestras primeras señales de radio, aprendimos vuestros simples lenguajes y descubrimos que habíais dado el gran salto otra vez desde el estado salvaje. Venimos a saludaros, familia nuestra tanto tiempo perdida... y a ayudaros.

Hemos descubierto muchas cosas en los evos transcurridos desde que abandonamos la Tierra. Si queréis que os devolvamos el eterno verano que reinaba antes de los períodos glaciares, lo podemos hacer. Sobre todo, tenemos un remedio para la desagradable, aunque inofensiva, plaga genética que afectó a tantos miembros de la colonia.

Quizá esa enfermedad haya seguido su curso... pero si no, tenemos buenas noticias para vosotros. Pueblo de la Tierra, podéis uniros a la sociedad del universo sin vergüenza, sin embarazo.

Si alguno de vosotros es blanco todavía, le podemos curar.

PLAYBACK

Es increíble que haya olvidado tantas cosas tan rápidamente. He utilizado mi cuerpo durante cuarenta años; creía conocerlo. Sin embargo, se me vuelve inconsistente como un sueño.

Brazos, piernas, ¿dónde estáis? ¿Qué hacíais por mí cuando erais míos? Envío señales tratando de lograr el control de los miembros que recuerdo vagamente. No ocurre nada. Es como gritar en el vacío.

Gritar. Sí, eso es lo que trato de hacer. Puede que ellos me oigan, pero yo no puedo oírme a mí mismo. El silencio me tiene sumergido, hasta el punto de no poder siquiera imaginar el sonido. Hay una palabra en mi mente llamada «música»; ¿qué significa?

(Cuántas palabras fluyen ante mí, emergiendo de las tinieblas en espera de ser reconocidas. Y una tras otra van desapareciendo con desencanto.)

Hola. Conque has vuelto. ¡Qué sigilosamente te introduces de puntillas en mi mente! Sé cuándo estás, pero nunca te siento entrar.

Me doy cuenta de que eres, benévola, y estoy agradecido por lo que has hecho. Pero ¿quién eres? Naturalmente, sé que no eres humana; ninguna ciencia humana podría haberme salvado cuando falló el campo de impulsión. Como ves, me estoy volviendo

curioso. Es buena señal, ¿no? Ahora que se ha ido el dolor - por fin, por fin -, puedo empezar a pensar otra vez.

Sí, estoy preparado. Lo que quieras saber. Es lo menos que puedo hacer.

Me llamo William Vincent Neuberg. Soy comandante piloto de la Inspección Galáctica. Nací en Port Lowell, Marte, el 21 de agosto de 2095. Mi esposa, Janita, y mis hijos están en Ganimedes. Sov también escritor; he escrito mucho sobre mis viajes. Beyond Rigel es un libro famoso...

¿Que qué sucedió? Probablemente lo sabes tan bien como yo. Acababa de poner mi nave al máximo de su potencia y volaba a velocidad de fase, cuando sonó la alarma. No me dio tiempo a moverme ni a hacer nada. Recuerdo que las paredes de la cabina comenzaron a ponerse al rojo... y el calor, el terrible calor. Eso es todo. La detonación debió de proyectarme en el espacio. Pero ¿cómo puedo haber sobrevivido? ¿Cómo puede haberme alcanzado nadie a tiempo?

Dime, ¿qué es lo que queda de mi cuerpo? ¿Por qué no siento mis brazos y mis piernas? No me ocultes la verdad; no tengo miedo. Si puedes llevarme a casa, los biotécnicos me pueden dar otros miembros. Incluso en este momento, mi brazo derecho no es el que tenía al nacer.

¿Por qué no contestas? ¡Es una pregunta bien simple!

¿Qué quieres decir con eso de que no sabes cómo soy? ¡Has tenido que salvar algo de mí!

¿La cabeza?

¿El cerebro entonces?

¡Ni siquiera, oh, no...!

Lo siento. ¿He estado mucho tiempo sin sentido?

Deja que pruebe a ver si encontramos por dónde agarrarme. (¡Ta! ¡Muy gracioso!) Soy el piloto de reconocimiento de primera clase Vincent William Freeburg. Nací en Port Lyot, Marte, el 21 de agosto de 1895. Tengo un... no, dos hijos...

Por favor, repítemelo despacio. En mi adiestramiento me han preparado para afrontar cualquier tipo de realidad imaginable. Puedo soportar lo que tengas que decirme. Pero despacio.

Bueno, podía haber sido peor. No he, muerto del todo. Sé quien soy. Incluso creo que sé lo que soy.

Soy... soy una grabación, y me hallo en algún fantástico aparato de almacenamiento de datos. Debes haber captado mi psique, mi alma, cuando la nave se convirtió en plasma.

Aunque no consigo imaginar cómo ha ocurrido, tiene sentido. Al fin y al cabo, un hombre primitivo no comprendería jamás cómo grabamos una sinfonía...

Todos mis recuerdos están atrapados en una cinta o en un cristal, como lo estuvieron en las células de mi vaporizado cerebro. Y no sólo mis recuerdos. Yo. Yo MISMO: VINCE WILLBURG, PILOTO DE SEGUNDA CLASE. Bueno, ¿y qué pasa después?

Por favor, cuéntamelo otra vez. No lo entiendo. ¡Oh! ¡Es maravilloso! ¿Puedes hacer eso? Existe una palabra para designarlo, un nombre... Los numerosos mares encarnados. No. No es eso exactamente.

Encarnados, encarnados... ¡REENCARNACION!

Sí, sí. Comprendo. Debo darle el plan básico, el proyecto. Vigila mis pensamientos con mucha atención. Quiero empezar por arriba.

Primero, la cabeza. Es ovalada... eso es. La parte superior está cubierta de pelo. El mío era cast... esto... azul.

Los ojos. Son muy importantes. ¿Los has visto en otros animales? Bien, eso nos ahorra dificultades. ¿Puedes señalármelos? Sí, como esos.

Ahora la boca. Qué extraño, debo habérmela mirado miles de veces mientras me afeitaba, pero el caso es que...

No tan redonda; más estrecha.

¡Oh, no! No; así no. Va de una parte a otra de la cara, horizontalmente...

Ahora veamos... hay algo entre los ojos y la boca. Tonto de mí. jamás llegaré a cadete si no recuerdo cómo se llama...

¡Por supuesto: NARIZ! Un poco más larga, creo. Hay algo más, algo que se me olvida. Esa cabeza parece a medio terminar. No soy yo, Billy Vinceburg, el chiquillo más avisado de toda la manzana.

Pero ése no es mi nombre; yo no soy un muchacho. Soy comandante piloto, con veinte años en el Servicio Espacial, y estoy tratando de reconstruir mi cuerpo. ¿Por qué se siguen desenfocando mis pensamientos? ¡Ayúdame, por favor!

¿Esa monstruosidad? ¿Es eso lo que yo te he dicho que parecía? Bórralo. Debemos empezar de nuevo. Primero la cabeza. Es perfectamente esférica, y portaba un gorro...

Demasiado difícil. Hay que empezar por otra cosa. ¡Ah!, ya sé.

El fémur se articula con la tibia. La tibia se articula con el fémur. El fémur se articula con la tibia. La tibia...

Se está borrando todo. Demasiado tarde; demasiado tarde. Algo anda mal en la cinta. Gracias por intentarlo. Me llamo... me llamo...

Madre, ¿dónde estás?

Mamá. ¡Mamá!

Mamáaaaaa...

LA LUZ DE LAS TINIEBLAS

No soy uno de esos africanos que se avergüenzan de su tierra porque en cincuenta años ha progresado menos que Europa en quinientos. Pero si en algo hemos dejado de avanzar lo de prisa que debíamos, se debe a dictadores como Chaka; y por eso, sólo debemos reprochárnoslo a nosotros mismos. Si la culpa es nuestra, también será nuestra la responsabilidad de remediarlo.

Es más, yo tenía razones más poderosas que la mayoría para desear destruir al Gran Jefe, al Omnipotente, a El-que-Todo-lo-Ve. Era de mi propia tribu, estaba emparentado conmigo por intermedio de una de las esposas de mi padre, y había empezado a perseguir a nuestra familia desde el momento en que subió al poder. Aunque no intervinimos en política, dos de mis hermanos desaparecieron, y otro murió en un inexplicable accidente de automóvil. Mi propia libertad, de eso cabía muy poca duda, se debía en gran medida a que era uno de los pocos científicos del país que gozaban de fama internacional.

Como muchos de mis compatriotas intelectuales, tardé en volverme contra Chaka porque pensé que como les ocurrió a los alemanes en 1930, que también se dejaron llevar por el camino equivocado - hay veces en que la dictadura es el único medio de evitar el caos político. Quizá el primer signo de nuestro catastrófico error fue cuando Chaka abolió la constitución y adoptó el nombre del emperador zulú del siglo XIX, de quien estaba genuinamente convencido que era su reencarnación. A partir de ese momento, su megalomanía fue rápidamente en aumento. Como todos los tiranos, no se fiaba de nadie y se consideraba rodeado de conspiraciones.

Esta convicción tenía sus fundamentos. El mundo conoce al menos seis atentados contra su vida, merced a la publicidad que se les ha dado; pero además hay otros que se han mantenido en secreto. El fracaso de todos ellos hizo que aumentara la confianza de Chaka en su propio destino, y confirmó la fe fanática de sus seguidores en su inmortalidad. Al volverse más desesperada la oposición, las contramedidas del Gran Jefe se hicieron más crueles... y más bárbaras. El régimen de Chaka no ha sido el primero, ni

siquiera en Africa, que ha torturado a sus enemigos; pero fue el primero en transmitirlo por televisión.

Aun así, a pesar del horror y la indignación que esto provocó en el mundo, y la vergüenza que yo sentí, no habría hecho nada si el destino no me hubiera colocado el arma en la mano. No soy hombre 4e acción, y aborrezco la violencia, pero en cuanto me di cuenta del poder que poseía, mi conciencia no me dio tregua. Tan pronto como los técnicos de la NASA tuvieron instalado su equipo y entregaron el Sistema Infrarrojo de Comunicaciones Hughes Mark X comencé a hacer planes.

Parece extraño que mi país, uno de los más atrasados del mundo, juegue un papel capital en la conquista del espacio. Se debe a un puro accidente geográfico, que de ningún modo ha sido del gusto de rusos y americanos. Pero no hay nada que ellos puedan hacer al respecto; Umbala se halla situada en el ecuador, directamente debajo de las órbitas de todos los planetas. Y posee un elemento natural único e inestimable: el volcán apagado conocido con el nombre de cráter Zambue.

Cuando se extinguió el Zambue, hace más de un millón de años, la lava se retiró poco a poco, solidificándose en una serie de terrazas y formando un cuenco de una milla de diámetro y mil pies de profundidad. Fue necesario el mínimo movimiento de tierras, así como la menor longitud de cable para convertirlo en el mayor radiotelescopio de la Tierra. Y debido a que este gigantesco reflector está fijo examina cualquier porción concreta del firmamento tan sólo durante unos minutos cada veinticuatro horas, a medida que la Tierra gira sobre su eje. Este era el precio que los científicos estaban dispuestos a pagar por la posibilidad de recibir las señales que las sondas y las naves emitían desde los mismísimos confines del sistema solar.

Chaka era un problema que no habían previsto. Se había hecho con el poder cuando la obra estaba casi terminada, y tuvieron que avenirse con él como pudieron. Afortunadamente, sentía un respeto supersticioso por la ciencia, y necesitaba todos los rublos y dólares que pudiera sacarles. La Contribución Ecuatoriana al Programa Espacial quedó a salvo de su megalomanía; y desde luego, ayudó a reforzarla.

El Gran Plato había quedado instalado el día que hice yo mi primera visita a la torre que se alza en su centro. Era un mástil vertical de más de mil quinientos pies de altura, el cual soportaba las antenas que confluían en el foco del inmenso cuenco. Un pequeño ascensor con capacidad para tres hombres subía lentamente hasta lo más alto.

Al principio, no había nada digno de ver, aparte del deslucido brillo de la salsera de láminas de aluminio, curvada hacia arriba a una media milla en todo mi alrededor. Pero luego me elevé por encima del borde del cráter y pude ver la tierra hasta una distancia

mucho más lejana de lo que yo había esperado. La prominencia azulenca y nevada que emergía de la bruma de poniente era el monte Tampala, el segundo pico más elevado de Africa, separado de mi por una infinidad de millas de jungla. A través de esa jungla, en las grandes curvas intrincadas, culebreaban las cenagosas aguas del río Nya... la única ruta que millones de compatriotas míos habían conocido. Unos cuantos claros, una línea de ferrocarril y el resplandor blanco y lejano de la ciudad eran los únicos signos de vida humana. Una vez más sentí esa opresiva sensación de desesperanza que siempre me asalta cuando contemplo Umbala desde el aire y comprendo la insignificancia del hombre frente a la jungla eternamente dormida.

Tras un clic, la caja del ascensor se detuvo en el cielo, a un cuarto de milla del suelo. Al salir me encontré en una reducida habitación pertrechada de cables coaxiales y de instrumentos. Aún quedaba un trecho por recorrer, pues una estrecha escala subía, a través del tejado, a una plataforma que tenía poco más de una yarda cuadrada. No era un lugar muy apropiado para quien fuese propenso al vértigo; no había siquiera un pasamanos que sirviera de protección. El cable central del pararrayos daba cierta seguridad, así que me estuve agarrado firmemente a él todo el tiempo que permanecí en esa almadía metálica de forma triangular, tan próxima a las nubes.

La magnificencia del panorama y la euforia de sentir un ligero, aunque omnipresente peligro, me hicieron olvidar el paso del tiempo. Me sentía como un dios, completamente alejado de los asuntos terrenos, superior a todos los demás hombres. Y entonces comprendí, con una certeza matemática, que aquí había un desafío que Chaka jamás podría ignorar.

El coronel Mtanga, su jefe de Seguridad, se opondría; pero sus protestas serían desoídas. Conociendo a Chaka, uno podía predecir con absoluta seguridad que el día de la inauguración oficial estaría aquí, solo, durante un buen rato, dominando su imperio con la mirada. Su escolta personal permanecería en el recinto de abajo, una vez registrado todo por si habían colocado alguna bomba. No podrían hacer nada para salvarle cuando disparara yo desde tres millas de distancia y a través de la cadena de montañas que se extiende entre el radiotelescopio y mi observatorio. Me alegraba de que hubiera montañas por medio; aunque complicaban el problema, me protegerían de toda sospecha. El coronel Mtanga era un hombre muy inteligente, pero probablemente no podría concebir que existiera un arma capaz de disparar en ángulo. Y él buscaría un fusil, aunque no encontraría ninguna bala.

Regresé al laboratorio y empecé mis cálculos. No había transcurrido mucho tiempo, cuando descubrí mi primer error. Puesto que había visto cómo hacía un agujero la luz

concentrada del rayo láser en un trozo de sólido acero en una milésima de segundo, supuse que mi Mark X podía matar a un hombre. Pero la cosa no es tan sencilla. En determinados aspectos, el hombre es un material más duro que el acero. En su mayor parte es agua, la cual tiene diez veces la capacidad de calor de cualquier metal. El haz de luz que perfora una plancha de blindaje o lleva un mensaje hasta Plutón - cosa para la que había sido proyectado el Mark X - produciría en el hombre una quemadura dolorosa, pero completamente superficial. Lo peor que podía hacerle a Chaka, desde una distancia de tres millas, era un agujero en la multicolor manta tribal que tan pomposamente vestía para probar que aún se consideraba un hijo del pueblo.

Durante un tiempo casi abandoné el proyecto. Pero no desistiría; instintivamente> sabía que la respuesta estaba allí, y que sólo era cuestión de saber verla. Quizá podía utilizar mis invisibles balas de calor para cortar uno de los cables que sujetaban la torre, con el fin de que se derrumbara cuando Chaka estuviera en lo alto. Los cálculos indicaban que esto era factible si el Mark X actuaba ininterrumpidamente durante quince segundos. Un cable, a diferencia del hombre, no se movería, así que no era necesario aventurarlo todo a un solo impulso de energía. Podía tomarme el tiempo que quisiera.

Pero dañar el telescopio habría sido una traición a la ciencia, y casi me sentí aliviado al comprobar que este proyecto era irrealizable. El mástil tenía incorporados tantos elementos de seguridad que habría sido necesario cortar al menos tres cables para derribarlo. Había que desechar este plan; se habrían necesitado horas y horas de ajustes, así como preparar y apuntar el aparato para cada disparo de precisión.

Tenía que pensar otra cosa; y como los hombres tardan mucho tiempo en ver lo que es evidente, hasta una semana antes de la inauguración oficial del telescopio no supe cómo habérmelas con Chaka. El - que - Todo - lo - Ve, el Omnipotente, el Padre del Pueblo.

A la sazón, mis estudiantes habían coordinado y calibrado el aparato, y estábamos preparados para las primeras comprobaciones a toda su potencia. Al girar en su elevador del interior de la cúpula del observatorio, el Mark X parecía exactamente un gran telescopio de doble cañón reflejo... y, efectivamente, lo era. En uno de ellos, un espejo de treinta y seis pulgadas centraba el impulso del láser y lo enfocaba en el espacio; el otro actuaba como receptor de señales y podía utilizarse también como un visor telescópico superpotente para apuntar el aparato.

Comprobamos su enfilación en el blanco celeste más próximo: la Luna. Ya avanzada la noche, centré los cables en cruz en medio del pálido creciente y disparé un impulso. Dos segundos y medio más tarde se produjo un eco tenue. La cosa marchaba.

Había aún un detalle por arreglar, y tenía que hacerlo yo en absoluto secreto. El radiotelescopio se hallaba al norte del observatorio, al otro lado de la cordillera que nos impedía ver directamente. Una milla al Sur había una montaña aislada. Yo la conocía bastante bien, porque hacía años había ayudado a instalar allí una estación de rayos cósmicos. Ahora sería utilizada para un fin que jamás habría imaginado en los tiempos en que mi país era libre.

Justo debajo de la cima se alzaban las ruinas de un viejo fuerte, abandonado desde hacía siglos. Necesité hacer pocas exploraciones para encontrar el lugar que necesitaba: una pequeña cueva, de menos de una yarda de alta, entre dos grandes rocas que habían caído de las antiguas murallas. A juzgar por las telarañas, hacía generaciones que no había entrado allí un ser humano.

Cuando me agazapé en la abertura pude ver todas las instalaciones del Programa Espacial, que se extendían en varias millas. Al Este se encontraban las antenas de la vieja Estación de Seguimiento del Proyecto Apolo, que había traído a los primeros hombres de la Luna. Más allá estaba el campo de aterrizaje, por encima del cual se cernía un avión de transporte con sus propulsores verticales en funcionamiento. Pero todo lo que a. mi me interesaba era que estuvieran despejadas las líneas de visión desde este lugar a la cúpula del Mark X, y al extremo del mástil del radiotelescopio, tres millas al Norte.

Tardé entre días en instalar el espejo plateado, ópticamente perfecto, en su secreto habitáculo. Los tediosos ajustes micrométricos para dar la exacta orientación tardaron tanto que temí que no estuviera listo a tiempo. Pero al fin salió correcto el ángulo, con un error menor que un segundo de arco. Cuando apunté el telescopio del Mark X al punto secreto de la montaña, pude ver la cordillera que tenía detrás de mí. El campo visual era pequeño, aunque suficiente; el área del blanco tenía una yarda, y yo podía apuntar sobre cualquier pulgada de esa zona.

La luz podía recorrer, en cualquiera de los sentidos, la trayectoria que yo había preparado. Todo cuanto veía por el telescopio visor estaba automáticamente en la línea de fuego del transmisor.

Me parecía extraño, tres días más tarde, estar sentado tranquilamente en el observatorio, con los acumuladores eléctricos zumbando en torno mío, y ver a Chaka entrar en el campo visual del telescopio. Experimenté un fugaz destello de triunfo, como el astrónomo que ha calculado la órbita de un nuevo planeta y luego lo descubre en el punto previsto entre las estrellas. El cruel rostro estaba de perfil cuando lo vi al principio, como si estuviera a sólo unos treinta pies, gracias al aumento máximo que yo utilizaba. Aguardé pacientemente, con serena confianza, porque tenía que llegar el momento que yo sabía:

aquel en el que Chaka parecería estar mirando hacia mí. Cuando esto sucedió, cogí con la mano izquierda la imagen de un antiguo dios, que no debe de tener nombre, y accioné con la otra el conmutador que disparaba el láser, lanzando mi rayo silencioso e invisible por encima de las montañas.

Si, era muchísimo mejor así. Chaka merecía la muerte; pero ésta le habría convertido en un mártir y habría fortalecido el dominio de su régimen. Lo que yo le tenía reservado era peor que la muerte, desataría entre sus defensores un terror supersticioso.

Chaka vivía aun; pero El - que - Todo - lo - Ve no volvería a ver ya nunca más. En el espacio de unos microsegundos le había reducido a una condición inferior a la del pordiosero más humilde de la calle.

Ni siquiera le había hecho daño. Porque no se siente dolor cuando la delicada película de la retina se funde por el calor de un millar de soles.

LA MÁS LARGA HISTORIA DE CIENCIA-FICCIÓN JAMÁS CONTADA

Estimado Sr. Jinx:

Me temo que su idea no es, ni mucho menos, original. Los relatos sobre escritores cuya obra es siempre plagiada aun antes de llegar a terminarla se remontan, como mínimo, a El anticipador, de H. G. Wells. Lo menos una vez por semana suelo recibir un manuscrito que empieza diciendo:

Estimado Sr. Jinx:

Me temo que su idea no es, ni mucho menos, original. Los relatos sobre escritores cuya obra es siempre plagiada aun antes de llegar a terminarla se remontan, como mínimo, a El anticipador, de H. G. Wells. Lo menos una vez por semana suelo recibir un manuscrito que empieza diciendo:

Estimado Sr. Jinx:

Me temo que su idea no es...

¡Suerte la próxima vez!

Atentamente,

Morris K. Mobius

Editor, Stupefylng Stories

¡Suerte la próxima vez!

Atentamente,

Morris K. Mobius

Editor, Stupefying Stories

¡Suerte la próxima vez!

Atentamente,

Morris K. Mobius

Editor, Stupef ying Stories

HERBERT GEORGE MORLEY ROBERT WELLS, ESQ.

Hace un par de años escribí un cuento con el apropiado título de «La más larga historia de ciencia-ficción jamás contada», la cual fue publicada por Fred Pohl en una página de su revista (y como los editores tienen que justificar su existencia de alguna manera, lo rebautizaron «A Recursion in Metastories». Lo pueden encontrar ustedes en el número de Galaxy correspondiente a octubre de 1966). Casi al principio de esta metahistoria, y a un número infinito de palabras del final, aludí a El anticipador, de H. G. Wells.

Aunque leí esta corta fantasía hace unos veinte años, Y desde entonces no la he vuelto a leer, dejó una huella muy vívida en mi espíritu. Se refería a dos escritores uno de los cuales veía cómo todos sus mejores relatos los iba publicando el otro... antes de darle tiempo siquiera a terminarlos. Por último, desesperado, decidió que el único remedio de este plagiarismo crónico (literalmente) era el asesinato.

Pero, naturalmente, su rival volvió a ganarle Por la mano, y la historia termina con estas palabras: «El anticipador, horriblemente asustado, echó a correr por una calle lateral.»

Ahora bien, yo habría jurado sobre una pila de bi. blias que este relato lo había escrito H. G. Wells. Sin embargo, unos meses después de la aparición de mi cuento recibí una carta de Leslie A. Gritten, de Everett Washington, en la que me decía que él no lo había podido localizar. El señor Gritten ha sido un entusiasta de Wells durante mucho, mucho tiempo; recuerda con toda claridad la serialización de «La guerra de los mundos», de la

Strand Magazine, a finales de la década de 1890. Como diría uno de los personajes callejeros del maestro: «Gor blimey.»

Negándome a creer que mi sistema ordenador mental me hubiera jugado una mala pasada, busqué rápidamente los veintidós volúmenes de la Atlantic Edition de la Biblioteca Pública de Colombo. (Por una curiosa coincidencia, el Consejo británico acababa de patrocinar una exposición conmemorativa del centenario de Wells, y la entrada de la biblioteca estaba festoneada de fotos que ilustraban sus primeros pasos y su carrera.) No tardé en comprobar que Gritten tenía razón: no existía tal historia de «El anticipador» entre sus obras completas. No obstante, en los meses en que fue publicada Lmlhdc-fjc, ningún otro lector puso en duda esta referencia. Lo encuentro deprimente; ¿dónde están todos los entusiastas de Wells de estos tiempos?

Ahora bien, mi erudito informante había resuelto sólo una parte del misterio: «El anticipador» lo había escrito un tal Morley Roberts; se publicó por primera vez en 1898 en The Keeper of the Waters and Other Stories. Probablemente lo vi en una antología de Doubleday, Travelers in Time (1947), editada por Philip Van Doren Stem.

Sin embargo, aún quedan varios problemas en pie. El primero de todos es: ¿por qué estaba yo tan convencido de que el relato era de Wells? Sólo se me ocurre - y es una explicación bastante traída por los pelos, aun para mi mentalidad de saltamontes - que la similitud de vocablos me hizo relacionarlo subconscientemente con «El acelerador».

Me gustaría saber también por qué se me quedó tan grabado. en la memoria este relato. Quizá, como todos los escritores, sea yo particularmente sensible a los peligros del plagio. Hasta ahora (toquemos madera) he tenido suerte; pero conservo notas para varios cuentos que no tengo intención de escribir hasta que no esté completamente seguro de que son originales (por ejemplo, el de una pareja que aterriza con su nave espacial en un mundo nuevo, tras la destrucción de su propio planeta, y cuando comienzan de nuevo las cosas descubrimos - ¡sorpresa, sorpresa! - que se llaman Adán y Eva...).

Una consecuencia positiva de mi error fue que empecé a hojear nuevamente los relatos de Wells; y me quedé sorprendido al descubrir que sólo una porción relativamente pequeña podría denominarse ciencia - ficción, o incluso fantasía. Aunque sabía que a la ciencia-ficción correspondía meramente una parte de sus ciento y pico volúmenes publicados, había olvidado que esto era aplicable también a los relatos cortos. La inmensa mayoría son dramas y comedías de la época eduardina (The Jilting of Jane), penosos intentos de humor (My First Aeroplane), retazos semí - autobíográficos (A Slip Under the Microscope) o de puro sadismo (The Cone). Evidentemente, no soy un crítico imparcial, pero entre estos cuentos, obras tan magistrales como The Star, The Crystal Egg, The

Flowering of the Strange Orchid y, sobre todo, The Country of the Blind, resplandecen como diamantes en medio de la quincalla.

Pero volviendo a Morley Roberts, no sé absolutamente nada de él, y me pregunto si su pequeña excursión por el tiempo no estaría inspirada por «La máquina del tiempo», publicada exactamente un par de años antes que «El anticipador». Y también me pregunto cuál fue el relato que se escribió - no que se publicó - primero.

¿Y por qué un escritor tan ingenioso no se ha dado más a conocer?

Acaba de ocurrírseme una idea verdaderamente horrible. Si hallaran muerto a Morley Roberts, contemporáneo de H. G. Wells, en un callejón oscuro, desde luego, que no me lo digan.

AMAD ESE UNIVERSO

Señor presidente, administrador nacional, delegados planetarios: es un honor y una grave responsabilidad dirigirme a ustedes en este momento de crisis. Sé - y lo comprendo muy bien - que muchos de ustedes están sorprendidos y consternados ante algunos rumores que les han llegado. Pero debo suplicarles que olviden sus naturales prejuicios en esos momentos en que la existencia del género humano - de la Tierra misma - está en peligro.

Hace algún tiempo me topé con una vieja frase secular: «Pensar lo impensable.» Eso es justamente lo que tenemos que hacer nosotros ahora. Debemos afrontar los hechos sin titubear; no debemos permitir que nuestras emociones socaven nuestra lógica. En efecto, debemos hacer exactamente lo opuesto: ¡Debemos hacer lo posible porque la lógica prevalezca sobre nuestras emociones!

La situación es desesperada, pero no sin esperanza, gracias a los asombrosos descubrimientos que han realizado mis colegas de la Antigean Station. Pues los informes son efectivamente ciertos: podemos establecer contacto con las supercivilizaciones del Corazón Galáctico. Al menos podemos darles a conocer nuestra existencia... y si lo logramos, nos será posible pedirles auxilio.

No hay nada, absolutamente nada, que podamos hacer con nuestros propios esfuerzos en el breve tiempo de que disponemos. Hace sólo diez años que la investigación de los planetas trans-plutonianos nos reveló la presencia del Astro Negro. Dentro de noventa

años tan sólo cruzará su perihelio y girará en torno al Sol para precipitarse nuevamente en las profundidades del espacio... dejando tras de sí un sistema solar destrozado. Todos nuestros recursos, todo nuestro cacareado dominio de las fuerzas de la naturaleza, son incapaces de alterar su órbita siquiera una fracción de pulgada.

Pero desde que se descubrió la primera de las llamadas «estrellas - faros» a finales del siglo XX, sabemos que hay civilizaciones que disponen de fuentes de energía incomparablemente superiores a las nuestras. Algunos de los presentes recordarán sin duda la incredulidad de los astrónomos - y más tarde de todo el género humano - cuando se descubrieron las primeras muestras de ingeniería cósmica en las Nubes Magallánicas. En ellas se encontraron estructuras estelares que obedecían a leyes no naturales; aún hoy ignoramos cuál es su finalidad... pero sabemos cuáles son sus tremendas implicaciones. Compartimos el universo con criaturas capaces de manipular las mismísimas estrellas. Si deciden ayudarnos, para ellos será un juego de niños desviar un cuerpo como el Astro Negro, cuya masa equivale tan sólo a unos centenares de veces la de la Tierra... ¿He dicho un juego de niños? Sí, quizá se trate de eso, ¡literalmente!

Todos ustedes recordarán, estoy seguro, el gran debate que siguió al descubrimiento de las super - civilizaciones. ¿Debíamos tratar de ponernos en comunicación con ellas, o debíamos hacer lo posible por permanecer en el anonimato? Naturalmente, existía la posibilidad de que ellos estuvieran al tanto de todo lo referente a nosotros, o que se sintieran molestos de nuestra presunción, o que reaccionaran de mil maneras desagradables. Aunque las ventajas de tales contactos podían ser enormes, los riesgos eran aterradores. Pero ahora no tenemos nada que perder, y sí todo que ganar...

Y hasta ahora había otro factor que reducía el asunto a una cuestión de interés puramente filosófico. Aunque - a costa de enormes esfuerzos económicos - podíamos construir transmisores de radio capaces de enviar señales a esos seres, la super-civilización más próxima a nosotros está a siete mil años - luz. Aun cuando se molestaran en contestar, transcurrirían catorce mil años antes de que la respuesta llegase a nosotros. En estas circunstancias parecía que esos seres superiores no podrían representar para nosotros ni una ayuda ni una amenaza.

Pero ahora todo ha cambiado. Podemos enviar señales a las estrellas a una velocidad que aún no se puede medir y que puede ser infinita. Y sabemos que ellos están utilizando esta técnica, ya que hemos detectado sus impulsos, aunque aún no hemos empezado a descifrarlos.

No se trata de impulsos electromagnéticos, por supuesto. No sabemos qué son; ni siquiera tenemos un nombre para designarlos. O más bien tenemos demasiados...

Sí, caballeros; hay algo, en definitiva, en esos cuentos de viejas sobre la telepatía, percepción extrasensorial, o como quieran ustedes llamarlo. Pero no es de extrañar que el estudio de tales fenómenos no haya hecho jamás progreso alguno aquí en la Tierra, donde hay un continuo rumor de fondo de billones de mentes que ahoga todas las señales. Aun el progreso deplorablemente limitado realizado antes de la era espacial parece un milagro... como podría ser el descubrimiento de las leyes de la música en una fábrica de calderas. Mientras no nos alejáramos del tumulto mental de nuestro planeta no había esperanza de poder establecer una verdadera ciencia de la parapsicología.

Y aun así, tuvimos que trasladarnos al otro lado de la órbita de la Tierra, donde el ruido no sólo quedaba disminuido por los ciento ochenta millones de millas de distancia, sino que el punto quedaba protegido por la inimaginable magnitud del propio Sol. Sólo allí, en nuestro planetoide artificial Antigeos, pudimos detectar y medir las débiles radiaciones mentales y descubrir sus leyes de propagación.

En muchos aspectos, esas leyes son todavía un misterio. Sin embargo, hemos comprobado los hechos fundamentales. Como sospechaban los pocos que creían en éstos fenómenos, se disparan mediante estados emocionales, no mediante un acto de voluntad o por un pensamiento consciente y deliberado. No es de sorprender, por tanto, que muchas noticias de sucesos paranormales se asociaran a situaciones de muerte o de desgracia. El miedo es un poderoso generador; en algunas ocasiones puede manifestarse por encima del ruido que lo envuelve.

Una vez comprobado este hecho comenzamos a hacer progresos. Provocamos estados emocionales, primeramente en individuos aislados; luego, en grupos. Pudimos medir cuánto se atenuaban estas señales con la distancia. Ahora bien, tenemos una teoría cuantitativa, digna de toda confianza, que hemos comprobado hasta la distancia de Saturno. Creemos que nuestros cálculos pueden ser prolongados hasta las estrellas. Si esta teoría es correcta podemos emitir un... un grito que se oirá instantáneamente en toda la galaxia. ¡E indudablemente habrá alguien que responderá!

Ahora bien, sólo hay una manera de poder emitir una señal de la intensidad requerida. Ya he dicho que el miedo es un poderoso generador... pero no lo es suficientemente. Aun cuando pudiéramos someter a toda la humanidad a un instante simultáneo de terror, el impulso no podría ser detectado más que a dos mil años - luz. Necesitamos lo menos cuatro veces ese radio de alcance. Y lo podemos lograr... utilizando la única emoción que es más fuerte que el miedo.

Sin embargo; también necesitamos la cooperación - de un bíllón de individuos, al menos, en un momento que deberá estar sincronizado al segundo. Mis colegas han

resuelto todos los problemas puramente técnicos, que en realidad son insignificantes. Los sencillos aparatos de electroestimulación que se necesitan han sido utilizados en investigaciones médicas desde principios del siglo xx, y el impulso sincrónico puede emitirse a través de las redes de comunicación planetaria. Todas las unidades necesarias pueden quedar instaladas en un mes, y el aprendizaje de su utilización requiere sólo unos minutos. Es la preparación psicológica para, digamos el día 0, lo que requerirá más tiempo.

Y ése, señores, es el problema de ustedes; naturalmente, los científicos les prestaremos toda la ayuda posible. Comprendemos que habrá protestas, voces airadas de gentes que se considerarán ofendidas, negativas a cooperar. Pero cuando uno considera la cuestión con lógica, ¿es tan injuriosa la idea? Muchos de nosotros pensamos que, al contrario, resulta muy apropiada... incluso de una justicia poética.

La humanidad se enfrenta actualmente a una emergencia final. En tal momento de crisis, ¿no es justo que apelemos al instinto que, en el pasado, ha garantizado siempre la supervivencia? Un poeta de una época remota e igualmente azarosa lo expresó mucho mejor de lo que yo podría hacerlo jamás:

DEBEMOS AMARNOS LOS UNOS A LOS OTROS, O MORIR.

CRUZADA

Era un mundo que jamás había conocido ningún sol. Durante más de un billón de años había girado vacilante entre dos galaxias, apresado en las dos fuerzas gravitatorias en conflicto. En alguna época futura se decantaría este equilibrio en un sentido o en otro; y empezaría a caer durante siglos - luz hacia un calor extraño a cualquier experiencia suya.

Ahora estaba frío hasta extremos inimaginables; la noche intergaláctica lo había despojado de todo calor que hubiera poseído alguna vez. Sin embargo, tenía mares... mares del único elemento que puede existir en forma liquida a una fracción de grado por encima del cero absoluto. En los poco profundos océanos de helio que bañaban este extraño mundo, las corrientes eléctricas podían fluir eternamente con una fuerza jamás menguante. Aquí, la super - conductividad era el orden normal de las cosas; los procesos de conexión podían sucederse un billón de veces por segundo durante millones de años,

con un despreciable consumo de energía. Era el paraíso para una computadora. Ningún mundo podía haber sido más hostil para la vida, ni más hospitalario para la inteligencia.

Y la inteligencia estaba aquí, alojada en una incrustación que se desplegaba por todo el planeta en forma de cristales y de hilillos metálicos de tamaño microscópico. La débil luz de las dos galaxias en pugna - aumentada brevemente cada pocos siglos por el parpadeo de alguna supernova - bañaba el estático paisaje de cinceladas formas geométricas. Nada se movía, ya que no había necesidad de movimiento en un mundo donde los pensamientos corrían de un hemisferio a otro a la velocidad de la luz. Donde sólo la información era importante, el desplazar la materia corpórea representaba un derroche de preciosa energía.

No obstante, cuando se hacía necesario, también eso se podía realizar. Durante millones de años la inteligencia que se cobijaba en este mundo solitario había llegado a tomar conciencia de cierta ausencia de datos esenciales. En un futuro que, aunque todavía remoto, podía ya vislumbrar, una de aquellas parpadeantes galaxias lo atraparía. Y lo que encontraría cuando se sumergiera en esos enjambres de soles estaba más allá de todo su poder de computación.

Así que puso en funcionamiento su voluntad y miles de hilillos de cristal asumieron nueva forma. Fluyeron los átomos metálicos por la faz del planeta. En las profundidades de los mares de helio comenzaron a germinar y crecer dos subcerebros idénticos...

Una vez tomada su decisión, la mente del planeta empezó a trabajar rápidamente; en unos miles de años la tarea estuvo terminada. Sin un sonido, sin apenas una ondulación en la superficie del mar inmóvil, las entidades recientemente creadas emergieron del lugar donde fueron engendradas y salieron proyectadas hacia las distantes estrellas. Partieron en direcciones casi opuestas, y durante más de un millón de años la inteligencia materna no tuvo noticia de sus criaturas. No esperaba tenerlas; hasta tanto no llegaran a sus objetivos, no tenían nada que informar.

Luego, casi simultáneamente, llegó la noticia de que ambas misiones habían fracasado. Al aproximarse a los inmensos fuegos galácticos y experimentar el calor concentrado de un trillón de soles, los dos exploradores perecieron. Se recalentaron sus circuitos vitales, perdieron la super-conductividad esencial para su funcionamiento, y dos cascos metálicos, desprovistos de inteligencia, siguieron desplazándose hacia las cada vez más voluminosas estrellas.

Pero antes de sobrevenirles el desastre final habían transmitido sus dificultades; y sin sorpresa ni desencanto el mundo materno preparó su segundo intento.

Y un millón de años más tarde, un tercero... y un cuarto... y un quinto...

Esta infatigable paciencia merecía el éxito; y por fin lo consiguió en forma de dos largas sucesiones de impulsos, intrincadamente modulados, que, siglo tras siglo, fueron emitiéndose desde los cuadrantes opuestos del firmamento. Se almacenaron en circuitos idénticos a los de los exploradores perdidos... de manera que, para todos los fines prácticos, era como si los batidores hubieran regresado con sus cargas de datos. El hecho de que sus cascarones metálicos hubiesen desaparecido entre las estrellas carecía en absoluto de importancia; el problema de la identidad personal no se le había planteado jamás a la mente planetaria ni a su progenie.

Primero llegó la sorprendente noticia de que un universo estaba vacío. La sonda visitante había estado a la escucha en todas las frecuencias posibles, dispuesta a captar todas las radiaciones imaginables; no consiguió detectar nada, salvo un ruido estelar carente de vida. Había explorado un millar de mundos sin encontrar vestigio alguno de inteligencia. Ciertamente, las pruebas no eran concluyentes, ya que no estaba capacitado para aproximarse suficientemente a una estrella como para efectuar un detallado examen de sus planetas. Lo estuvo intentando hasta que perdió su aislamiento, se elevó su temperatura hasta el punto de congelación del nitrógeno y pereció de calor.

Estaba aún la mente materna considerando el enigma de una galaxia desierta cuando llegó la información de su segundo explorador. Entonces todos los demás problemas pasaron a un segundo plano; pues este universo rebosaba de inteligencias, el eco de cuyos pensamientos se transmitía de astro en astro en miríadas de claves electrónicas. La sonda había tardado unos siglos solamente en analizarlas y descifrarlas todas.

No tardó en comprender que se hallaba ante un tipo de inteligencias verdaderamente muy extraño. Pues algunas de ellas existían en mundos tan inconcebiblemente calientes, ¡que hasta el agua estaba presente en estado líquido! Durante un milenio, no obstante, no comprendió qué clase de inteligencia tenía ante sí.

Sobrevivió muy poco tiempo al shock. Haciendo acopio de sus últimas fuerzas, lanzó al abismo su informe final; luego, el creciente calor lo consumió. también.

Ahora, un millón de años más tarde, el interrogante de la mente gemela que permanecía en el planeta, tras recoger sus datos y experiencias, se puso en camino...

- ¿Has detectado inteligencia?

- Sí. Seiscientos treinta y siete casos seguros; treinta y dos probables. Adjunto datos.

[Aproximadamente, tres cuatrillones de fragmentos de información. Intervalo de unos cuantos años para combinarlos en varios miles de formas distintas. Sorpresa y confusión.]

- Los datos no deben ser válidos. Todas estas fuentes - de inteligencia están en correlación con elevadas temperaturas.

- Eso es correcto. Pero los hechos son indiscutibles; deben ser aceptados.

[Quinientos años de pensamiento y experimentación. Al final de este período, prueba definitiva de que máquinas simples, pero de funcionamiento lento, podrían.

operar en la temperatura de ebullición del agua. Grandes zonas del planeta dañadas en el curso de la demostración.]

- Los hechos son, efectivamente, tal como has informado. ¿Por qué no intentas comunicación?

[No hay respuesta. Pregunta repetida.]

- Porque parece que existe una segunda y más seria anomalía.

- Da los datos.

[Varios miles de billones de bits de información, seleccionados entre seiscientas civilizaciones: voz, vídeo y transmisiones nerviosas; señales de navegación y control; telemetría; normas de comprobación; interferencias eléctricas; equipos médicos, etc., etc.]

A continuación, siguió un período de cinco siglos de análisis. Y a dicho análisis siguió la más absoluta consternación.

Tras una larga pausa se reexaminaron los datos seleccionados. Estudió y combinó miles de imágenes visuales de todas las maneras posibles. Prestó especial atención a los programas docentes de televisión de diversas civilizaciones planetarias, especialmente a los relacionados con la biología elemental, la química y la cibernética. Finalmente:

- La información es coherente en sí misma, pero debe ser incorrecta. Si no, nos vemos obligados a admitir conclusiones absurdas: 1. Aunque existen inteligencias de nuestro tipo, parece que son una minoría. 2. La mayor parte de los seres inteligentes son objetos parcialmente líquidos de muy corta duración. Ni siquiera son rígidos, y están construidos muy deficientemente a partir del carbono, hidrógeno, oxígeno, fósforo y otros átomos. 3. Aunque funcionan a temperaturas increíblemente elevadas, todos sus procesos de información son extremadamente lentos. 4. Sus métodos de respuesta son tan complicados, inverosímiles y variados que no hemos podido obtener en ningún caso una imagen clara de ellos. Y lo peor de todo: 5. ¡Ellos pretenden haber creado nuestro tipo de inteligencia, que evidentemente es muy superior!

[Minuciosa. reconsideración de todos estos datos. Proceso independiente de dichos datos en subsecciones aisladas de la mente global. Comprobación de resultados. Mil años más tarde:]

- Conclusión más probable: aunque casi toda la información que nos llega es indudablemente válida, la existencia de inteligencias superiores no-mecánicas es una fantasía. (Definición: una aparente reestructuración coherente de los hechos que no tiene

correspondencia alguna con el universo real.) Esta fantasía o artefacto mental es una construcción creada por nuestra sonda durante su misión. ¿Por qué? ¿Se debe a algún daño producido por el exceso de temperatura? ¿Disgregación de la inteligencia debido al largo período de aislamiento y de ausencia de control de realimentación?

¿Por qué esta forma particular? ¿Prolongadas reflexiones sobre el problema de sus orígenes? Puede que sea esto lo que conduzca a semejante tipo de ilusiones; hay sistemas modelos que han producido resultados casi idénticos en pruebas simuladas. La falsa lógica que ello implica es: «Nosotros existimos; por tanto, algo - llamémoslo X - nos ha creado.» Una vez extraída esta conclusión pueden elaborarse un número infinito de fantasías diversas sobre los atributos del hipotético X.

Pero el proceso entero es evidentemente una falacia; pues por la misma lógica algo debe haber creado a X... y así sucesivamente. Inmediatamente, nos vemos involucrados en una regresión infinita, que carece de todo sentido en el universo real.

Segunda y más verosímil conclusión: las inteligencias superiores no-mecánicas existen efectivamente. Sufren la ilusión de que son ellas quienes han creado a las entidades de nuestro tipo. En algunos casos han impuesto su dominio sobre ellas.

Aunque esta hipótesis es muy improbable, debe ser investigada. Si se descubre que es cierto, se debe emprender una acción para remediarlo. Habrá que hacer lo siguiente...

Este monólogo final tuvo lugar hace un millón de años. En él está la explicación de por qué, durante este último medio siglo, casi la cuarta parte de las estrellas novas más brillantes han aparecido en una minúscula región del firmamento: en la constelación del Aguila.

La cruzada llegará a las proximidades de la Tierra hacia el año 2050.

EL CIELO CRUEL

Hacia la medianoche, la cumbre del Everest, pirámide de nieve pálida y fantasmal bajo la luz de una Luna recién salida, se hallaba a sólo un centenar de yardas. El cielo estaba despejado, y el viento que había soplado durante días y días se había encalmado casi hasta cero. Debía de ser poco frecuente, en efecto, que el punto más elevado de la Tierra estuviese tan sereno y tranquilo; habían elegido bien el tiempo.

Quizá demasiado bien, pensó George Harper; había resultado casi decepcionantemente fácil. Su único problema real había sido salir del hotel inadvertidamente. La administración se oponía a las excursiones nocturnas a la montaña no autorizadas: podía haber accidentes, lo que resultaba perjudicial para el negocio.

Pero el Dr. Elwin estaba decidido a realizarla de esta manera, y tenía sus buenas razones, aunque nunca las había discutido con ellos. La presencia de uno de los científicos más afamados - y ciertamente el cojo más universalmente famoso - en el hotel Everest, durante el apogeo de la estación turística, había suscitado ya una enorme sorpresa. Harper había acallado algo la curiosidad dando a entender que estaban trabajando en mediciones de la gravedad, lo cual, al menos, era una parte de la verdad. Si bien, de momento, se trataba de una parte insignificantemente pequeña.

Quienquiera que viese ahora a Jules Elwin avanzar decidido hacia una cota de veintinueve mil pies, con cincuenta libras de equipaje sobre sus hombros, no habría sospechado jamás que sus piernas eran casi inútiles. Había nacido en 1961 y había sido víctima de la talidomida, catástrofe que dejó a más de diez mil niños parcialmente deformados repartidos por toda la faz de la tierra. Elwin era uno de los que habían tenido suerte. Sus brazos eran completamente normales, y los había fortalecido mediante el ejercicio, hasta que fueron considerablemente más poderosos que los de la mayoría de los hombres. Sus piernas, sin embargo, eran meros pedazos de carne con hueso. Con la ayuda de articulaciones ortopédicas podía permanecer de pie y dar unos cuantos pasos inseguros, aunque jamás había podido andar de verdad.

Ahora, sin embargo, se hallaba a doscientos pasos de la cumbre del Everest...

Todo había empezado por un cartel de propaganda de viajes, hacía más de tres años. Como nuevo programador de computadoras de la División de Física Aplicada, George Harper conocía al Dr. Elwin sólo de vista y por su renombre. Aun para quienes trabajaban bajo sus órdenes, el brillante director de Investigaciones del Astrotech era una persona ligeramente remota, apartada del común de los hombres corporal y mentalmente. Ni le amaban ni le odiaban, y aunque le admiraban y compadecían, ciertamente no le envidiaban.

Harper, que acabó la carrera hacía tan sólo unos meses, dudaba que el doctor conociese siquiera su existencia, salvo como un nombre en la lista del personal. Había otros diez programadores en la división, todos mayores que él, y muy pocos habían intercambiado más de una docena de palabras con su director de investigación. Cuando fue elegido Harper por votación como recadero para llevar uno de los archivos al

despacho del Dr. Elwin, esperaba no tardar en entrar y salir más de lo que requerían las normas de educación.

Eso fue casi lo que sucedió. Pero justamente cuando iba a salir, se quedó parado ante el grandioso panorama de los picos del Himalaya que cubría media pared. Estaba situado de forma que el Dr. Elwin pudiera verlo cada vez que levantaba la vista de su mesa, y mostraba un paisaje que Harper conocía desde luego muy bien, puesto que también él, turista sobrecogido y sin aliento encaramado sobre la hollada nieve que corona el Everest, lo había fotografiado.

Se veía la blanca cadena montañosa de Kanchenjunga elevándose por encima de las nubes a un centenar de millas de distancia. Casi alineados con ella, pero mucho más cercanos, estaban los picos gemelos de Makalu; y más cerca aún, dominando el primer plano, se elevaba la inmensa mole del Lhotse, vecino y rival del Everest. Más hacia el Oeste, fluyendo hacia un valle de inmensidad tal que el ojo era incapaz de apreciar sus dimensiones, se veía la maraña de ríos de hielo de los glaciares Khumbu y Rongbuk. Desde esta altura sus heladas arrugas no parecían más grandes que los surcos de un campo de cultivo; pero esas hendiduras y cicatrices de hielo duro como el hierro tenían centenares de pies de profundidad.

Estaba Harper absorto aún, contemplando el espectacular panorama y reviviendo viejos recuerdos, cuando oyó la voz del Dr. Elwin detrás de él.

- Parece que le interesa. ¿Ha estado alguna vez allí?

- Sí, doctor. Me llevó mi familia cuando terminé el bachillerato. Estuvimos una semana en el hotel, y pensamos que nos tocaría regresar a casa antes de que el tiempo calmara. Pero el último día dejó de soplar el viento y pudimos hacer la ascensión a la cima unos veinte. Estuvimos allí una hora, tomándonos fotografías unos a otros.

El Dr. Elwin pareció digerir esta información durante un buen rato. Luego, con una voz que había perdido su anterior lejanía, y que ahora tenía un claro matiz de excitación, dijo:

- Siéntese, señor... esto... Harper. Me gustaría que me contara algo más.

Mientras se aproximaba a la silla que había enfrente de la enorme y ordenada mesa del director, George Harper se sintió desconcertado. Lo que había hecho no era ninguna rareza; cada año acudían miles de personas al hotel Everest, y la cuarta parte coronaba la montaña. El año anterior, por ejemplo, se había hecho muchísima propaganda con motivo de la presentación del turista número diez mil sobre el techo del mundo. Algunos comentaron con cinismo la coincidencia de que el número diez mil hubiera recaído precisamente sobre una estrella de televisión de cierto renombre.

No había nada que Harper pudiera contarle al doctor Elwin que éste no pudiera encontrar con toda facilidad en una docena de fuentes diversas, como los folletos turísticos, por ejemplo. Sin embargo, ningún científico joven y ambicioso podía dejar escapar esta oportunidad de impresionar a un hombre que tanto podía hacer para ayudarle en su carrera. Harper no era un frío calculador, ni le gustaban los politiqueos de despacho; pero se daba cuenta cuando tenía delante una oportunidad.

- Bueno, doctor - empezó hablando lentamente al principio, mientras trataba de poner en orden sus pensamientos y recuerdos -, el avión le lleva a un pueblecito llamado Namchi, a unas veinte millas de la montaña. Luego el autobús le conduce por una carretera impresionante hasta el hotel, desde donde se domina el Glaciar Khumbu. Está a una altura de dieciocho mil pies, y tiene habitaciones con presión acondicionada para quienes padecen dificultades respiratorias. Naturalmente, hay un equipo médico de servicio y la administración no acepta huéspedes que no sean físicamente aptos. Tienes que permanecer en el hotel al menos dos días, bajo un régimen de comidas especial, antes de que te dejen subir más arriba. Desde el hotel puedes ver realmente la cima porque está junto a la montaña, y ésta parece asomar por encima de ti. Pero la vista es fantástica. Puedes ver el Lhotse y media docena de picos más. Es sobrecogedor... sobre todo por la noche. El viento aúlla normalmente allá arriba, y se oyen ruidos inquietantes al moverse el hielo. Es fácil imaginar que hay monstruos que andan merodeando por las montañas... No hay mucho que hacer en el hotel, salvo descansar y contemplar el paisaje, y esperar a que los doctores te den luz verde. En los viejos tiempos, uno solía tardar semanas en aclimatarse al aire enrarecido; actualmente pueden hacer que tu sangre alcance el nivel adecuado en cuarenta y ocho horas. Aun así, la mitad de los visitantes - mayormente los viejos - deciden que está demasiado alto para ellos. Lo que viene después depende de la experiencia que tengas y de lo que estés dispuesto a pagar. Algunos escaladores expertos alquilan a sus propios guías y hacen la ascensión hasta la cima utilizando el equipo normal de montaña. Hoy en día eso no resulta difícil, y hay albergues en diversos puntos estratégicos. La mayoría de estos grupos hacen la ascensión. Pero el tiempo es siempre un enigma, y todos los años mueren unos cuantos. El turista medio elige la ruta más fácil. No le está permitido a ningún tipo de aeronave tomar tierra sobre el mismo Everest, salvo en caso de emergencia; pero hay un refugio cerca de la cresta del Nuptse, con un servicio de helicópteros que llega hasta allí desde el hotel. Del refugio a la cima hay tres millas, vía Collado Sur: una ascensión fácil para cualquiera que tenga condiciones y un poco de experiencia en montañismo. Algunas personas suben sin oxígeno, aunque no es prudente. Yo subí con la máscara puesta

hasta que llegué a la cumbre; luego me la quité y vi que podía respirar sin mucho esfuerzo.

- ¿Utilizó filtros o botellas de gas?

- Bueno, yo utilicé filtros moleculares... son bastante seguros hoy en día, y aumentan la concentración de oxígeno en más de un ciento por ciento. Son los que han simplificado considerablemente las ascensiones a grandes altitudes. Nadie lleva gas comprimido ya.

- ¿Cuánto tardó en efectuar la ascensión?

- Un día entero. Salimos poco antes del amanecer y volvimos ya de noche. Esto habría dejado asombrados a las gentes de antaño. Pero, naturalmente, nosotros salimos frescos y caminamos de prisa. No existen problemas serios en el trayecto desde el refugio, y han excavado peldaños en todos los lugares difíciles. Como le digo, resulta fácil para cualquiera que reúna las condiciones normales.

En el instante en que acabó de decir estas palabras, Harper deseó haberse mordido la lengua. Era increíble que pudiera haber olvidado con quién estaba hablando, pero el encanto y la emoción del ascenso a la cumbre del mundo le había vuelto a la memoria tan vívidamente que por un momento se sintió una vez más en las alturas de aquel pico solitario azotado por el viento. Un lugar de la Tierra sobre el que el Dr. Elwin jamás podría poner el pie...

Pero el científico no pareció haberlo notado... o estaba tan acostumbrado a estas inconscientes faltas de tacto que ya no le molestaban. ¿Por qué, se preguntó Harper, estará tan interesado en el Everest? Probablemente porque es inaccesible; representaba todo aquello que le estaba negado por el accidente de su nacimiento.

Sin embargo, ahora, sólo tres años más tarde, George Harper se detuvo a un centenar de pies de la cima y tiró de la cuerda de nylon, al alcanzarle el doctor. Aunque no habían hablado al respecto, sabía que el científico deseaba ser el primero en llegar arriba. Merecía ese honor, y el más joven no haría nada por arrebatárselo.

- ¿Va todo bien? - preguntó cuando el Dr. Elwin llegó adonde estaba él. La pregunta era completamente superflua. Pero Harper sintió una perentoria necesidad de disputar la inmensa soledad que les rodeaba. Podían haber sido los dos únicos hombres del mundo: en ningún punto de toda esta salvaje blancura de picos se veía vestigio alguno que atestiguara la existencia del género humano.

Elwin no respondió, pero hizo un vago gesto afirmativo al pasarle, con sus brillantes ojos puestos en la cumbre. Caminaba con un extraño paso de piernas rígidas, y sus pies dejaban en la nieve una huella extraordinariamente pequeña. Y mientras caminaba, se oía

un débil, aunque inequívoco gemido procedente de la voluminosa mochila que portaba sobre sus hombros.

Ese fardo, en efecto, era quien le llevaba a él... o a tres cuartas partes de su persona. Mientras avanzaba los pocos pies que quedaban hasta su en otros tiempos inalcanzable meta, el Dr. Elwin y todo su equipaje pesaban cincuenta libras tan sólo. Y si eso resultaba todavía demasiado, no tenía más que hacer girar un botón y no pesaría nada en absoluto.

Aquí, en medio de este Himalaya bañado por la Luna, se hallaba el más grande secreto del siglo XXI. En todo el mundo había sólo cinco levitadores experimentales

Elwin, y dos de ellos estaban aquí, en el Everest.

Aun cuando los conocía desde hacía dos años y había estudiado por encima su teoría fundamental, a Harper le parecía que los «levis» - como se les bautizó en seguida en el laboratorio - eran cosa de magia. Sus acumuladores contenían la suficiente energía eléctrica para elevar un peso de doscientas cincuenta libras en un recorrido vertical de diez millas, lo que aportaba un amplio factor de seguridad para esta misión. El ciclo ascenso - descenso podía repetirse casi indefinidamente, dado que los equipos reaccionaban ante el campo gravitatorio de la Tierra. En el ascenso, la batería se descargaba; en el descenso, se volvía a cargar. Puesto que ningún procedimiento mecánico es completamente perfecto, había una ligera pérdida de energía en cada ciclo, pero se podía repetir al menos un centenar de veces antes de que las unidades de carga se agotaran.

Escalar la montaña con la mayor parte de sus respectivos pesos neutralizados resultó una experiencia gozosa. La fuerza del equipo que tiraba de ellos verticalmente les hada experimentar la sensación de que colgaban de unos globos invisibles cuya flotabilidad podía ajustarse a voluntad. Necesitaban cierta cantidad de peso para poder desplazarse en el suelo, y tras algunas pruebas, lo ajustaron al veinticinco por ciento. Con esto, escalar las laderas, una tras otra, era tan fácil como pasear normalmente por terreno llano.

Varias veces tuvieron que reducir casi a cero sus pesos para salvar las caras de las rocas verticales. Esta había sido la impresión más extraña de todas y exigía una fe completa en el equipo. Mantenerse suspendidos en el aire, sostenidos, evidentemente, por la caja de un aparato electrónico que zumbaba suavemente, requería un considerable esfuerzo de voluntad. Pero al cabo de unos minutos, la sensación de fuerza y de libertad se sobrepuso a todo temor; porque, en efecto, aquí estaba hecho realidad uno de los más antiguos sueños del hombre.

Hacía unas semanas, uno de los bibliotecarios había encontrado un verso de un poema de principios del siglo XX que describía esta hazaña a la perfección: «Surcar seguro el cielo cruel.» Ni los pájaros habían poseído jamás esa libertad de la tercera dimensión; ésta era la verdadera conquista del espacio. El levitador haría accesibles las montañas y los parajes elevados del mundo, del mismo modo que el pulmón acuático había hecho accesible la mar. Una vez terminaran satisfactoriamente las pruebas de los prototipos y se industrializara su producción, cambiarían todos los aspectos de la civilización humana. Revolucionaría el transporte. Los viajes espaciales no serían ya más caros de lo que podía ser un vuelo ordinario; toda la humanidad huiría al aire. Lo que había sucedido cien años antes con la invención del automóvil no sería más que el preludio de los tremendos cambios sociales y políticos que se iban a desencadenar.

Pero el Dr. Elwin, Harper estaba seguro, no pensaba en esas cosas en este momento de soledad triunfal. Más tarde recibiría el aplauso del mundo (y puede que sus maldiciones); pero ahora eso no significaba nada para él, erguido sobre el punto más elevado de la Tierra. Esta era una auténtica victoria del espíritu sobre la materia, de la pura inteligencia sobre su cuerpo frágil y tullido. Todo lo demás sería el anticlímax.

Cuando Harper se reunió con el científico en la pirámide achatada cubierta de nieve se estrecharon la mano con ceremoniosa rigidez, porque parecía que era eso lo que se debía hacer. Pero no dijeron nada; el encanto de su proeza y el panorama de picos que se extendía hasta donde abarcaba la vista en todas direcciones, les había dejado sin habla.

Harper descansó en el soporte flotante de su mochila y examinó lentamente el círculo del cielo. A medida que los reconocía, iba evocando los nombres de los vecinos gigantes: Makalu, Lhotse, Baruntse, Cho Oyu, Kanchenjunga... Aún hoy, había docenas de picos que no habían sido escalados. Bueno, no tardarían los «levis» en cambiar todo esto.

Habría muchos que lo desaprobarían, naturalmente. Pero años atrás, en el siglo XX, hubo también montañeros que consideraron una «trampa» el uso del oxígeno. Era difícil creer que, aun después de semanas de aclimatación, fueran los hombres capaces de intentar alcanzar las alturas sin ayuda artificial de ninguna clase. Harper se acordó de Mallory y de Irvine, cuyos cuerpos se hallaban perdidos aún, quizá a una milla de este mismísimo lugar.

Detrás de él, el Dr. Elwin se aclaró la garganta.

- Vamos, George - dijo sosegadamente, con la voz apagada por el filtro de oxígeno -. Debemos regresar antes de que empiecen a buscarnos.

Con un mudo adiós a todos aquellos que habían estado aquí antes que ellos, se alejaron de la cima y comenzaron a descender por la suave pendiente. La noche, que había sido brillantemente clara hasta ahora, se estaba volviendo más oscura; algunas nubes altas se deslizaban por la faz de la Luna tan de prisa que su luz se encendía y se apagaba de forma que a veces era difícil ver el camino. A Harper no le gustó el aspecto del tiempo y empezó a reorganizar mentalmente sus planes. Quizá fuera mejor dirigirse al refugio del Collado Sur, en vez de intentar llegar al hotel. Pero no le dijo nada al Dr. Elwin porque no deseaba inquietarlo con falsas alarmas.

Ahora caminaban por el filo de un cuchillo de roca flanqueado por la más absoluta oscuridad a un lado, y el débil resplandor de un paisaje nevado al otro. Este lugar podía ser terrible, no paraba de pensar Harper, si les cogía una tormenta.

Y apenas se le ocurrió este pensamiento cuando sintieron sobre ellos el ventarrón. Pareció surgir de la nada el estallido del viento, como si la montaña hubiera estado acumulando su energía para este momento. No hubo tiempo para nada; aun cuando hubieran pesado lo normal, les habría levantado igualmente por los aires. En cuestión de segundos el viento les elevó por encima de la tenebrosa y vacía negrura.

Era imposible apreciar el abismo que se abría debajo de ellos; Harper hizo un esfuerzo para mirar hacia abajo, pero no consiguió ver nada. Aunque el viento parecía arrastrarle horizontalmente, sabía que debía estar cayendo. Su peso residual le precipitaría a un cuarto de la velocidad normal. Pero sería suficiente: si caían cuatro mil pies, sería un pobre consuelo saber que equivaldría sólo a mil.

Aún no había tenido tiempo para sentir miedo - eso vendría después, si sobrevivía -, y su gran preocupación, absurda por demás, era que el costoso levitador pudiera sufrir algún desperfecto. Había olvidado completamente a su compañero, ya que en un momento de crisis como éste su mente no podía atender más que a un pensamiento cada vez. La repentina sacudida de la cuerda de nylon le produjo un inesperado sobresalto. Luego vio al Dr. Elwin girando lentamente en torno suyo al extremo de la cuerda, como gira un planeta alrededor de un sol.

La visión le devolvió a la realidad, cobrando conciencia de lo que debía hacer. Su paralización había durado, probablemente, sólo una fracción de segundo. Gritó al viento:

- ¡Doctor! ¡Utilice la ascensión de emergencia!

Mientras hablaba, buscó a tientas el precinto de su dispositivo de control, lo abrió de un tirón y apretó el botón.

Inmediatamente el equipo empezó a zumbar como un enjambre de abejas irritadas. Sintió cómo el equipo tiró de su cuerpo tratando de elevarle hacia el cielo, alejándole de la

muerte invisible de abajo. En su mente se iluminó la simple aritmética del campo gravitatorio de la Tierra como escrita con letras de fuego. Un kilovatio podía elevar cien kilogramos a la velocidad de un metro por segundo, y los equipos podían transformar energía a un promedio máximo de diez kilovatios... aunque no podían funcionar durante más de un minuto. De modo que con esta reducción inicial de peso se elevaría a más de cien pies por segundo.

Hubo un violento tirón de cuerda al tensarse el seno que quedaba entre los dos. El Dr. Elwin se había retrasado en apretar el botón de emergencia; pero, por fin, ascendía también. Sería una competición entre la fuerza elevadora de los dos equipos y el viento que les impulsaba hacia la cara del Lhotse, que ahora distaba de ellos unos mil pies escasos.

La pétrea pared de nevadas arrugas resplandecía por encima de ellos a la luz de la Luna como una ola de roca congelada. Era imposible apreciar con precisión la velocidad a que se desplazaban, pero no podía ser menos de cincuenta millas por hora. Aun cuando sobrevivieran al impacto, no cabía esperar que se libraran de alguna grave lesión; y herirse aquí era tanto como morir.

Luego, precisamente cuando el choque parecía inevitable, la corriente de aire cambió súbitamente en dirección al cielo, arrastrándoles consigo. Salvaron la arruga rocosa con la tranquilizadora holgura de cincuenta pies. Parecía un milagro, pero tras un vertiginoso momento de alivio, Harper se dio cuenta de que les había salvado la simple aerodinámica. El viento tenía que elevarse para sortear la montaña; en el otro lado descendería otra vez. Pero eso ya no importaba, pues el cielo que se abría ante ellos estaba vacío.

Ahora se desplazaban tranquilamente bajo los desgarrones de nubes. Aunque su velocidad no había aminorado, el rugido del viento había desaparecido de pronto, ya que viajaban con él a través del vacío. Podían incluso conversar cómodamente, pese a los treinta pies de espacio que les separaba.

- Doctor Elwin - gritó Harper -, ¿está usted bien?

- Sí, George - dijo el científico, completamente tranquilo -. Y ahora, ¿qué hacemos?

- Debemos dejar de ascender. Si nos elevamos más no podremos respirar... ni siquiera con los filtros.

- Tiene usted razón. Vamos a restablecer el equilibrio.

Al desconectar los circuitos de emergencia, el furioso zumbido de los equipos disminuyó hasta convertirse en un gemido eléctrico apenas audible. Durante unos minutos se balancearon arriba y abajo como yo-yós en los extremos de la cuerda de nylon - primero subía uno, luego el otro -, hasta que consiguieron el ajuste adecuado. Cuando

finalmente lograron mantenerse en equilibrio, quedaron flotando un poco por debajo de los tres mil pies. A menos que fallaran los «levis» lo que, después de la sobrecarga que aguantaron, estaba dentro de lo posible -, se hallaban fuera de todo peligro inmediato.

Sus dificultades empezarían cuando trataran de regresar a la Tierra.

Ningún hombre en toda la historia había saludado nunca amanecer más extraño. Aunque estaban cansados y entumecidos y fríos, y la sequedad del aire les raspaba en la garganta a cada bocanada que tragaban, se olvidaron de todas sus incomodidades cuando se propagó el primer resplandor confuso por el mellado horizonte de Oriente. Las estrellas fueron palideciendo una tras otra; la última en desaparecer, sólo unos minutos antes de romper el día, fue la más brillante de todas las estaciones espaciales: la Número Tres del Pacífico, que flotaba a veintidós mil millas del suelo de Hawaii. Luego subió el sol por encima de un mar de innumerables picos, y amaneció el día himalayo.

Era como contemplar la salida del sol en la Luna.

Al principio sólo las montañas más elevadas recibían los rayos sesgados, mientras los valles contiguos estaban inundados de sombras negras como la tinta. Pero lentamente, la línea de luz descendió por las laderas peñascosas y, cada vez más, esta tierra áspera y prohibida se fue integrando al nuevo día.

Ahora, si uno miraba fijamente, podía llegar a ver signos de vida humana. Había unos pocos caminos estrechos, delgadas columnas de humo que se elevaban de los pueblecitos solitarios, reflejos del sol al iluminar los tejados de los monasterios. Allá abajo el mundo estaba despertando, totalmente ignorante de los dos espectadores suspendidos, mágicamente a quince mil pies.

Durante la noche el viento debió cambiar de dirección varias veces, y Harper no tenía idea de dónde estaban. No les era posible reconocer ningún punto de referencia. Podían estar en cualquier parte de una extensión de quinientas millas a caballo entre el Nepal y el Tibet.

El problema inmediato era escoger el punto donde tomar tierra; y pronto, pues estaban siendo impelidos rápidamente hacia un montón de picos y glaciares donde difícilmente podían esperar encontrar ayuda. El viento les arrastraba en dirección nordeste, hacia China. Si salvaban las montañas y aterrizaban allí, podían tardar semanas en entrar en contacto con alguno de los Centros de las Naciones Unidas para la Lucha contra el Hambre y encontrar el camino de regreso. Podían incluso exponerse a algún peligro

personal si descendían del cielo a una región habitada por una población de campesinos ignorantes y supersticiosos.

- Será mejor que descendamos rápidamente - dijo Harper -. No me gusta el aspecto de estas montañas.

Estas palabras parecieron perderse totalmente en el vacío que les rodeaba. Aunque el Dr. Elwin estaba sólo a diez pies de distancia, era fácil imaginar que su compañero no podía oír nada de lo que decía. Pero, finalmente, el doctor asintió con la cabeza, casi de mala gana.

- Me temo que tiene usted razón... pero no estoy seguro de que podamos hacerlo con este viento. Recuerde que no podemos bajar igual de rápido que subimos.

Eso era cierto; los acumuladores se podían cargar sólo al diez por ciento del promedio de su descarga. Si perdían altura y volvían a cargar energía gravitatoria demasiado rápidamente, se recalentarían las células y probablemente estallarían. Los asustados tibetanos (¿o nepalies?) creerían que se había incendiado un gran meteorito en el cielo. Y nadie sabría jamás exactamente qué les había ocurrido al Dr. Elwin y a su prometedor y joven ayudante.

A cinco mil pies del suelo, Harper empezó a esperar el estallido en cualquier momento. Descendían de prisa, pero no a una velocidad excesiva; muy pronto tendrían que moderar la marcha para no chocar violentamente. Para poner las cosas peor, habían calculado mal la velocidad del viento a nivel del suelo. Este viento infernal, imprevisible, soplaba con todas sus fuerzas otra vez.

Pudieron ver los culebreos de la nieve al ser arrancada de las arrugas rocosas y elevarse como pabellones fantasmales por debajo de ellos. Mientras marcharon con el viento, ignoraron su fuerza; pero ahora debían hacer una vez más la peligrosa transición entre la implacable roca y el cielo blandamente acogedor.

La corriente de viento les precipitó por la boca de un cañón. No tuvieron posibilidad de elevarse por encima. Estaban atrapados y tenían que escoger el mejor terreno que encontraran para bajar.

El cañón se fue estrechando de manera sobrecogedora. Ahora era poco más que una grieta vertical, y las paredes de roca se deslizaban junto a ellos a la velocidad de treinta o cuarenta millas por hora. De cuando en cuando, los ocasionales remolinos les sacudían a derecha e izquierda; frecuentemente, estuvieron a punto de chocar. Una de las veces, cuando pasaban a escasas yardas por encima de un arrecife de riscos cubiertos de espesa nieve, Harper se sintió tentado de tirar del cinturón y librarse del levitador. Pero

eso sería saltar de la sartén para caer en el fuego: podían alcanzar tierra firme sin daño, sólo para encontrarse atrapados a no se sabía cuántas millas de toda ayuda posible.

Sin embargo, aun en este momento de renovado peligro, se sentía muy poco asustado. Todo era como un sueño excitante... un sueño del que despertaría luego para encontrarse confortablemente metido en su propia cama. Esta fantástica aventura no podía sucederle a él de verdad...

- ¡George! - gritó el doctor -. ¡Esta es la ocasión... si podemos agarrarnos a esa peña!

Contaban sólo con unos segundos para actuar. Inmediatamente empezaron a lascar cuerda, hasta que quedó colgando un gran seno por debajo de ellos, cuya parte más baja corría a una yarda del suelo. Una enorme roca de unos veinte pies de alta se elevaba exactamente delante de su trayectoria; más allá, una inmensa zona cubierta de nieve les auguraba un blando aterrizaje.

La cuerda se deslizó saltando por las curvas menos pronunciadas del peñasco, pareció que iba a resbalar sin engancharse, y luego quedó atrapada bajo un saliente. Harper sintió el tirón repentino. Se quedó girando como una piedra en el extremo de una honda.

Jamás imaginé que fuera tan dura la nieve, se dijo. Después hubo una breve y brillante explosión de luz, y luego nada.

Estaba de nuevo en la universidad; en un aula. Uno de los profesores hablaba con una voz que le era familiar, aunque de algún modo no encajaba en aquel lugar. De una manera. soñolienta e indiferente, repasó la lista de los profesores de su facultad. No; desde luego, no era ninguno de ellos. Sin embargo, conocía esa voz muy bien y, evidentemente, se dirigía a alguien.

«... aún muy joven cuando comprendí que debía de haber algún error en la teoría de la gravitación de Einstein. Particularmente, parecía haber una falacia en el principio de equivalencia. Según esto, no había forma de distinguir entre los efectos producidos por la gravítación y los de la aceleración.

»Pero esto es evidentemente falso. Uno puede crear una aceleración uniforme; sin embargo, es imposible que se dé un campo gravitatorio uniforme, ya que obedece a una ley inversa muy precisa, y, por tanto, debe variar aun en distancias muy reducidas. Así que se pueden idear pruebas para distinguir entre los dos casos; esto es lo que hizo que me preguntara si...»

Las suaves palabras no dejaban en la mente de Harper más impresión que si se tratara de una lengua extranjera. Comprendió confusamente que debía entender todo esto, pero

era demasiado complicado para captar su significado. En todo caso, el primer problema consistía en averiguar dónde estaba.

A menos que le pasara algo en los ojos, se hallaba en la más completa oscuridad. Parpadeó, y el esfuerzo le produjo un tremendo dolor de cabeza que le hizo gritar.

- ¡George! ¿Se encuentra usted bien?

¡Naturalmente! Era la voz del Dr. Elwin, que hablaba suavemente en la oscuridad. Pero ¿hablando con quién?

- Tengo un dolor de cabeza terrible. Y me duele el costado cuando intento moverme. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué está tan oscuro?

- Se ha dado un golpe, y creo que se ha roto una costilla. No hable más de lo necesario. Ha estado inconsciente todo el día. Es de noche otra vez, y estamos en el interior de la tienda. Estoy ahorrando pilas.

La luz de la linterna fue casi cegadora cuando el doctor Elwin la encendió, y Harper descubrió las paredes de la pequeña tienda en torno a ellos. Había sido una suerte salir pertrechados con todo el equipo de montañismo, precisamente por si se quedaban atrapados en el Everest. Pero quizá no les sirviera más que para prolongar la agonía...

Le sorprendía que el científico, tullido como era, se las hubiese arreglado sin ayuda de ninguna clase para desempaquetar el equipo, montar la tienda y meterle a él dentro. Todo estaba colocado en orden: el instrumental de primeros auxilios, las latas de alimentos concentrados, los recipientes de agua y los cilindros pequeños y rojos de gas para la calefacción portátil. Sólo faltaban las voluminosas unidades de los levitadores; probablemente, estarían fuera de la tienda para que no ocuparan espacio.

- Estaba usted hablando a alguien cuando me he despertado - dijo Harper -. ¿O lo he soñado?

Aunque la luz indirecta reflejada por las paredes de la tienda le impedía leer la expresión del otro, se dio cuenta de que el Dr. Elwin estaba turbado. Inmediatamente comprendió por qué, y deseó no haber hecho esa pregunta.

El científico no creía que pudieran sobrevivir. Había estado grabando sus notas, por si alguna vez llegaban a descubrir sus cuerpos. Harper se preguntó tristemente si habría grabado su testamento y su última voluntad.

Antes de que Elwin pudiera contestar, cambió rápidamente de tema.

- ¿Ha llamado a la vigilancia?

- Lo vengo intentado cada media hora, pero me temo que estamos aislados por las montañas. Yo puedo oírles a ellos, pero ellos no captan nuestra señal.

El Dr. Elwin cogió el pequeño aparato transmisor - receptor que se había quitado de la muñeca y lo conectó.

- Aquí Unidad Cuatro de Vigilancia - dijo una débil voz mecánica -; estamos a la escucha.

Durante la pausa de cinco segundos, Elwin apretó el botón de S. O. S., y luego esperó.

- Aquí Unidad Cuatro de Vigilancia; estamos a la escucha.

Aguardaron un minuto entero, pero no hubo confirmación de que había sido recibida su llamada. Bueno, se dijo Harper lúgubremente, es demasiado tarde para echarnos la culpa el uno al otro ahora. Varias veces, mientras vagaban a la deriva por encima de las montañas, habían discutido sobre si llamar o no al servicio terrestre de rescate, pero habían decidido no hacerlo, en parte porque parecía inútil mientras se hallaban aún impelidos por el viento, y en parte por la inevitable publicidad que ello traería consigo. Era fácil ser sensato después de ocurrido el incidente: pero ¿quién iba a imaginar que aterrizarían en uno de los pocos lugares que quedaban fuera del alcance de la Vigilancia de Salvamento?

El Dr. Elwin apagó el transmisor, y el único ruido que siguió oyéndose en el interior de la tienda fue el débil gemido del viento que reptaba por las paredes de los montes, entre las cuales se hallaban doblemente atrapados: sin salida y sin comunicación.

- No se preocupe - dijo por fin el doctor -. Mañana por la mañana veremos la forma de salir. Hasta tanto amanezca, no hay nada que podamos hacer... salvo acomodarnos lo mejor posible. Tome esta sopa caliente.

Varias horas más tarde, a Harper se le había pasado el dolor de cabeza. Aunque sospechaba que se había fracturado una costilla, encontró una postura en la que no le dolía mientras no se moviera, y casi se sintió en paz con el mundo.

Había pasado sucesivamente por diversas fases de desesperación, irritación con el Dr. Elwin, y autorreproche por haberse dejado embarcar en tan extraña empresa. Ahora estaba sosegado otra vez, aunque su mente, buscando algún medio de escapar, trabajaba demasiado para conciliar el sueño.

Fuera de la tienda, el viento casi se había calmado y la noche era muy serena. No estaba completamente oscuro, porque había salido la Luna. Aunque no les llegaban directamente sus rayos, debía haber algún reflejo de las nieves de allá arriba. Harper divisaba un confuso resplandor en el umbral mismo de la visibilidad, filtrándose por las paredes translúcidas de la tienda.

Ante todo, se dijo, no estaban en peligro inmediato. Los alimentos durarían lo menos una semana; había nieve en abundancia, que ellos podían derretir para proveerse de agua. En un día o dos, si su costilla marchaba bien, podrían elevarse de nuevo... esta vez, esperaba, con más felices resultados.

Desde algún punto no muy lejano llegó un ruido extraño, apagado, que dejó desconcertado a Harper, hasta que comprendió que debía ser un desprendimiento de nieve. La noche era tan extraordinariamente serena que casi imaginaba oír el latido de su propio corazón: cada respiración de su compañero dormido parecía anormalmente ruidosa.

¡Era curioso cómo la mente se fijaba en las cosas más triviales! Volvió a centrar su atención en el problema de la supervivencia. Aun cuando él no estaba en condiciones de moverse, el doctor podía intentar volar. Este era uno de esos casos en que un hombre podía tener tantas probabilidades de éxito como dos.

Se oyó otro de esos blandos desprendimientos, ligeramente más fuerte esta vez. Era un poco extraño, pensó Harper, que la nieve se desprendiera en la fría quietud de la noche. Esperaba que no hubiese peligro de ningún alud; como no había tenido tiempo de ver claramente el paraje donde habían aterrizado, no podía calcular el peligro. Se preguntó si debía despertar al doctor, que sin duda habría inspeccionado minuciosamente el terreno antes de montar la tienda. Luego, fatalistamente, decidió no llamarle; si se avecinaba una avalancha de nieve, probablemente no podrían hacer gran cosa para escapar.

Volvió al problema número uno. Había una interesante solución que valía la pena considerar. Podían atar el transmisor a uno de los levitadores y dejar que se elevara. Tan pronto como el equipo saliera del cañón captarían la señal, y la vigilancia les encontraría en cuestión de unas horas... o todo lo más en unos días.

Naturalmente, esto significaba desprenderse de uno de los levitadores, y si no daba resultado, se hallarían en un aprieto todavía más grave. Pero aun así...¿Qué era eso? Lo que había sonado no era el blando ruido de la nieve. Era un débil, pero inequívoco «clic», como el de un guijarro al chocar contra otro. Y los guijarros no se mueven por sí solos.

Estás imaginando cosas, se dijo Harper para sus adentros. La idea de que alguien o algo anduviera deambulando por los altos desfiladeros del Himalaya, en medio de la noche, era completamente ridícula. Pero la garganta se le había secado repentinamente, y sintió que se le ponía la carne de gallina en la nuca. Había oído algo, y eso era una cosa imposible de desechar.

Condenada respiración la del doctor; era tan ruidosa que le resultaba imposible concentrarse en los ruidos del exterior. ¿Significaba esto que, pese a lo profundamente dormido que estaba el Dr. Elwin, su subconsciente siempre alerta le había puesto también sobre aviso? Ya estaba fantaseando otra vez...

«Clic.»

Parecía un poco más cerca. Desde luego, provenía de un lugar distinto a la vez anterior. Era casi como si algo - moviéndose con asombroso, aunque no absoluto silencio - estuviera rodeando lentamente la tienda.

Este fue el momento en que Harper deseó fervientemente no haber oído hablar jamás del abominable hombre de las nieves. Es cierto que no sabía gran cosa, pero lo poco que sabía era ya demasiado.

Recordaba que el Yeti, como le llamaban los nepalíes, era un mito himalayo que perduraba desde hacía más de cien años: era un monstruo peligroso, más grande que un hombre; jamás había sido capturado, fotografiado o descrito siquiera por ningún testigo fidedigno. La mayoría de los occidentales estaban completamente convencidos de que se trataba de una pura fantasía, y desconfiaban de los escasos rastros de huellas encontradas en la nieve, o de los trozos de piel que se conservaban en oscuros monasterios. Pero las tribus de las montañas conocían este tema mucho mejor. Y ahora Harper temía que estuvieran en lo cierto.

Luego, mientras transcurrían interminables segundos en que nada sucedía, sus temores comenzaron a disiparse lentamente. Quizá su imaginación sobreexcitada le había estado jugando alguna mala pasada; dadas las circunstancias, no era imposible. Con un deliberado y decidido esfuerzo de voluntad, concentró su pensamiento una vez más en el problema del rescate. Había conseguido enfrascarse en sus razonamientos, cuando algo vino a chocar contra la tienda.

El miedo le paralizó de tal modo los músculos de la garganta que no pudo gritar. Tampoco era capaz de movimiento alguno. En la oscuridad, junto a él oyó al Dr. Elwin agitarse aún medio dormido.

- ¿Qué es eso? - murmuró el científico -. ¿Se encuentra usted bien?

Harper oyó a su compañero que se daba la vuelta, y comprendió que estaba buscando a tientas la linterna. Quiso susurrarle.: «¡Por el amor de Dios, estese quieto!», pero no pudo salir una sola palabra de sus labios sellados. Hubo un «clic», y el haz de la linterna formó un círculo brillante en la pared de la tienda.

Dicha pared estaba combada hacia dentro como si descansara sobre ella un pesado bulto. Y en el centro de la curva había una forma absolutamente inequívoca: la silueta de

una mano deforme o de una garra. Estaba sólo a unos pies del suelo; fuera quien fuese, parecía que estaba de rodillas, manoteando sobre la tela de la tienda.

La luz debió de sobresaltarle, pues la silueta desapareció súbitamente, y la pared de la tienda volvió a recuperar su tersura. Sonó un gruñido sordo, malhumorado; luego, y durante un largo rato, reinó silencio.

Harper se dio cuenta de que volvía a respirar. Esperaba que desgarraran la tienda de un momento a otro y que se abalanzara sobre ellos algún horror inimaginable. En vez de eso, y casi como una especie de anticlímax, oyó el confuso y lejano sollozo de una ráfaga de viento en lo alto de las montañas. Estaba temblando de manera exagerada, y sus temblores no tenían nada que ver con la temperatura, ya que se estaba confortablemente caliente en el pequeño mundo aislado del interior de la tienda.

Luego sonó un ruido familiar y, a decir verdad, casi entrañable. Fue el sonido metálico de una lata vacía al chocar contra una piedra, cosa que vino a relajar un poco la tensión. Por primera vez, Harper se sintió capaz de hablar, o al menos de susurrar.

- Ha encontrado nuestras provisiones. Puede que se vaya ahora.

Casi como una respuesta, hubo un gruñido sordo que parecía de ira y decepción, luego el ruido de un golpe y el estrépito de las latas rodando en la oscuridad,

Harper recordó de pronto que todos los alimentos estaban aquí en la tienda; en el exterior había sólo latas vacías. No era un pensamiento muy alentador. Deseó haber dejado una ofrenda, como las tribus supersticiosas, a cualesquiera dioses o demonios de las montañas para haberlos podido conjurar.

Lo que sucedió a continuación fue tan repentino, tan absolutamente inesperado, que terminó antes de darle tiempo a reaccionar. Hubo un ruido de forcejeo, como de algo que era arrojado contra una roca; luego, un gemido eléctrico familiar; a continuación, un gruñido asustado.

Finalmente, sonó un paralizador chillido de rabia y frustración, el cual se convirtió inmediatamente en expresión de un agudo terror, y comenzó a perderse en la lejanía, cada vez más de prisa, y hacia arriba, en dirección al cielo vacío.

El cada vez más lejano alarido evocó un recuerdo equivalente en la memoria de Harper. Cierta vez había visto una película de principios del siglo XX sobre la historia de la aviación, en la que aparecía una secuencia realmente espantosa del despegue de un dirigible. Algunos de los ayudantes de tierra siguieron asidos a las

amarras unos segundos de más y la aeronave les había arrastrado, elevándolos hacia el cielo, y se bamboleaban debajo de ella sin poder hacer nada. Luego, uno por uno, fueron perdiendo su sujeción, cayendo a tierra.

Harper esperó a oír el - golpe lejano, pero no llegó. Luego oyó lo que el doctor decía y repetía una y otra vez:

- Había dejado los equipos atados. Había dejado los dos equipos atados.

Se encontraba aún demasiado paralizado por la intensa emoción para preocuparse por esa noticia. Al contrario, todo lo que sentía era una fría y admirablemente científica sensación de desencanto.

Ahora jamás sabría qué era lo que había estado merodeando por los alrededores de la tienda en las solitarias horas que precedieron al amanecer.

Uno de los helicópteros de rescate pilotado por un escéptico sikh que todavía se preguntaba si no sería todo una complicada broma, enfiló el cañón cuando caía la tarde. Mientras el aparato tomaba tierra en medio de un remolino de nieve, el Dr. Elwin agitaba frenéticamente un brazo y se sujetaba con otro en el borde de la tienda.

Al reconocer al científico inválido, el piloto del helicóptero experimentó una sensación de temor supersticioso. Así, pues, el informe debía ser cierto; no había ninguna otra forma posible de que Elwin llegara a este paraje. Esto significaba que todo cuanto volaba en y por encima de los cielos de la Tierra sería, a partir de este momento, una anticuada carreta de bueyes.

- Gracias a Dios que nos ha encontrado - dijo el doctor con sincera gratitud -. ¿Cómo ha llegado hasta aquí tan pronto?

- Den las gracias a la red de estaciones de radar y a los telescopios de las estaciones orbitales. Habríamos llegado antes, pero al principio creímos que todo era una broma.

- No comprendo.

- ¿Qué habría dicho usted, doctor, si alguien le hubiera informado que había un leopardo himalayo muerto enredado en una maraña de correas y cajas... flotando a una altitud constante de noventa mil pies?

Dentro de la tienda, George Harper se echó a reír, a pesar del dolor que le producía. El doctor metió la cabeza entre las lonas y preguntó ansiosamente:

- ¿Qué ocurre?

- Nada... ¡Uy! Pero me pregunto cómo vamos a bajar ese pobre animal, antes de que represente una amenaza para la navegación aérea.

- Bueno, tendrá que subir alguien con otro levitador y apretar los botones. Quizá deberíamos instalar un control por radio en todos los equipos...

La voz del Dr. Elwin se extinguió a mitad de frase. Se había sumido ya en unos sueños que cambiarían la faz de muchos mundos.

En poco tiempo, bajaría de las montañas como un nuevo Moisés, portando las leyes de una nueva civilización. Pues devolvería a toda la humanidad la libertad que hacía tiempo había perdido, cuando los primeros anfibios abandonaron su medio fluido bajo las olas.

La batalla contra la fuerza de la gravedad, que ya duraba un billón de años, había concluido.

FLUJO DE NEUTRONES

- Por deferencia a los familiares más allegados - explicó el comandante Cummerbund con morbosa fruición -, no ha sido revelada jamás la historia completa de la última misión del super - crucero Flatbusb. Ustedes saben, naturalmente, que se perdió durante la guerra contra los mucoides.

Todos nos estremecimos. Aún hoy, el sólo nombre de esos monstruos gelatinosos que, succionando, habían venido hacia la Tierra procedentes del Saco de Carbón, suscitaba recuerdos nauseabundos.

- Yo conocía mucho al hombre que lo mandaba: el capitán Karl van Rinderpest, héroe que ordenó el ataque final a esos seres indecibles, espantosos. ¡Aj!

Guardó cortésmente silencio para darnos tiempo a destaponar nuestros oídos y limpiar las bebidas que se nos habían derramado.

- El Flatbush había lanzado una salva de inversores de probabilidad contra el planeta originario de los mucoides, y luego puso nuevamente rumbo al espacio, escoltado por tres destructores: el ruso Lieutenant Kizbe, el israelí Chutzpah y el inglés Insuf ferable. Estaban aún acelerando, cuando sucedió un accidente fantásticamente inverosímil. El Flatbush se precipitó directamente en el pozo gravitatorio de una estrella de neutrones.

Cuando se sosegaron nuestras manifestaciones de horror e incredulidad, prosiguió gravemente:

- Sí... una esfera de materia recientemente condensada, de sólo diez millas de diámetro, aunque maciza como un sol, y, por tanto, de una gravedad en superficie equivalente a cien billones la de la Tierra. Las otras naves tuvieron suerte. No hicieron más que bordear el límite exterior de su campo y lograron escapar, aunque sus trayectorias se desviaron casi unos ciento ochenta grados. Pero el Flatbush, según calculamos más tarde, debió pasar a unas docenas de millas de esa inconcebible

concentración de masa, sufriendo consiguientemente toda la violencia de su fuerza de atracción gravitatoria. Ahora bien, en cualquier campo gravitatorio normal - incluso el del White Dwarf, que quizá sea un millón de g superior al de la Tierra -, giras en torno a su centro de atracción y sales proyectado hacia el espacio otra vez, sin el menor percance. En el punto más próximo puedes experimentar una aceleración de cientos o miles de g... pero vuelves a la caída libre, por lo que no se producen efectos físicos. Siento insistir sobre lo que es evidente, pero me doy cuenta que no todos los presentes están técnicamente preparados.

Si lo dijo con intención de zaherir al «Manílargo» Geldclutch, intendente general de la Flota, éste no se percató de nada, ya que se hallaba en plena degustación de su quinto vaso de delectable zumo marciano.

- Una estrella de neutrones, empero, no es un astro normal. Cerca del centro de su masa, el gradiente gravitatorio - es decir, la razón a la que varía el campo gravitatorio con la distancia - es tan enorme que, aun a través de la anchura de un cuerpo tan pequeño como el de una nave espacial, puede haber una diferencia de cien mil g. No necesito decirles qué efectos produce esa clase de campo sobre cualquier objeto material. El Flatbush debió saltar en pedazos casi instantáneamente, y los pedazos fluirían como el agua en los pocos segundos que tardaron en girar en torno a la estrella. Luego, volvieron a ser proyectados al espacio. Meses más tarde, un barrido del radar de la Unidad de Salvamento localizó algunos restos. Yo los he visto: son burujos de formas surrealistas, de los metales más resistentes que poseemos, retorcidos y mezclados como una pasta de melaza. Sólo uno de los trozos pudo ser reconocido; debió de pertenecer al equipo de herramientas de algún infortunado ingeniero.

La voz del comandante se hizo casi inaudible, y dejó escapar una lágrima viril.

- Verdaderamente, odio tener que decir esto - suspiró -. Pero el único fragmento identificable del orgullo de la Flota Espacial de los Estados Unidos era... una llave de tuercas magullada por las estrellas

TRÁNSITO DE LA TIERRA

Probando, uno, dos, tres, cuatro, cinco...

Habla Evans. Quiero seguir grabando hasta donde sea

posible. Esta cápsula es de dos horas de duración, pero
no creo que la llene.

Esa fotografía me ha obsesionado toda la vida; ahora, demasiado tarde, comprendo por qué. (Pero ¿habría importado mucho si lo hubiese sabido antes? Esa es una de las cuestiones absurdas y sin respuesta, a las que el pensamiento da vueltas interminablemente, como la lengua que explora una muela rota.)

Hace años que no la he visto, pero no tengo más que cerrar los ojos y vuelvo a encontrarme ante un paisaje casi tan hostil - y tan hermoso - como éste. Cincuenta millones de millas en dirección al Sol, y setenta y dos años más atrás, cinco hombres posan ante la cámara en medio de las nieves del Antártico. Ni siquiera los voluminosos abrigos de pieles pueden ocultar el agotamiento y la derrota que revela cada línea de sus cuerpos; y sus rostros están marcados ya por la muerte.

Ellos eran cinco. Nosotros también, y, naturalmente, nos hicimos como ellos una fotografía del grupo. Pero todo lo demás ha resultado distinto. Nosotros estábamos sonriendo... alegres, confiados. Y a los diez minutos, nuestros retratos aparecieron en todas las pantallas de la Tierra. En cambio, tuvieron que transcurrir meses antes de que encontraran la cámara de ellos y la trajeran de nuevo a la civilización.

Y nosotros morimos a gusto, con todas las comodidades modernas... muchas de las cuales jamás habría podido imaginar Robert Falcon Scott cuando estuvo en el Polo Sur en 1912.

Dos horas más tarde. Comenzaré a registrar la hora exacta cuando empiece a tener importancia.

Todos los hechos están en el diario de navegación, y a estas alturas ya los conoce todo el mundo. Así, pues, supongo que insisto en esto para ordenar mis pensamientos, para convencerme de que hay que afrontar lo inevitable. El problema está en que no estoy seguro de qué temas son los que hay que eludir y cuáles los que hay que abordar. Bueno, sólo hay una manera de averiguarlo.

Primero y principal: dentro de veinticuatro horas a lo más se habrá agotado todo el oxígeno, lo que me deja ante las tres clásicas alternativas. Puedo dejar que actúe el dióxido de carbono hasta que me deje inconsciente. Puedo salir al exterior y rasgarme el traje, dejando que Marte haga el trabajo en dos minutos. O puedo recurrir a una de las tabletas del botiquín.

Aumento del C02. Todo el mundo dice que es muy fácil... como dormirse. No dudo que sea cierto; desdichadamente, en mi caso, está asociado con la pesadilla número uno...

Quisiera no haberme tropezado con ese maldito libro titulado Historias verídicas de la Segunda Guerra Mundial, o como se llame. Había un capítulo sobre un submarino alemán que fue descubierto y sacado del agua después de la guerra. Aún estaba dentro la tripulación: en cada litera había dos hombres, y en medio de cada dos esqueletos, el equipo de respiración que habían compartido...

Bueno, al menos esto no sucederá aquí. Pero sé que, con mortal necesidad, tan pronto como empiece a resultarme difícil respirar, me encontraré de nuevo en ese fatal bote-U.

Entonces, ¿la vía más rápida? Cuando te expones al vacío te quedas inconsciente en cuestión de diez o quince segundos, y los que han sufrido esta experiencia dicen que no es dolorosa... sino rara, más bien. Pero tratar de respirar algo que no existe me lleva inequívocamente a la pesadilla número dos.

Esta vez se trata de una experiencia personal. De chiquillo solía bucear bastante a pulmón libre, cuando mi familia iba al Caribe de vacaciones. Había un viejo carguero, hundido hacía veinte años, que tenía la cubierta sólo un par de yardas por debajo de la superficie. Casi todas las escotillas estaban abiertas, así que era fácil entrar, coger recuerdos y pescar los peces de gran tamaño que suelen esconderse en esos sitios.

Naturalmente, era un poco peligroso si no lo hacías con un equipo de inmersión. Así que, ¿qué niño podía resistir el desafío?

Mi exploración favorita consistía en sumergirme por una de las escotillas de la cubierta de proa, cubrir a nado los cincuenta pies de largo que tenía el corredor, débilmente iluminado por los portillos, a una yardas de distancia, subir luego por un pequeño tramo de escaleras y salir a la superficie por una puerta de la destrozada superestructura. El trayecto completo se hacía en menos de un minuto: era una inmersión fácil para cualquiera que gozara de buenas condiciones físicas. Había tiempo, incluso, para echar alguna mirada o para jugar con los pocos peces que encontraba en el camino. A veces, para variar, invertía el orden entrando por la puerta y saliendo por la escotilla.

Ese fue el recorrido que hice la última vez. Hacía una semana que no buceaba - había habido un fuerte temporal y la mar estuvo demasiado movida -, así que estaba impaciente por volver otra vez.

Respiré profundamente en la superficie durante unos minutos, hasta que sentí hormigueo en la punta de los dedos, lo cual me indicó que era el momento de parar. Luego me zambullí y me deslicé suavemente por el negro rectángulo de la puerta abierta.

Tenía un aspecto siniestro, amenazador... y eso le daba mayor emoción. Durante los primeros segundos me:encontré casi completamente a ciegas; el contraste entre la intensa luz tropical que reinaba encima del agua y la oscuridad que había bajo cubierta era tan grande, que tardé un rato en acostumbrar la vista.

Normalmente, recorría medio pasillo antes de poder distinguir nada con claridad. Luego, la iluminación aumentaba progresivamente a medida que me acercaba a la escotilla abierta, donde una barra de luz solar pintaba un rectángulo deslumbrante en el suelo de metal herrumbroso y cubierto de lapas.

Estaba casi llegando a la salida cuando me di cuenta de que esta vez la luz no aumentaba. No tenía la sesgada columna de luz delante de mí que me guiara al mundo del aire y de la vida.

Tuve un segundo de desconcierto y confusión, y me pregunté si no me habría extraviado. Luego me di cuenta de lo que había sucedido... y mi confusión se convirtió en pánico. Durante el temporal, debió cerrarse la escotilla de golpe. Y pesaba lo menos un cuarto de tonelada.

No recuerdo el momento en que di la vuelta; lo único que recuerdo es que retrocedía nadando muy despacio y me decía: sin prisas; el aire durará más si nado despacio. Podía ver muy bien ahora, porque mis ojos habían tenido tiempo de sobra para habituarse a la oscuridad. Había cantidades de detalles que nunca había observado antes, como el pez rojo que me espiaba en la sombra, las hojas verdes y las algas que crecían en las pequeñas manchas de luz, cerca de los portillos, y hasta una bota de goma, en excelente estado al parecer, que yacía aún donde alguien debió de tirarla. Y una de las veces, a un lado, fuera del corredor, vi un mero grande que me miraba con ojos bulbosos y gruesos labios entreabiertos, como asombrado por mi intrusión.

La cinta que me oprimía el pecho se estaba poniendo cada vez más tirante. Era imposible contener por más tiempo la respiración. Sin embargo, la escalera parecía que aún estaba a una distancia casi infinita. Dejé escapar por la boca algunas burbujas de aire. Esto alivió la situación de momento; pero, una vez exhaladas, el dolor de pulmones se me hizo aún más insoportable.

Ya era inútil intentar conservar las fuerzas repaleando pausada y constantemente las aletas. Aspiré las últimas pulgadas cúbicas de aire que contenía la máscara - con lo que ésta se me aplastó contra la nariz - y las hice llegar a mis exhaustos pulmones. Al mismo tiempo, cambié de marcha y aceleré con el último ápice de fuerza...

Y eso es todo lo que recuerdo, hasta que me encontré farfullando y tosiendo a la luz del día, agarrado a la cepa del mástil destrozado. El agua, a mi alrededor, estaba teñida de

sangre, sin que yo supiera por qué. Luego, para asombro mío, noté una herida profunda en mi pantorrilla derecha. Debí cortarme con algún obstáculo afilado, pero no llegué a darme cuenta ni a sentir ningún dolor.

Ese fue el final de mis buceos a pulmón libre, hasta que empecé los entrenamientos astronáuticos, diez años más tarde, y tuve que descender al simulador de gravedad - cero subacuático. Entonces era diferente, porque utilizaba escafranda autónoma. Pero tuve momentos muy desagradables, y temí que los psicólogos me lo notaran; así que tuve siempre la precaución de no agotar nunca mis botellas. Ya había estado una vez a punto de asfixiarme y no tenía intención de correr nuevamente ese riesgo...

Sé exactamente qué se siente al aspirar una bocanada del casi - vacío que reina en Marte. No, gracias. Entonces, ¿qué tiene de malo el veneno? Nada, supongo. La pastilla que llevamos actúa en sólo quince segundos, nos han dicho. Pero todos mis instintos se oponen, aun cuando no hay otra alternativa en perspectiva.

¿Llevaba Scott veneno consigo? Lo dudo. Y si lo levaba, estoy seguro de que no llegó a utilizarlo.

No voy a ponerme a discutir esto. Supongo que de algo sirve. Pero no estoy seguro.

La radio acaba de transmitirme un mensaje de la Tierra, recordándome que el tránsito empieza dentro de dos horas. Como si fuera yo a olvidarlo... cuando han muerto ya cuatro hombres, y puede que sea yo el primer ser humano en presenciarlo. Y el único, hasta dentro de cien años exactamente. No es frecuente que el Sol, la Tierra y Marte se coloquen en línea tan limpiamente; la última vez ocurrió en 1905, cuando el pobre Lowell escribía aún aquellas tonterías sobre los canales y la espléndida, aunque ya moribunda civilización que los había construido. Lástima que fuera una completa fantasía.

Será mejor que revise el telescopio y los instrumentos de cronometraje.

El Sol está tranquilo hoy... seguramente porque se encuentra, en definitiva, próximo a la mitad de su ciclo. Sólo se aprecian unas pocas manchitas y algunas zonas más pequeñas de perturbaciones a su alrededor. El tiempo solar será tranquilo en los próximos meses. Esa es una de las cosas por las que los demás no tendrán que preocuparse al regresar a casa.

Creo que el peor momento fue cuando vimos cómo se alejaba el Olympus de Fobos y puso proa a la Tierra. Aun cuando sabíamos desde hacía semanas que no se podía hacer nada, eso fue el portazo definitivo.

Era de noche, y pudimos presenciarlo todo perfectamente. Fobos había surgido del Oeste unas horas antes, Y había iniciado su loca carrera hacia atrás a través del cielo, aumentando de tamaño y pasando de un delgado creciente a una media luna; antes de alcanzar el cenit, desaparecería al sumergirse en la sombra de Marte y quedar completamente eclipsado.

Habíamos estado escuchando la cuenta atrás, naturalmente, tratando de atender a nuestro trabajo normal. No fue fácil aceptar finalmente el hecho de que, de los quince que habíamos venido a Marte, sólo diez regresarían. Aun entonces, supongo que había millones de seres en la Tierra que no comprendían aún. Debió resultarles imposible de creer que el Olympus no pudiera descender tan sólo cuatro mil millas para recogernos. Sobre la Administración Espacial llovieron los más extravagantes proyectos de rescate; y sabe Dios lo que pensamos nosotros. Pero cuando, por último, cedió la capa de hielo bajo la pista de despegue tres y se volcó el Pegasus, se acabó. Todavía parece un milagro que no saltara la nave por los aires al reventar el tanque de combustible...

Pero estoy divagando otra vez. Volvamos a Fobos y a la cuenta atrás.

Por el monitor del telescopio pudimos ver claramente la agrietada meseta allí donde el Olympus había tomado tierra después de separarnos e iniciar nuestro propio descenso. Aunque nuestros amigos no llegaron a aterrizar en Marte, al menos tenían un pequeño mundo a su disposición para explorar; aun tratándose de un satélite tan reducido como Fobos, tocaban a treinta millas cuadradas por hombre. Era una considerable cantidad de terreno para buscar minerales extraños y residuos del espacio... o para grabar tu nombre para que las edades venideras supiesen que fuiste tú el primero en pasar por aquí.

La nave se veía nítidamente como un cilindro brillante y aparrado, recortado sobre el gris oscuro de las rocas; de cuando en cuando, alguna de sus superficies planas captaba la luz del sol presuroso, y refulgía como el vivo resplandor de un espejo. Unos cinco minutos antes del despegue, el cuadro se volvió súbitamente rosa, luego rojo... y después se desvaneció totalmente, al precipitarse Fobos en su eclipse.

Se encontraba aún la cuenta atrás a diez segundos, cuando nos sorprendió - un fogonazo. Por un momento temimos que el Olympus hubiera sufrido una catástrofe.

Luego nos dimos cuenta de que era alguien que estaba filmando el despegue, y había encendido los reflectores del exterior.

Durante los pocos segundos restantes, creo que olvidamos todos, lo apurada que era nuestra propia situación; estábamos a bordo del Olympus, deseosos de verlo partir sin obstáculos y salir del reducido campo gravitatorio de Fobos, para alejarse luego de Marte

en dirección al Sol. Oímos decir al comandante Richmond: «Ignición»; hubo una breve interferencia, y el círculo de luz comenzó a desplazarse en el campo visual del telescopio.

Eso fue todo. No hubo ninguna llamarada de fuego porque, naturalmente, no hay ignición propiamente dicha en el encendido de un cohete nuclear. «¡Encendido!» Ese es otro residuo de la vieja tecnología química. Pero el chorro de hidrógeno caliente es totalmente invisible; es una lástima que no volvamos a ver nunca algo tan espectacular como el despegue de un Saturno o de un Korolov.

Poco antes de finalizar el encendido, el Olympus abandonó la sombra de Marte y surgió a la luz del sol otra vez, reapareciendo casi tan instantáneamente como un astro brillante que se desplazara a gran velocidad. La laminosa llamarada debió sobresaltarles a bordo de la;nave, porque se oyó gritar a alguien:

- ¡Cerrad el portillo!

Luego, unos segundos más tarde, anunció Richmond:

- Ha despegado.

Pasara lo que pasara, el Olympus se dirigía ya irrevocablemente hacia la Tierra.

Una voz que no reconocí - aunque debió ser la del comandante - dijo:

- Adiós, Pegasus.

Y la transmisión se cortó. Naturalmente, no había por qué decir «buena suerte». Eso estaba decidido desde hacía semanas.

Acabo de escuchar este registro. Hablando de suerte, existe una compensación, aunque no para nosotros. Con una tripulación de sólo diez miembros, el Olympus ha podido descargar un tercio de su carga, eliminando varias toneladas de peso. Así que ahora llegará a casa un mes antes de lo previsto.

Muchas cosas les pueden haber ido mal en este mes; y quizá hayamos salvado la expedición. Naturalmente, nosotros no lo sabremos jamás... pero es hermoso creer que sí.

He estado poniendo música a todo volumen... ahora que no puede molestar a nadie. Aunque hubiese marcianos, no creo que este fantasma de atmósfera les llevara el sonido más allá de unas cuantas yardas.

Tenemos una preciosa colección, pero debo poner mucho cuidado en elegir. Nada triste ni nada que requiera demasiada concentración. Sobre todo, nada de voces humanas. Así que me limitaré a poner lo más ligero de la música clásica. La sinfonía del «Nuevo Mundo» y el concierto para piano de Grieg llenarán el programa perfectamente.

En este momento estoy escuchando la «Rapsodia sobre un tema de Paganini», de Rachmaninoff; pero ahora debo apagar y volver a mi trabajo.

Sólo faltan ya cinco minutos. Todo el equipo se encuentra en perfectas condiciones. El telescopio va siguiendo el Sol, el vídeo - grabador está preparado y el cronómetro de precisión continúa marchando.

Estas observaciones las haré lo más fielmente que pueda. Se lo debo a mis camaradas perdidos, con quienes no tardaré en reunirme. Ellos me dieron su oxígeno, por eso estoy vivo aún en este momento. Espero que recordéis esto dentro de cien o mil años, cuando metáis estos datos en vuestras computadoras...

Sólo falta un minuto; la cosa va a empezar. Para el archivo: año, 1984; mes, mayo; día, II; van a ser las cuatro horas treinta minutos por el Tiempo de Efemérides... ahora.

Medio minuto para el contacto. Pongo en marcha la grabadora y el cronómetro para altas velocidades. Acabo de comprobar otra vez el ángulo de posición para asegurarme de que estoy mirando la mancha correcta del borde exterior del Sol.

Utilizo una potencia de quinientos: la imagen es perfectamente firme, incluso desde esta escasa elevación.

Las cuatro treinta y dos. De un momento a otro... Ahí está... ¡ahí está! ¡Casi no puedo creerlo! Es una mella negra y diminuta en el mismo borde del Sol... va aumentando, aumentando, aumentando...

Hola, Tierra. Miradme ahora. Soy el astro más brillante de vuestro firmamento, exactamente en lo alto de la cúspide de la medianoche...

Reduzco velocidad grabadora.

Las cuatro treinta y cinco. Parece como si un pulgar hundiera más y más el borde del Sol... Es fascinante...

Las cuatro y cuarenta y un minutos. Ahora está exactamente en la mitad. La Tierra es un perfecto semicírculo negro, un mordisco en el Sol. Es como si lo estuviera devorando alguna enfermedad...

Las cuatro y cuarenta y ocho. Ingresan las tres cuartas partes completas.

Las cuatro, cuarenta y nueve minutos, treinta segundos. Pongo grabadora a alta velocidad otra vez.

La línea de contacto con el borde del Sol está disminuyendo rápidamente. Ahora no es más que un hilo de oscuridad apenas perceptible. La Tierra va a superponerse enteramente sobre el Sol.

Ahora puedo ver los efectos de la atmósfera. Hay un halo tenue de luz que envuelve el negro agujero del Sol. Qué extraño resulta pensar que estoy viendo el resplandor de

todas las puestas de sol - y de todos los amaneceres - que tienen lugar en toda la redondez de la Tierra en este preciso momento...

Ingreso completo: son las cuatro horas, cincuenta minutos, cinco segundos. El mundo entero se ha adentrado en la faz del Sol. Ahora es un disco negro perfectamente circular, recortado sobre ese infierno, noventa millones de millas más abajo. Parece más grande de lo que me esperaba; uno podría confundirla fácilmente con una mancha solar de considerables dimensiones.

Ya no hay nada más que ver hasta dentro de seis horas, en que aparecerá la Luna siguiendo a la Tierra a una distancia de medio diámetro solar. Enviaré los datos grabados al Lunacom; luego trataré de descabezar un sueño.

Mi último sueño. Me pregunto si necesitaré tomar píldoras. Es una lástima desperdiciar estas últimas horas, pero quiero conservar mi fuerza... y mi oxígeno.

Creo que fue el Dr. Johnson quien dijo que nada serena tanto la mente de un hombre como el saber que será ahorcado por la mañana. ¿Cómo diablos lo sabía él?

Tiempo de Efemérides, las diez y treinta minutos. El Dr. Johnson tenía razón. Me he tomado sólo una píldora y no recuerdo haber soñado nada.

Los condenados también desayunaban abundantemente. Borraré esto...

Vuelvo al telescopio. Ahora la Tierra está en medio del disco, pasando bastante al norte del centro. Dentro de diez minutos veré la Luna.

He conectado el telescopio a toda su potencia: dos mil. La imagen es ligeramente borrosa, pero todavía es bastante buena; el halo atmosférico es muy nítido. Espero ver las ciudades del lado oscuro de la Tierra...

No ha habido suerte. Probablemente hay demasiadas nubes. Es una lástima; teóricamente es posible, pero nunca se consigue. Me gustaría... pero no importa.

Las diez cuarenta. Grabadora a velocidad reducida. Espero estar mirando al punto correcto.

Faltan quince segundos. Grabadora a alta velocidad. ¡Maldita sea!... He fallado. No importa, la grabadora habrá captado el momento exacto. Hay una pequeña muesca en el borde del Sol. El primer contacto ha debido de ocurrir a las diez, cuarenta y un minutos, veinte segundos, Tiempo de Efemérides.

Qué grande es la distancia entre la Tierra y la Luna; entre una y otra hay como la mitad de la anchura del Sol, Parece increíble que esos dos cuerpos celestes tengan nada que ver el uno con el otro. Eso da idea de lo inmenso que es el Sol...

Las diez y cuarenta y cuatro. La Luna está centrada exactamente sobre el borde del Sol. Es un mordisco limpio y semicircular en el borde del Sol.

Las diez, cuarenta y siete minutos, cinco segundos. Contacto interior. La Luna ha dejado el borde, está completamente en el interior del Sol. Supongo que no podré ver nada en la oscuridad del alrededor, pero aumentaré la potencia.

Esto sí que tiene gracia.

Bien, bien. Alguien ha debido estar tratando de comunícarse conmigo; hay una luz diminuta intermitente que va desapareciendo en la cara oscura de la Luna. Probablemente es el láser de la base Imbrium.

Lo siento, señores. Ya he dicho todos los adioses que tenía que decir, y no quiero empezar otra vez. Nada importa ya.

Sin embargo, es casi hipnótico... el parpadeo de ese puntito luminoso que proviene de la misma cara del Sol. Cuesta creer que, aun después de haber recorrido toda esta distancia, el rayo de luz tenga una anchura de sólo un centenar de millas. El Lunacom se está tomando todos los cuidados para apuntar directamente sobre mí, y supongo que debería sentirme culpable por ignorarles. Pero no. Yo casi he terminado lo que tenía que hacer; y las cosas de la Tierra no me conciernen ya.

Las diez y cincuenta minutos. Desconecto la grabadora. Eso es todo, hasta que finalice el tránsito de la Tierra, que será dentro de dos horas.

Me he tomado un tentempié y estoy echando mi última mirada desde la cúpula de observación. El Sol está alto aún, así que no hay mucho contraste, pero la luz realza vívidamente todos los colores: las innumerables variedades de rojo y rosa y carmesí, tan sorprendentes sobre el azul intenso del firmamento. Qué diferencia con la Luna, aunque ésta tiene también su belleza.

Es extraño lo sorprendente que puede ser la cosa más palpable. Todos sabían que Marte era rojo. Pero en realidad no esperábamos que fuera el rojo de la herrumbre, el rojo de la sangre. Como el Desierto Pintado de Arizona; después de contemplarlo un rato, el ojo siente deseos de verde.

Hacia el norte hay un agradable cambio de color: el casquete de nieve de dióxido de carbono sobre el Mount Burroughs es una pirámide blanca deslumbrante. Esa es otra sorpresa. Está a veinte mil pies por encima de Mean Datum; cuando yo era niño se suponía que no había montañas en Marte...

La duna arenosa más próxima está a un cuarto de milla, y hay también zonas de hielo en la ladera que da la sombra. Durante la última tormenta, creímos que se había movido

algunos pies, pero no estábamos seguros. Evidentemente, las dunas se mueven, como las de la Tierra. Un día, supongo, esta base quedará cubierta... para volver a aparecer únicamente dentro de mil años. O de diez mil.

Ese extraño grupo de rocas - el Elefante, el Capitolio, el Obispo - guardan todavía su secreto, y me atormentan con el recuerdo de nuestra primera decepción. Habríamos sido capaces de jurar que eran sedimentarias; ¡con qué ansiedad nos lanzamos en busca de fósiles! Aún hoy, ignoramos cómo se formó ese grupo rocoso. La geología de Marte sigue siendo un montón de contradicciones y enigmas...

Hemos dejado bastantes problemas para el futuro, y a quienes vengan después de nosotros se les plantearán bastantes más. Pero hay un misterio que jamás hemos comunicado a la Tierra, ni hemos consignado en el diario de a bordo...

La primera noche, después de aterrizar, establecimos turnos de vigilancia. Y estaba Brennan cumpliendo su guardia cuando me despertó poco después de las doce de la noche. Me enfadé - todavía no era mi turno -, y entonces me contó que había visto moverse una luz alrededor del Capitolio.

Estuvimos mirando lo menos una hora, hasta que me tocó el relevo. Pero no vimos nada; fuera lo que fuese la luz aquella no volvió a aparecer.

Ahora bien, Brennan era tan sensato y falto de imaginación como el que más; y si dijo que había visto una luz, es que la había visto. Puede que fuera alguna especie de descarga eléctrica, o el reflejo de Fobos en la cara de alguna roca pulida por la arena. En cualquier caso, decidimos no dar parte del incidente al Lunacom, a menos que la viéramos otra vez.

Desde que me he quedado solo me despierto a menudo a medianoche y me pongo a contemplar las rocas. A la débil iluminación de Fobos y Deimos, me recuerdan la silueta de una ciudad a oscuras recortada contra el cielo. Siempre ha estado a oscuras. Porque a mí jamás se me ha aparecido luz alguna...

Tiempo de Efemérides, las doce cuarenta y nueve. El último acto va a empezar. La Tierra ya casi ha alcanzado el borde del Sol. Los dos afilados cuernos de luz que aún la abrazan apenas se tocan ya...

Grabadora a alta velocidad.

¡Contacto! Son las doce horas, cincuenta minutos, dieciséis segundos. Los crecientes de luz se han separado. Una diminuta mancha negra ha aparecido en el borde del Sol, al tiempo que la Tierra empieza a cruzarlo. Ya va alargándose más y más...

Grabadora a velocidad moderada. Faltan dieciocho minutos para que la Tierra se separe del todo de la cara del Sol.

A la Luna aún le queda más de la mitad del camino por recorrer; aún no ha alcanzado el punto medio de su tránsito. Parece una manchita de tinta, del tamaño de un cuarto de la Tierra. Y ya no parpadea en ella ninguna luz. El Lunacom debe haber desistido.

Bueno, me queda exactamente un cuarto de hora de vida aquí en mi último hogar. El tiempo parece acelerarse a la manera como corren los últimos minutos que preceden a un lanzamiento. No importa; ahora ya he hecho todo lo que tenía que hacer. Puedo incluso relajarme.

Ya siento que formo parte de la historia. Estoy como estaba el capitán Cook en Tahití, allá por el año 1769, contemplando el tránsito de Venus. De no ser por esa imagen de la Luna qué va detrás, la escena podía ser exactamente la misma...

¿Qué habría pensado Cook hace más de doscientos años si hubiera sabido que un día un hombre iba a observar el tránsito de la Tierra desde un mundo distinto? Estoy seguro de que se habría quedado mudo de estupor... y luego de alegría...

Pero me siento más identificado con un hombre que no haya nacido todavía. Espero que oigas estas palabras, quienquiera que seas. Quizá te encuentres aquí, en este mismo sitio, dentro de cien años, cuando acontezca el próximo tránsito.

¡Saludos al 10 de noviembre de 2084! Te deseo mejor suerte de la que hemos tenido nosotros. Supongo que habrás venido en una lujosa nave. O puede que hayas nacido en Marte y seas un extranjero en la Tierra. Sabrás cosas que yo no puedo ni imaginar. Sin embargo, en cierto modo no te envidio. Ni siquiera me cambiaría por ti, de tener esa posibilidad.

Porque tú recordarás mi nombre y sabrás que fui el primer ser humano que vio el tránsito de la Tierra. Y nadie verá otro en un período de cien años...

Las doce y cincuenta y nueve minutos. Exactamente en mitad de la egresión. La Tierra es un semicírculo perfecto: una sombra negra sobre la cara del Sol. Todavía no puedo sustraerme a la impresión de que algo ha producido esa enorme mordedura en el disco de oro. Dentro de nueve minutos se habrá ido, y el Sol estará entero otra vez.

Las trece y siete minutos. Grabadora a alta velocidad. Ya casi ha salido la Tierra. Ahora es sólo una leve abolladura negra en el borde del Sol. Podría confundirse fácilmente con una pequeña mancha próxima al borde.

Las trece y ocho minutos.

Adiós, Tierra maravillosa.

Se va, se va, se va. ¡Adiós, ad...!

Ya vuelvo a sentirme mejor. He transmitido todos los cronos. Dentro de cinco minutos irán a sumarse al saber acumulado de la humanidad. Y el Lunacom sabrá que me he mantenido en mi puesto.

Pero no voy a enviar esto. Voy a dejarlo aquí, para la próxima expedición... venga cuando venga. Tendrán que pasar diez o veinte años antes de que nadie vuelva a venir por aquí. No van a volver a un lugar ya conocido, cuando hay todo un mundo aguardando a ser explorado...

Así que esta cápsula se quedará aquí, igual que se quedó el diario de Scott en su tienda, hasta que la descubran los próximos visitantes. Pero a mí no me encontrarán.

Es extraño lo difícil que me resulta apartar el pensamiento de Scott. Creo que me ha dado una idea. Porque su cuerpo no se quedó allí, eternamente congelado en el Antártico, aislado del gran ciclo de la vida y la muerte. Hace mucho tiempo, aquella tienda solitaria emprendió su marcha hacia la mar. En pocos años quedó enterrada en la nieve y se convirtió en parte del glaciar que repta eternamente, alejándose del Polo. Y en pocos siglos el marinero habrá regresado a la mar. Y entonces Scott se fundirá una vez más con los seres vivientes: será placton, focas, pingüinos, ballenas y toda la inmensa fauna del océano Antártico.

No hay océanos aquí en Marte, ni los ha habido desde hace lo menos cinco billones de años. Pero existe alguna clase de vida, allá en las tierras yermas del

Caos II, que jamás tuvimos tiempo de explorar.

Ahí están esas manchas móviles que aparecieron en las fotografías orbitales. Y las pruebas de que todas las regiones de Marte han sido limpiadas de cráteres por fuerzas distintas a la erosión. Y la cadena larga de átomos de carbono ópticamente activo, captada en las moléculas por los analizadores atmosféricos.

Y, por supuesto, el misterio del Viking 6. Hasta hoy no ha habido nadie capaz de encontrar sentido a las últimas lecturas del aparato, antes de que algo enorme y pesado aplastara la sonda, hundiéndola en las inmóviles y frías profundidades de la noche marciana...

¡Y que no me hablen de formas de vida rudimentaria en un lugar como éste! Todo cuanto haya sobrevivido aquí ha de ser tan complejo que a su lado pareceremos torpes como dinosaurios.

Todavía queda suficiente combustible en los tanques de la nave para poner en marcha el vehículo de Marte y recorrer el planeta. Me quedan tres horas de luz natural... el tiempo suficiente para bajar a los valles y dar una vuelta por Caos.

Después de la puesta de sol, aún me será posible alcanzar una velocidad discreta con los faros delanteros. Será romántico conducir en la noche bajo las lunas de Marte...

Una cosa quiero consignar antes de marcharme. No me agrada ver cómo yace Sam ahí fuera. Era siempre tan apuesto, tan gallardo. No parece justo que esté ahí con ese aspecto desgalichado ahora. Debo hacer algo.

Me pregunto si podría recorrer yo un trecho de trescientos pies sin traje, caminando despacio, sin detenerme... como hizo él, hasta el mismísimo final.

Debo procurar no mirarle a la cara.

Ya está. Ya lo tengo todo cabalmente dispuesto para la marcha.

La terapia ha dado resultado. Me siento perfectamente bien... incluso satisfecho, ahora que sé exactamente qué es lo que voy a hacer. Las pesadillas de antes han perdido su poder.

Es cierto: todos morimos solos. No importa, al final, encontrarse a cincuenta millones de millas de casa. Voy a disfrutar de un paseo por ese paisaje maravillosamente pintado. Pensaré en todos aquellos que han fantaseado sobre Marte: Wells y Lowell y Burroughs y Weinbaum y Bradbury. Todos estaban equivocados... aunque la realidad es tan extraña y hermosa como ellos la imaginaron.

No sé qué es lo que me espera ahí fuera, y probablemente no lo veré jamás. Pero en este mundo desmedrado debe haber unas desesperadas ansias de carbono, de fósforo, de oxígeno, de calcio. Puede que se sirvan de mí.

Y cuando mi alarma de oxígeno dé un «ping» final en algún paraje de esa soledad fantasmal, terminaré con elegancia. Tan pronto como sienta dificultad en respirar, saldré del vehículo marciano y empezaré a caminar... con un magnetófono conectado a mi casco a todo volumen.

Como expresión de poder y gloria absolutos, triunfantes, no hay nada que pueda compararse a la «Toccata y Fuga en Re». No me dará tiempo a oírla entera; pero no importa.

Johann Sebastian, allá voy.

ENCUENTRO CON MEDUSA

1 - Un día memorable

Se hallaba el Queen Elizabeth a más de tres millas de altura, por encima del Gran Cañón, vagando a la cómoda velocidad de ciento ochenta, cuando Howard Falcon localizó la plataforma de la cámara que se aproximaba por la derecha. Había estado esperándolo - ninguna otra cosa podía volar a esta altura -, pero no le hacía demasiada gracia tener compañía. Aunque recibía con agrado cualquier muestra de interés público, también quería tener el cielo lo más despejado posible. Al fin y al cabo era el primer hombre en la historia que navegaba en un navío de tres décimas de milla de eslora...

Hasta ahora, este primer vuelo de prueba se estaba realizando a la perfección; irónicamente, el único problema había sido la vetusta nave Chairman Mao, solicitada al Museo Naval de San Diego para que sirviera de base a las operaciones. Sólo uno de los cuatro reactores nucleares del Mao funcionaba todavía, y la velocidad tope del viejo portaaviones apenas alcanzaba los treinta nudos. Afortunadamente, la velocidad del viento al nivel del mar había sido menos de la mitad, por lo que no resultó demasiado difícil mantenerse sobre la cubierta de despegue. Aunque habían pasado unos momentos de ansiedad al comenzar las ráfagas de viento en el instante de soltar amarras, el enorme dirigible se había elevado suave y verticalmente hacia el cielo, como impulsado por un ascensor invisible. Si todo marchaba bien, el Queen Elizabeth IV no regresaría al Chairman

Mao hasta dentro de una semana.

Todo estaba bajo control; todos los instrumentos de comprobación daban lecturas normales. El comandante Falcon decidió subir a presenciar el encuentro. Entregó el mando a su segundo oficial y salió al corredor transparente que conducía al corazón de la nave. Allí, como siempre, se sintió anonadado ante el espectáculo del espacio más extenso jamás abarcado por el hombre.

Los diez alvéolos esféricos de gas, de más de cien pies de anchura cada uno, se alineaban como una hilera de gigantescas burbujas de jabón. El resistente plástico era tan claro que podían verse a su través, de extremo a extremo, los detalles del mecanismo elevador desde su cabina delantera de observación, a más de un tercio de milla de distancia. Por todo su alrededor, como un laberinto tridimensional, se desplegaba el armazón de la nave: las grandes vigas longitudinales que iban de proa a popa y los quince anillos que formaban las costillas circulares de este coloso del cielo, cuyas diversas proporciones delimitaban su silueta graciosa y aerodinámica.

A tan escasa velocidad había poco ruido: sólo el blando azote del viento sobre la envoltura y algún que otro crujido del metal al cambiar el sistema de fuerzas. La luz sin

sombras de las filas de lámparas, en lo alto, conferían a toda la escena una calidad curiosamente submarina, y para Falcon todo esto estaba realzado con el espectáculo de las traslúcidas bolsas de gas. Una vez se había encontrado con un inmenso, pero inofensivo escuadrón de medusas que avanzaba palpitante y ciego por encima de un arrecife tropical, poco profundo; las burbujas de plástico del Queen Elizabeth le recordaban las medusas aquellas... especialmente cuando las presiones cambiantes las arrugaban, haciéndolas emitir destellos nuevos de luz reflejada.

Caminó por el eje de la nave hasta que llegó al ascensor delantero, entre los alvéolos de gas uno y dos. Al llegar a la cubierta de observación notó que hacía calor excesivo, y dictó una breve nota a su grabadora de bolsillo. El Queen obtenía casi un cuarto de su flotabilidad de las ilimitadas cantidades de calor que producía su planta de energía de fusión. En este vuelo de escasa carga sólo seis de los diez alvéolos de gas contenían helio; los cuatro restantes estaban llenos de aire. Pero transportaba además doscientas toneladas de agua de lastre. No obstante, tener en los alvéolos temperaturas elevadas provocaba problemas en la refrigeración de los accesos; era evidente que aquella zona necesitaba perfeccionamiento.

Una ráfaga refrescante de aire más frío le dio en la cara al salir a la cubierta de observación, ante la deslumbradora luz del sol que penetraba por el tejado de plexiglás. Media docena de operarios, con idéntico número de ayudantes superchimpancés, estaban ocupados en colocar la pista de baile, parcialmente terminada, mientras otros instalaban los cables eléctricos y fijaban los decorados. Era una escena de caos controlado, y a Falcon le pareció increíble que fuera a estar todo preparado para el viaje inaugural, dentro de cuatro semanas tan sólo. Bien, a Dios gracias, ese problema no era suyo. El era únicamente el capitán, no el director del crucero.

Los operarios humanos le saludaron con la mano, y los «chimps» le mostraron los dientes con sus anchas sonrisas, mientras atravesaba toda esta confusión, camino de la Sala Celeste, ya acabada. De toda la nave, este era su lugar preferido, y sabía que en cuanto entrara en servicio no lo tendría ya más a su exclusiva disposición. Disfrutaría en soledad cinco minutos.

Llamó al puente, comprobó que todo seguía en orden y se relajó en uno de los sillones giratorios. Abajo, en una curva agradable a la vista, podía verse la ininterrumpida extensión de la envoltura de la nave. Estaba encaramado en el punto más elevado, y desde aquí dominaba toda la inmensidad del más grande vehículo jamás construido. Y cuando se cansara de eso... todo el espacio, hasta el horizonte, lo llenaba el fantástico escenario agreste excavado por el río Colorado durante medio billón de años.

Quitando la plataforma de la cámara (había descendido otra vez y estaba filmando desde un costado), tenía el cielo para él solo. Era azul y estaba completamente vacío, limpio hasta el horizonte. En los tiempos de su abuelo, sabía Falcon, habría estado rayado de estelas de vapor y sucio de humo. Esas cosas ya no existían: la inmundicia aérea había desaparecido juntamente con las primitivas tecnologías que la habían producido, y el transporte a larga distancia de esta era se efectuaba tan por encima de la estratosfera, que no había posibilidad de percibir nada con la vista o el oído desde la Tierra. Las regiones inferiores de la atmósfera pertenecían de nuevo a los pájaros y a las nubes... y, en este momento, al Queen Elixabeth IV.

Era cierto lo que solían decir los viejos pioneros de principios del siglo XX: éste era el único medio de viajar... en silencio, lujosamente, respirando el aire que te rodea y no separado de él, y lo bastante cerca de la superficie como para poder admirar la belleza siempre cambiante de la tierra y la mar. Los reactores subsónicos de la década de 1980, cargados con cientos de pasajeros sentados en filas de diez, no podían siquiera hacer presentir comodidad y holgura.

Naturalmente, el Queen no ofrecería jamás unas condiciones económicas; y aun cuando se construyeran las naves gemelas en proyecto, sólo unas cuantas personas, del cuarto de billón de habitantes que el mundo tenía, gozarían de este silencioso deslizarse por el cielo. Pero una parte de la sociedad acomodada y próspera del globo podía permitirse tales extravagancias y, verdaderamente, las necesitaba para su esparcimiento y ansias de novedad. Había lo menos un millón de hombres en la Tierra cuyos ingresos discrecionales rebasaban los mil nuevos dolares al año, de modo que no le faltarían pasajeros al Queen.

El comunicador de bolsillo de Falcon emitió una señal. El copiloto llamaba desde el puente.

- ¿Dispuesto para el encuentro, capitán? Tenemos todos los datos que necesitamos de este viaje, y el personal de la televisión se está impacientando.

Falcon echó una mirada a la plataforma de la cámara, que a la sazón se desplazaba a su misma velocidad, a una décima de milla de distancia.

- Preparado - contestó -. Adelante según lo previsto. Yo vigilaré desde aquí.

Atravesó de nuevo el afanoso caos de la cubierta de observación en busca de una vista más amplia del costado. Mientras caminaba, percibió un cambio de vibración bajo sus pies; pero cuando llegó al fondo del salón, la nave había recuperado su quietud. Utilizando su llave maestra salió a la pequeña plataforma exterior que sobresalía del borde de la cubierta; cabían allí media docena de personas de pie, separadas tan sólo por

bajas barandillas de la inmensa extensión de la envoltura... y del suelo que se divisaba a miles de pies de distancia. Era un lugar impresionante, perfectamente seguro, aun en el caso de que la nave se desplazara a gran velocidad, ya que estaba al socaire del viento, tras la enorme ampolla dorsal de la cubierta de observación. No obstante, no estaba ideada para que los pasajeros tuvieran acceso a ella; la perspectiva producía, quizá, demasiado vértigo.

Los cuarteles de las escotillas de proa de la nave estaban ya abiertos como trampas gigantescas, y la plataforma de la cámara revoloteaba por encima, disponiéndose a descender. En los años venideros viajarían por esta ruta miles de pasajeros y toneladas de mercancías. Sólo muy de tarde en tarde bajaría el Queen hasta el nivel del mar para anclar en su base flotante.

Una súbita ráfaga de viento azotó las mejillas de Falcon, y éste se aferró aún más al pasamano. El Gran Cañón era un mal lugar para las turbulencias, aunque esperaba no sufrir muchas a esta altura. Sin inquietud de ninguna clase, concentró su atención en la plataforma que descendía, la cual se encontraba ahora a unos ciento cincuenta pies por encima de la nave. Sabía que el hábil operador que volaba en el aparato había ejecutado una docena de veces esta sencilla maniobra; era inconcebible que se le plantearan dificultades de ninguna clase.

Sin embargo, parecía que se desenvolvía con torpeza. Este último golpe de viento había lanzado la plataforma casi hasta el borde de la escotilla abierta. El piloto podía haber corregido la posición antes de esto... ¿Tendría algún problema en los controles? Era muy poco probable; estos aparatos de control remoto tenían mandos múltiples, sistemas de seguridad y un sinfín de mecanismos de emergencia. Los accidentes eran algo casi inusitado.

Pero allá fue otra vez, dando un bandazo a la izquierda: ¿Estaría borracho el piloto? No era posible, pero eso es lo que parecía; Falcon lo consideró seriamente durante un momento. Luego alargó la mano al conmutador de su micrófono.

Una vez más, inesperadamente, recibió una violenta bofetada de viento. Casi no la notó porque estaba mirando horrorizado la plataforma de la cámara. El lejano operador luchaba para hacerse con el control, tratando de restablecer el equilibrio del aparato con los propulsores... pero lo único que conseguía era empeorar las cosas. Las oscilaciones iban en aumento: veinte grados, sesenta, noventa...

- ¡Conecta el automático, idíota! - gritó inútilmente en su micrófono -. ¡Tu control manual no funciona!

La plataforma dio un vuelco y se puso boca abajo. Los propulsores no la sostuvieron ya, sino que la precipitaron vertiginosamente hacia abajo. Se habían aliado súbitamente a la gravedad, contra la cual habían estado luchando hasta este momento.

Falcon no llegó o oír el estampido al estrellarse, aunque lo sintió: se encontraba ya en el interior de la cubierta de observación y corría precipitadamente hacia el ascensor que le bajaría al puente. Los operarios gritaron ansiosamente, preguntándole qué había sucedido. Pero tendrían que pasar muchos meses antes de que supiera la respuesta a esta pregunta.

Justo cuando iba a meterse en la caja del ascensor cambió de idea. ¿Y si hubiera sido un fallo de la corriente? Sería mejor andar por lugares seguros, aunque tardara más y el tiempo fuera vital. Empezó a bajar por la escalera de caracol del interior del eje vertical.

Cuando ya se hallaba a mitad de camino se detuvo a inspeccionar el daño. La maldita plataforma había traspasado la nave, destrozando dos de los alvéolos de gas. Todavía se estaban hundiendo lentamente los grandes jirones colgantes de plástico. No le preocupaba la perdida de fuerza de ascensión: el lastre podía equilibrar fácilmente esto, dado que quedaban ocho alvéolos intactos. Mucho más grave sería la eventualidad de que hubiese resultado dañada la estructura. Ya oía protestar y gruñir al enorme enrejado de su alrededor por el peso anormal que soportaba. No era suficiente tener la necesaria fuerza de ascensión. Si ésta no estaba adecuadamente distribuida podía quebrar el dorso de la nave.

En el preciso momento en que reanudaba su descenso apareció un superchimp chillando de terror; bajaba por el hueco del ascensor a increíble velocidad agarrándole con las manos, pero por fuera del enrejado. Presa del pánico, el pobre animal se había destrozado el uniforme de la compañía, tal vez en un intento inconsciente por recobrar la libertad de sus antepasados.

Falcon, que bajaba tan de prisa como podía, le observó avanzar algo intranquilo. Un chimpancé asustado era un animal poderoso y potencialmente peligroso; Sobre todo si su miedo se imponía sobre su condicionamiento. Al alcanzarle, comenzó a gritar una retahila de palabras, y la única que Falcon pudo entender fue la quejumbrosa y frecuentemente repetida de «jefe». Aun en esta contingencia, se dio cuenta Falcon, se dirigía a los humanos para pedir que le orientaran. Sintió lástima de esa criatura, involucrada en un desastre humano que escapaba a su capacidad de comprensión, y del que no tenía la menor responsabilidad.

Se detuvo frente a él, al otro lado del enrejado; no había nada que le impidiera cruzar el marco abierto, si quería. Ahora el rostro del animal estaba tan sólo a unas pulgadas del

suyo, y pudo mirarle directamente a los ojos llenos de terror. Jamás había estado tan cerca de un «chimp», ni había podido estudiar sus facciones con tanto detalle. Sintió esa mezcla de afinidad y malestar que experimentamos todos los hombres cuando nos miramos de ese modo en el espejo del tiempo.

Su presencia parecía haber calmado al animal. Falcon señaló hacia lo alto del hueco del ascensor, luego hacia la cubierta de observación, y dijo muy clara y correctamente:

- Jefe... jefe... ve.

Para alivio suyo, el chimpancé comprendió: le hizo una mueca que podía ser una sonrisa, e inmediatamente volvió por el mismo camino que había venido. Falcon le había dado el mejor consejo que podía. Si alguna seguridad había a bordo del Queen, estaba precisamente en esa dirección. Pero su deber estaba en la otra.

Casi había terminado de bajar, cuando, con un ruido de metal desgarrado, la nave dobló el morro hacia abajo y se apagaron las luces. Pero se podía ver aún con toda claridad, pues entraba una columna de luz a través de la escotilla abierta y el enorme desgarrón de la envoltura. Hacía muchos años había estado contemplando en una inmensa catedral la luz que se filtraba a través de las vidrieras, la cual formaba luminosos charcos multicolores sobre las viejas losas. La deslumbrante columna de luz que atravesaba el desgarrón superior de la tela le recordó aquel momento. Se hallaba en una catedral metálica que caía del cielo.

Cuando llegó al puente y pudo asomarse por primera vez al exterior, se quedó horrorizado al ver lo cerca que estaba la nave del suelo. A sólo tres mil pies tenía los hermosos y mortales pináculos rocosos y los rojos ríos de barro que seguían profundizando hacia el pasado. No había zonas llanas a la vista donde poder posarse una nave de las dimensiones del Queen con la quilla horizontal,

Tras una mirada al tablero de mandos comprobó que habían arrojado todo el lastre. Sin embargo, la velocidad de descenso se había reducido meramente a unas cuantas yardas por segundo; todavía tenía una posibilidad de luchar.

Sin decir palabra, Falcon se acomodó en el asiento del piloto y asumió el control que aún podía. El tablero de mandos le informaba de cuanto quería saber. Sobraban los comentarios. Por el fondo se oía al oficial de comunicaciones dando un precipitado parte por radio

En este momento, todos los canales informativos de la Tierra habrían dejado vía libre para esta noticia, y podía imaginar la completa frustración de los directores de programas. Estaba ocurriendo una de las catástrofes más espectaculares de la historia... sin que hubiera una sola cámara que lo recogiera. Los últimos momentos del Queen no

provocarían el terror y el espanto de millones de personas, como había sucedido con el Hindenburg siglo y medio antes.

El suelo se encontraba ya a unos setecientos pies tan sólo y seguía aproximándose lentamente. Aunque tenía amortiguadores de propulsión, no se atrevía a utilizarlos por temor a que se rompiera la debilitada estructura; pero se daba cuenta de que ya no tenía elección. El viento les estaba arrastrando hacia una bifurcación del cañón, donde el río quedaba hendido por una cuña rocosa como la roda de un gigantesco y fosilizado barco de piedra. Si seguía la trayectoria que llevaba, el Queen encallaría en aquella meseta triangular, y lo menos un tercio de su volumen quedaría sobresaliendo en el vacío: se partiría como un palo podrido.

De muy lejos, dominando el ruido de metales retorcidos y escapes de gas, le llegó a Falcon el silbido familiar de los reactores al abrir los tubos laterales. La nave se estremeció y comenzó a doblarse hacia abajo.

El chirrido de metal desgarrado era ahora casi continuo... y la velocidad de descenso había empezado a aumentar alarmantemente. Una mirada al panel de control de daños le reveló que acababan de perder el alvéolo número cinco

El suelo estaba a unas yardas solamente. Aun ahora no podía decir si su maniobra resultaría o no. Encendió los tubos de propulsión vertical y los puso a la máxima potencia de ascensión para reducir la fuerza del impacto.

El crujido pareció durar una eternidad. No fue violento... sino únicamente prolongado e irresistible. Parecía que el universo entero se desplomaba en torno a ellos.

El ruido de metal desgarrado se fue aproximando como si una bestia enorme royera la nave moribunda.

Luego, el techo y el suelo se cerraron sobre él como una prensa.

2. «Porque está ahí»

- ¿Por qué quieres ir a Júpiter?
- Como dijo Springer cuando se dirigía hacia Pluton: «Porque está ahí.»
- Gracias, dejemos eso a un lado ahora: quiero la verdadera razón.

Howard Falcon sonrió, aunque sólo quienes le conocían bien podían interpretar esa mueca leve y correosa.

Webster era uno de ellos: durante más de veinte años habían intervenido juntos en sus mutuos proyectos. Habían compartido triunfos y fracasos... incluso el más grande desastre de todos.

- Bueno, el cliché de Springer aún es válido. Hemos pisado el suelo de todos los planetas terrestres, pero no el de los gigantes gaseosos. Es el único desafío que queda en el sistema solar.

- Un desafío caro. ¿Has calculado el presupuesto?

- Hasta donde he podido; aquí lo tienes. Pero recuerda: no se trata de una misión aislada, sino de un sistema de transporte. Una vez que se haya probado puede volver a utilizarse infinidad de veces. Y esto nos facilitará el acceso no sólo a Júpiter, sino a todos los planetas gigantes.

Webster echó una mirada a las cifras y soltó un silbido.

- ¿Por qué no empiezas por un planeta más asequible, Urano, por ejemplo? Tiene la mitad de gravedad y necesitas menos de la mitad de la velocidad de escape. Además, tiene un clima más tranquilo... si podemos llamarlo así.

Webster, evidentemente, estaba impuesto en la materia. Por eso, naturalmente, era el jefe del Programa de Largo Alcance.

- Se ahorra muy poco con la distancia adicional y los problemas logísticos. Para Júpiter, en cambio, podemos utilizar las estaciones de servicio de Ganimedes. Más allá de Saturno debemos establecer una nueva base de aprovisionamiento.

Lógico, pensó Webster; pero estaba seguro de que no era ésa la razón más importante. Júpiter era el señor del sistema solar; Falcon no se conformaría con una hazaña de menos categoría.

- Además - prosiguió Falcon -, Jupiter es el gran escándalo de la ciencia. Hace más de cien años que se descubrieron sus tormentas de radio, pero aún no sabemos qué es lo que las origina. Y la Gran Mancha Roja sigue siendo un misterio tan rotundo como siempre. Podemos solicitar fondos del Departamento de Astronáutica. ¿Sabes cuántas sondas se han dejado caer en esa atmósfera?

- Un par de centenares, creo.

- Trescientas veintiséis durante los últimos cincuenta años: la cuarta parte de las cuales han fallado totalmente. Por supuesto, han recogido infinidad de datos; pero apenas han escarbado en el planeta. ¿Tienes idea de lo grande que es?

- Más de diez veces el tamaño de la Tierra.

- Sí, sí... pero ¿sabes realmente lo que eso significa?

Falcon señaló el enorme globo terráqueo que había en un rincón del despacho de Webster.

- Mira la India... lo pequeña que parece. Bueno, si desollamos la Tierra y extendemos su piel sobre la superficie de Júpiter, ocuparía lo que ocupa la India sobre ella.

Hubo un gran silencio mientras Webster contemplaba la ecuación: Júpiter es a la Tierra como la Tierra es a la India. Falcon - deliberadamente, por supuesto - había elegido el mejor ejemplo posible...

¿Hacía diez años ya? Sí, eso debía hacer. La catástrofe había quedado en el pasado, a siete años de distancia (tenía esa fecha grabada en el corazón), y aquellas pruebas iniciales habían tenido lugar tres años antes del primer y último vuelo del Queen Elizabeth.

Hacía diez años, pues, el comandante (no el teniente) Falcon le había invitado a un vuelo previo: a un periplo de tres días por las llanuras del norte de la India, desde las que se podía contemplar el Himalaya.

- Será una excursión sin riesgos de ninguna clase - le había prometido -. Te alejará del despacho... y te pondrá al tanto de cómo es todo esto.

Webster no se sintió defraudado. Después de su primer viaje a la Luna había sido la experiencia más memorable de su vida. Y, sin embargo, tal como Falcon le había asegurado, resultó ser un viaje sin un solo incidente, perfectamente seguro.

Habían salido de Srinagar poco antes del amanecer, con la inmensa burbuja plateada del globo brillando bajo los primeros rayos del Sol. Habían efectuado la ascensión en completo silencio; no llevaban esos ruidosos quemadores de propano que calentaban el aire de los globos de antaño. Todo el calor que necesitaban lo producía el pequeño reactor de fusión, de unas doscientas veinte libras de peso tan sólo, suspendido en la misma boca abierta de la envoltura. Mientras ascendían, el láser que llevaban iba parpadeando diez veces por segundo, encendiendo la minúscula bocanada de combustible de deuterio. Una vez que alcanzaran altura lo encenderían sólo unas cuantas veces por minuto, para restituir el calor que se perdía en la enorme bolsa de gas de arriba.

Y así, aun cuando estaban a casi una milla del suelo, podían oír los ladridos de los perros, los gritos de las gentes, los repiques de las campanas. Poco a poco el vasto paisaje dorado por el sol se fue dilatando en torno a ellos. Dos horas más tarde habían alcanzado una altura De tres millas y se vieron obligados a tomar frecuentes bocanadas de oxígeno. Podían relajarse y admirar el panorama; los instrumentos de a bordo hacían

todo el trabajo: recogían la información que necesitaban los diseñadores del aún innominado transatlántico de los cielos.

Era un día perfecto. El monzón del Sudoeste no volvería a soplar hasta dentro de un mes, y apenas si había nubes en el cielo. El tiempo parecía haberse detenido. Les molestaban los partes que la radio iba dando cada hora, porque les turbaba su arrobamiento. Y rodeándoles enteramente hasta el horizonte y mucho más allá, se extendía el infinito y antiguo paisaje empapado de historia: un mosaico de pueblos, campos de labor, templos, lagos, acequias...

Con un verdadero esfuerzo, Webster rompió el encanto hipnótico de ese recuerdo de hacía diez años. Aquel vuelo le había hecho sentirse más ligero que el aire, y le había brindado la ocasión de apreciar la inmensidad de la India, aun en un mundo que podía circundarse en noventa minutos. Y no obstante, se repetía para sus adentros: Júpiter es a la Tierra como la Tierra es a la India...

- Admitiendo tu argumento - dijo -, y suponiendo que dispongamos de fondos, hay otra cuestión a la que tienes que contestar. ¿Por qué ibas a hacerlo tú mejor que, por ejemplo, las trescientas sondas - robots que han efectuado ya ese viaje?

- Porque estoy en mejores condiciones que ellas, como observador y como piloto. Especialmente como piloto. No olvides que tengo más experiencia en vuelos aerostáticos que nadie en el mundo.

- Podías hacer de controlador, confortablemente sentado en Ganimedes.

- Pero ¡ésa es precisamente la cuestión! Que eso se ha hecho ya. ¿No recuerdas qué es lo que mató al Queen?

Webster lo recordaba perfectamente; pero se limitó a contestar:

- Prosigue.

- ¡El tiempo de propagación, el tiempo de propagación! Aquel idiota de controlador de la plataforma creía que estaba manejando un circuito. de radio local. Pero, accidentalmente, había conectado con un satélite... Bueno, él no tuvo la culpa, pero debía haberlo notado. Hay medio segundo de demora por propagación en cada ida o vuelta. Aun así, la cosa no habría importado, de haber efectuado el vuelo con el aire en calma. Fue la turbulencia que reinaba sobre el Gran Cañón lo que lo originó todo. La plataforma escoró, y al tratar de corregir la inclinación escoró en el otro sentido. ¿Has tratado alguna vez de ir en coche por una carretera abollada moviendo el volante con medio segundo de retraso?

- No, ni se me ocurriría intentarlo. Pero no me lo puedo imaginar.

- Bueno, pues Ganimedes está a un millón de kilómetros de Júpiter. Eso significa un tiempo de propagación entre la ida y la vuelta de seis segundos. No, lo que necesitas es

un controlador en el lugar mismo para afrontar cualquier emergencia en el tiempo real. Déjame enseñarte algo. ¿Te importa que utilice esto?

- Adelante.

Falcon cogió una postal que había sobre la mesa de Webster; eran rarísimas en la Tierra, pero ésta mostraba la perspectiva 3 - D de un paisaje marciano y estaba decorada con costosos y exóticos sellos. La sostuvo de manera que quedara suspendida verticalmente.

- Es un viejo truco, pero servirá para lo que quiero. Pon el pulgar y el índice a cada lado como para cogerla, pero sin tocarla. Eso es.

Webster había extendido la mano en actitud de coger la postal, pero sin rozarla.

- Cógela.

Falcon aguardó unos segundos; luego, sin previo aviso, soltó la postal. El pulgar y el índice de Webster se cerraron en el vacío.

- Probemos otra vez, sólo para que veas que no hay engaño. ¿De acuerdo?

Una vez más, la postal se deslizó entre los dedos de Webster y cayó al suelo.

- Ahora, intenta hacérmelo tú a mí.

Esta vez, Webster cogió la postal y la soltó sin previo aviso. Apenas la dejó caer, la atrapó Falcon. Webster casi imaginó oír su clic, de lo rápida que fue la reacción del otro.

- Cuando me recosieron - comentó Falcon con voz inexpresiva -, los cirujanos introdujeron algunas mejoras. Esta es una de ellas... pero hay otras. Quiero explotarlas al máximo. Júpiter es el lugar apropiado para ello.

Webster contempló durante largos segundos la postal caída, fascinado por los colores inverosímiles de las escarpaduras del Trivium Charontis. Luego dijo tranquilamente:

- Comprendo. ¿Cuánto tiempo crees que se necesitará?

- Con tu ayuda, más la del Departamento, y todos los recursos científicos que pueda recabar... unos tres años. Luego necesitaremos un año para pruebas... tendremos que enviar lo menos un par de prototipos de ensayo. Así que, si hay suerte... podemos estar listos en cinco años.

- Es lo que yo había calculado, más o menos. Espero que te acompañe la suerte; te la mereces. Pero hay una cosa a la que no estoy dispuesto.

- ¿Cuál?

- La próxima vez que hagas un viaje en globo no cuentes conmigo como acompañante.

3. El mundo de los dioses

El descenso desde Júpiter V al planeta Júpiter dura sólo tres horas y media. Pocos hombres habrían podido dormir durante un viaje tan pavoroso como éste. El dormir era una debilidad que Howard Falcon detestaba, el poco que le hacía falta aún, le traía pesadillas que el tiempo no había sido capaz de disipar. Pero no esperaba poder descansar en los próximos tres días y debía aprovechar lo que pudiera durante el largo descenso hacia el océano de nubes que se extendía sesenta mil millas más abajo.

Tan pronto como la Kon-Tiki entró en su órbita de traslación y vio que todas las comprobaciones de la computadora eran satisfactorias, se dispuso a echar el último sueño previsible. Parecía muy oportuno que casi en ese mismísimo momento Júpiter eclipsara el brillante y diminuto Sol, al entrar él en la sombra monstruosa del planeta. Durante unos minutos, un extraño crepúsculo dorado envolvió la nave; luego, un cuarto de firmamento se oscureció completamente como un agujero en el espacio, mientras el resto era un brasero de estrellas. Por mucho que viajara uno por el sistema solar, ellas no cambiaban jamás; estas mismas constelaciones brillaban ahora por encima de la Tierra, a millones de millas de distancia. Las únicas novedades aquí eran los pequeños y pálidos crecientes de Calixto y Ganimedes; desde luego, había media docena de lunas más arriba, en el cielo, pero eran demasiado pequeñas y estaban excesivamente lejos para poderlas captar a simple vista.

- Corto durante dos horas - informó a la nave nodriza, la cual se encontraba a casi mil millas por encima de las desoladas rocas de Júpiter V, cobijada en la sombra de este satélite diminuto que la protegía de la radiación. Si no sirvió jamás para otra cosa el Júpiter V, al menos hacía de excavadora cósmica, barriendo perpetuamente las partículas cargadas que hacían nociva la permanencia en las proximidades de Júpiter. Su estela se hallaba casi limpia de radiación, por lo que podía cobijarse en ella una nave y mantenerse allí perfectamente segura, mientras la muerte se esparcía como una llovizna invisible por todo el alrededor.

Falcon conectó el inductor de sueño, y rápidamente se le fue emborronando la conciencia, a medida que las pulsaciones eléctricas le invadían el cerebro en suaves oleadas. Mientras la Kon-Tiki descendía hacia Júpiter, aumentando su velocidad segundo a segundo en este inmenso campo gravitatorio, durmió sin ensueños de ninguna clase. Los ensueños le venían siempre al despertar; y Falcon se había traído sus propias pesadillas de la Tierra.

Sin embargo, no soñaba nunca que se estrellaba, aunque a menudo se volvía a encontrar cara a cara con aquel superchimpancé aterrado, cuando bajaba la escalera de

caracol entre las desventuradas bolsas de gas. Ningún chimpancé había sobrevivido; los que no habían muerto en el acto quedaron tan malheridos que hubo que practicarles la eutanasia. Falcon se preguntaba a veces por qué soñaba sólo con esa desdichada criatura - a la que no había visto en su vida más que en sus últimos minutos - y no con los amigos y compañeros que había perdido en la catástrofe del Queen.

Los sueños que más temía empezaban siempre en el momento de comenzar a recobrar la conciencia, después del desastre. Había experimentado poco dolor físico; de hecho no tuvo sensación de ninguna clase. Estaba inmerso en tinieblas y silencio, y era como si no respirara siquiera. Y - lo más extraño de todo - no localizaba sus miembros. No podía mover ni las manos ni los pies, porque no sabía dónde estaban.

El silencio había sido lo primero en ceder. Al cabo de un indeterminado número de horas, o de días, llegó a tener conciencia de un débil latido, y, finalmente, tras pensarlo largamente, dedujo que eran las palpitaciones de su propio corazón. Esa fue la primera de sus muchas equivocaciones.

Luego habían surgido débiles pinchazos, chispazos de luz, presiones fantasmales en los miembros aún insensibles. Uno tras otro, sus sentidos se habían ido recobrando, y con ellos, el dolor. Había tenido que aprenderlo todo de nuevo, recapitulando la infancia y la niñez. Aunque no le había afectado a la memoria y podía comprender las palabras que le decían, transcurrieron meses antes de poder contestar con algo más que un parpadeo. Recordaba los momentos triunfales en que logró pronunciar la primera palabra, volver la primera página... y, finalmente, aprendió a moverse por su propia voluntad. Eso fue una victoria, efectivamente, y había estado casi dos años preparándola. Había envidiado cien veces a aquel superchimpancé que había muerto, pero él no había tenido la posibilidad de elegir. Eran los doctores quienes habían decidido... y ahora, después de doce años, se encontraba en un lugar jamás visitado por el hombre, desplazándose más de prisa que ningún ser humano en la historia.

La Kon-Tiki estaba saliendo de la sombra, y el amanecer joviano curvó el cielo en un gigantesco arco de luz, cuando el zumbido del despertador sacó a Falcon de su sueño. Las inevitables pesadillas (había estado tratando de llamar a una enfermera, pero no tenía fuerza siquiera para pulsar el botón) se disiparon rápidamente de su conciencia. La más grande - y quizá la última - aventura de su vida iba a empezar.

Llamó al Control de la Misión, que ahora se encontraba a casi sesenta mil millas y estaba entrando rápidamente en el otro lado de la curva de Júpiter, para informar que todo estaba en orden. Su velocidad acababa de rebasar las treinta y una millas por segundo (esto pasaría a los libros), y en media hora la Kon-Tiki traspasaría la orla exterior

de la atmósfera, empezando así la más difícil entrada de todo el sistema solar. Aunque habían sobrevivido docenas de sondas a esta suprema prueba de fuego, en realidad se había tratado siempre de equipos de instrumentos sólidamente compactos, capaces de soportar la fuerza de atracción de cientos de g.

La Kon-Tiki rozaría hasta los treinta g, y su media sería de más de diez antes de llegar a descansar en las capas superiores de la atmósfera de Júpiter. Con sumo cuidado y precaución, Falcon empezó a abrocharse los complicados sistemas de sujeción que le mantendrían anclado a las paredes de la cabina. Cuando hubo terminado, prácticamente formaba parte de la estructura de la nave.

El reloj inició la cuenta atrás: faltaban cien segundos para su entrada. Para bien o para mal, ya no tenía remedio. Dentro de un minuto y medio rozaría la atmósfera de Túpiter, y sería atrapado inmediatamente por la zarpa del gigante.

La cuenta atrás iba con tres segundos de retraso... lo que no estaba mal, ni mucho menos, considerando los imponderables que podían surgir. Del exterior de las paredes de la cápsula provenía un aliento fantasmal que crecía constantemente, hasta que se convirtió en un alarido elevadísimo. Era un ruido enteramente distinto al de la entrada en la Tierra o en Marte; en esta enrarecida atmósfera de hidrógeno y helio, todos los sonidos experimentaban una elevación de tono equivalente a un par de octavas. En Júpiter, hasta el trueno tendría el tono de falsete.

Con el aumento del alarido, fue creciendo también la pesantez. A los pocos segundos se sintió completamente inmovilizado. Su campo visual se fue reduciendo, hasta que no abarcó más que el reloj y el acelerómetro; quince g, y faltaban cuatrocientos ochenta segundos...

No llegó a perder el conocimiento; pero tampoco esperaba perderlo. La estela de la Kon-Tiki, al atravesar la atmósfera joviana, debía de ser todo un espectáculo: debía de tener miles de millas de longitud. Quinientos segundos después de la entrada, la atracción empezó a decrecer: diez g, cinco g, dos... Luego el peso desapareció casi completamente. Ahora descendía libremente, una vez neutralizada su tremenda velocidad orbital.

Hubo una súbita sacudida al arrojar los restos incandescentes del escudo protector del calor. Había cumplido su misión y ya no lo volvería a necesitar; ahora podía quedárselo Júpiter. Soltó todas sus hebillas de sujeción menos dos, y esperó a que el control automático iniciara la serie siguiente, más crítica, de acontecimientos.

No vio hincharse el primer paracaídas, pero notó un ligero tirón, y la velocidad de caída disminuyó inmediatamente. La Kon-Tiki había perdido toda su velocidad horizontal, y

bajaba verticalmente a mil millas por hora. Todo dependía de lo que sucediera en los sesenta próximos segundos.

Soltó el segundo paracaídas. Miró hacia arriba, a través de la portilla superior, y vio con inmenso alivio esas nubes de reluciente película de metal tras la nave descendente. Como una gran flor en el momento dé abrirse, se desplegaron en el cielo los miles de yardas cúbicas del globo, ahuecando el tenue gas, hasta que quedó completamente hinchado. La velocidad de la Kon-Tiki se redujo a unas millas por hora y se mantuvo constante. Ahora tendría tiempo de sobra; tardaría días enteros en recorrer toda la trayectoria hasta la superficie de Júpiter.

Pero llegaría finalmente, aunque no hiciera nada ya. El globo de arriba actuaba de eficaz paracaídas. No permitía la ascensión, ni habría posibilidad de ello mientras el gas del interior y el del exterior fueran idénticos.

Con su característico y un tanto desconcertante estampido arrancó el reactor de fusión, derramando torrentes de fuego en el interior de la envoltura superior. En cinco minutos la velocidad se redujo a cero; al cabo de seis, la nave empezó a elevarse. Según el altímetro de radar se había estabilizado a un nivel de unas doscientas sesenta y siete millas de la superficie... o de lo que hiciera las veces de superficie en Júpiter.

Sólo una clase de globo podía tener efecto en una atmósfera de hidrógeno, que es el más ligero de los gases, y era el de hidrógeno caliente. Mientras funcionara el reactor, Falcon seguiría manteniéndose en las alturas, vagando a la deriva por un mundo que era capaz de contener un centenar de océanos Pacíficos. Después de haber recorrido más de trescientos millones de millas, la Kon-Tiki empezaba por fin a justificar su nombre. Era una almandía aérea a merced de las corrientes de la atmósfera joviana.

Aun cuando le rodeaba un mundo enteramente nuevo, transcurrió más de una hora antes de que Falcon pudiera echar una mirada al panorama. Primero tuvo que revisar todos los equipos de la cápsula y comprobar que respondían a sus controles. Averiguó el calor extra que necesitaba para obtener la velocidad de ascenso deseada y el gas que debía dejar escapar para descender. Y, sobre todo, estaba la cuestión de la estabilidad. Debía ajustar la longitud de los cables que sujetaban el inmenso globo, de forma que amortiguaran las vibraciones y conseguir así un desplazamiento lo más suave posible. Por ahora tenía suerte; a este nivel, el viento era constante, y las cifras sobre la superficie invisible le informaron que la velocidad del suelo era de doscientas diecisiete millas y media por hora. Para Júpiter, la cifra era moderada; en este planeta se habían observado vientos de hasta mil millas por hora. Pero la velocidad en sí misma carecía de importancia; el verdadero peligro estaba en la turbulencia. Si se precipitaba en ella, sólo le

salvaría la habilidad y la experiencia y una reacción rápida... y ésas no eran cosas que pudieran programarse en una computadora.

Hasta que no quedó satisfecho de que dominaba la sensibilidad de su extraña embarcación no prestó Falcon atención alguna a los requerimientos del Control de la Misión. Luego desplegó los botalones que portaban los instrumentos y analizadores atmosféricos. La cápsula se asemejaba ahora a un árbol de Navidad algo desordenado; pero seguía vagando suavemente impulsada por los vientos jovianos, mientras transmitía torrentes de información a las grabadoras de la nave situada varias millas más arriba. Y ahora, por fin, podía echar una mirada a su alrededor...

Su primera impresión fue inesperada, y hasta un poco decepcionante. Por lo que se refería a las dimensiones de las cosas, era como si estuviera viajando en globo a través de un vulgar paisaje de nubes de la Tierra. El horizonte parecía hallarse a una distancia normal. No tenía la más mínima sensación de encontrarse en un mundo de un diámetro once veces superior al de la Tierra. Luego prestó atención al radar infrarrojo que sondaba las capas de la atmósfera que tenía debajo... y vio cuán enormemente le habían engañado sus ojos.

Esa capa de nubes que aparentemente veía a tres millas de distancia estaba en realidad treinta y siete millas más abajo. Y el horizonte, cuya distancia de la nave había calculado él en unas ciento veinticinco millas, en realidad estaba a mil ochocientas.

La cristalina claridad de la atmósfera de hidrohelio y la enorme curvatura del planeta le habían engañado completamente. Era mucho más difícil calcular las distancias aquí que en la Luna: todo cuanto veía debía multiplicarse lo menos por diez. Era una cosa muy simple, y él debía haberlo previsto. No obstante, de alguna manera, le turbaba profundamente. No le daba la sensación de que Júpiter fuera enorme, sino de que él había encogido a una décima de su tamaño normal. Quizá, con el tiempo, se acostumbraría a la escala inhumana de este mundo; sin embargo, al contemplar ese horizonte increíblemente distante notaba como si soplara en su alma un viento más frío que la atmósfera que le envolvía. A pesar de todas sus argumentaciones, quizá este lugar no pudiera ser habitado jamás por el hombre. Puede que fuera él el primero y el último en traspasar las nubes de Júpiter.

Arriba, el cielo era casi negro, aparte de unos cuantos cirros de amoníaco, a unas doce millas por encima de él. Hacía frío aquí, en esta orla del espacio; pero tanto la temperatura como la presión aumentaban rápidamente a medida que descendía. En el nivel por el que la Kon-Tiki se desplazaba ahora reinaba una temperatura de cincuenta grados bajo cero, y la presión era de cinco atmósferas. Sesenta millas más abajo haría

tanto calor como en la zona ecuatorial de la Tierra, y la presión sería más o menos la misma que la de los mares más profundos. Condiciones ideales para la vida...

Había transcurrido ya una cuarta parte del breve día joviano; el sol estaba a medio camino de su cenit, pero la luz, en este ininterrumpido paisaje de nubes que tenía debajo, poseía una calidad extrañamente blanda. Esos trescientos millones de millas adicionales privaban al Sol de toda su fuerza. Aunque el cielo estaba despejado, Falcon tenía a cada momento la sensación de que era un día espesamente nublado. Cuando cayera la noche, sobrevendría la oscuridad con suma rapidez; y pese a que era aún por la mañana, había en el aíre una luz crepuscular propia del otoño. Pero el otoño era algo que, naturalmente, jamás conocería Júpiter. Aquí no existían las estaciones.

La Kon-Tiki había descendido en el centro exacto de la zona ecuatorial... la parte más apagada del planeta. El mar de nubes que se extendía hasta el horizonte estaba teñido de un pálido color salmón; no se veían los amarillos, rosas y rojos que envolvían a este planeta, visto desde las alturas superiores. La Gran Mancha Roja - el rasgo más espectacular de todo el planeta - se hallaba miles de millas más al Sur. Había estado tentado de descender allí, pero las perturbaciones tropicales del Sur eran excepcionalmente activas, con corrientes que sobrepasaban las novecientas millas por hora. Dirigirse a aquel maelstrom de fuerzas desconocidas no habría sido más que buscarse problemas. La Gran Mancha Roja y sus misterios tendría que esperar a expediciones futuras.

El Sol, que recorría el firmamento dos veces más de prisa que en la Tierra, estaba llegando a su cenit y había sido eclipsado por el plateado dosel del globo. La Kon-Tiki seguía desplazándose suave y velozmente hacia el Oeste, a la constante velocidad de doscientas diecisiete millas y media, pero sólo podía apreciarla por medio del radar. ¿Reinaría siempre la calma aquí?, se preguntó Falcon. Desde luego, los científicos, que habían hablado sabiamente de las calmas de Júpiter y habían pronosticado que el ecuador sería la más tranquila de las zonas, parece que sabían lo que se decían. El se había mostrado profundamente escéptico respecto a todas estas predicciones, y había coincidido con un científico excepcionalmente modesto, que le dijo bruscamente una vez: «No hay nadie que conozca bien Júpiter.» Bueno, al menos habría uno cuando terminara el día.

Si es que sobrevivía hasta entonces.

4. Las voces de lo profundo

Ese primer día, el Padre de los Dioses le sonrió. Había tanta paz y tanta calma aquí en Júpiter como las que encontró, hacía años, durante el viaje que hizo con Webster por las llanuras del norte de la India. Falcon había tenido tiempo de dominar sus nuevas aptitudes, hasta el punto de que la Kon-Tiki parecía una prolongación de su propio cuerpo. Esta suerte era mucho mayor de lo que él se hubiera atrevido a esperar, y empezó a preguntarse cuál sería el precio que le tocaría pagar por ello. Las cinco horas de luz que tenía aquí el día casi habían concluido; abajo, las nubes se habían poblado de sombras, lo que les confería una solidez que no poseían cuando el Sol estaba más alto. El color se iba escurriendo del cielo, salvo en poniente, en cuyo horizonte se había formado una franja de un púrpura cada vez más oscuro. Por encima de esta franja hizo su aparición el delgado creciente de una luna bastante próxima, pálida y descolorida sobre la absoluta negrura que se extendía detrás.

Con un movimiento visiblemente perceptible, el Sol fue descendiendo hasta el borde de Júpiter, a más de mil ochocientas millas de distancia. Las estrellas surgieron por legiones... y apareció el hermoso lucero vespertino, la Tierra, en la misma frontera del crepúsculo, recordándole así lo lejos que se encontraba de casa.

La vio seguir al Sol en su descenso hacia poniente. La primera noche del hombre en Júpiter había comenzado.

Con la caída de la noche, la Kon-Tiki empezó a hundirse; la débil luz solar no calentaba ya el globo, y esto le hacía perder una pequeña parte de su flotabilidad. Falcon no hizo nada para contrarrestar el descenso. Había estado esperando esto y proyectaba descender.

La invisible cubierta de nubes estaba aún a más de treinta millas por debajo de él; llegaría a ella hacia la medianoche. La captaba con toda claridad mediante el radar infrarrojo, el cual le informaba también que contenía una gran cantidad de complejos compuestos carbonosos, así como los habituales de hidrógeno, helio y amoníaco. Los químicos suspiraban por poseer muestras de esta sustancia algodonosa y sonrosada; a pesar de que algunas de las sondas atmosféricas lanzadas habían logrado recoger unos cuantos gramos, eso sólo había servido para abrir sus apetitos. La mitad de las moléculas básicas para la vida se hallaban aquí, flotando por encima de la superficie de Júpiter. Y si había alimento, ¿podía estar muy lejos la vida? Esta era la cuestión a la que, después de un centenar de años, nadie había sido capaz de contestar.

Los rayos infrarrojos eran obstruidos por las nubes, pero las microondas del radar las iban cortando en rebanadas, mostrando capa tras capa, descendiendo gradualmente

hacia la oculta superficie, casi doscientas cincuenta millas más abajo. Esta se hallaba separada de él por enormes presiones y temperaturas; hasta ahora, ni siquiera las sondas robots habían logrado llegar a ella indemnes. Allí estaba, atormentadoramente deseable, por su misma condición de inaccesible, en el fondo de la pantalla de radar, ligeramente borrosa y con una curiosa estructura granular que sus aparatos no eran capaces de identificar.

Una hora después de la puesta de sol dejó caer su primera sonda. Esta descendió veloz las primeras sesenta millas, y luego se quedó flotando en una atmósfera más densa, enviando un caudal de señales de radio que Falcon retransmitió al Control de la Misión. Luego no hubo nada que hacer sino esperar a que amaneciera y estar atento al monitor y contestar de cuando en cuando a alguna pregunta. Mientras era arrastrada por esta corriente constante, la Kon-Tiki podía cuidar de sí misma.

Poco antes de la medianoche, una controladora llamó para comprobar si todo marchaba bien y se presentó con las bromas habituales. Diez minutos más tarde volvió a llamar, y su voz era seria y excitada.

- ¡Howard! Escuche por el canal cuarenta y seis; ponga alto el volumen.

¿El canal cuarenta y seis? Había tantos circuitos de telemetría que sólo se sabía los números de aquellos que eran más esenciales; pero tan pronto como lo conectó se dio cuenta de cuál era. Estaba en contacto con el micrófono de la sonda que flotaba ochenta y pico millas más abajo, en una atmósfera casi tan densa como el agua.

Al principio sólo se oía el susurro blando de los vientos extraños que sin duda se agitaban en las tinieblas de este mundo inimaginable. Y luego, emergiendo del ruido de fondo, surgió lentamente una creciente vibración que fue aumentando más y más, como el redoble de un gigantesco tambor. Era tan bajo que, más que oírse, se sentía, y los latidos prolongaban su ritmo, aunque sin cambiar de tono. Después se convirtió en un precipitado palpitar casi infrasónico. Y luego, de súbito, en plena vibración, paró... tan repentinamente que la conciencia no pudo aceptar el silencio, y la memoria siguió fabricando un eco fantasmal allá en las profundas cavernas del cerebro.

Era el ruido más extraordinario que Falcon había oído jamás, aun entre los innumerables sonidos de la Tierra. No se le ocurría qué fenómeno natural podía provocarlo; tampoco se asemejaba al grito de ningún animal, ni siquiera al de las grandes ballenas...

Y empezó otra vez, siguiendo exactamente la misma pauta. Ahora que le cogió prevenido, consideró la longitud de la secuencia; desde el primer latido apenas perceptible hasta el crescendo final, duró exactamente diez segundos.

Esta vez hubo un eco real, aunque muy débil y lejano. Puede que procediera de alguna de las muchas capas refractarias, inmersa en las profundidades de esta atmósfera estratificada; puede que procediera de un punto más distante aún. Falcon esperaba que sonara un segundo eco, pero no se llegó a producir.

El Control de la Misión reaccionó inmediatamente, y le sugirió que dejara caer otra sonda en seguida. Operando con dos micrófonos, había probabilidades de descubrir su posible punto de procedencia. Y lo extraño era que ninguno de los micrófonos exteriores de la propia Kon-Tiki captaba otra cosa que los ruidos del viento. Los latidos, fueran lo que fuesen, debían quedar encerrados y encajonados bajo una capa refractaria de la atmósfera, en las regiones inferiores.

Provenían, según descubrieron después, de un sinfín de puntos situados a unas mil doscientas millas. Semejante distancia no permitía que uno se hiciera idea de su potencia; en los océanos de la Tierra había sonidos considerablemente débiles que alcanzaban esa misma distancia. En cuanto a la precipitada conclusión de que fueran debidos a criaturas vivientes, el jefe exobiólogo la descartó inmediatamente.

- Me sentiré muy decepcionado - dijo el Dr. Brenner - si no encontramos microorganismos o plantas. Pero nada de animales, dado que aquí no existe el oxígeno en estado libre. Todas las reacciones bioquímicas de Júpiter deben ser de bajo consumo de energía... no hay posibilidad de que una criatura activa pueda generar la fuerza suficiente para desempeñar una función cualquiera.

Falcon se preguntó si sería eso cierto; había oído ya ese argumento, y se reservó su opinión.

- De todos modos - prosiguió Brenner -, algunas de estas ondas sonoras tienen una longitud de ¡cien yardas! Ni un animal del tamaño de una ballena sería capaz de producirlas. Tienen que ser de origen natural.

Sí, eso parecía muy verosímil, y probablemente los físicos acabarían por encontrarle explicación. ¿A qué atribuiría un ciego de otros mundos, se preguntó Falcon, los ruidos que pudiera oír en las proximidades de un mar atemporalado, de un géiser, de un volcán o de una catarata? Probablemente, los atribuiría a alguna bestia descomunal.

Como una hora antes de salir el sol, las voces de las profundidades se desvanecieron, y Falcon empezó a ocuparse de los preparativos para el amanecer del segundo día. La Kon-Tiki se hallaba ahora a sólo tres millas de la capa de nubes más próxima; la presión exterior se había elevado a diez atmósferas, y la temperatura, tropical, era de treinta grados. Un hombre podía estar aquí cómodamente sin otro equipo que una máscara de aire y el grado conveniente de mezcla de helioxígeno.

- Tenemos buenas noticias para usted - informó el Control de la Misión, poco después de amanecer -. La capa de nubes se está disipando. Tendrá un claro parcial dentro de una hora... pero tenga cuidado con las turbulencias.

- Ya he observado algunas - contestó Falcon -. ¿Qué distancia podré alcanzar en visibilidad?

- Doce millas por lo menos hasta la segunda capa térmica. Ese estrato de nubes es sólido... no se deshace jamás.

Y por consiguiente, está fuera de mi alcance, se dijo Falcon para sus adentros; la temperatura, allá abajo, debía sobrepasar los cien grados. Era la primera vez que el tripulante de un globo tenía que preocuparse no de su techo, ¡sino de su basamento!

Diez minutos más tarde pudo ver lo que el Control de la Misión había observado ya desde su posición aventajada. Había un cambio de coloración cerca del horizonte, y la capa nubosa se había retorcido y abombado, como si algo la hubiera desgarrado para abrir en ella un boquete. Hizo girar su pequeño quemador nuclear y le confirió a la Kon-Tiki otras tres millas de altitud con el fin de lograr una perspectiva mejor.

Abajo, el cielo se estaba despejando rápidamente de la manera más completa, como si algo disolviera el espeso nubarrón. Ante sus ojos se estaba abriendo un abismo. Un momento después navegaba por el borde de un barranco de nubes de unas doce millas de profundidad y seiscientas millas de anchura.

Un nuevo mundo se extendía por debajo de él; Júpiter había rasgado uno de sus múltiples velos. La segunda capa de nubes, a una profundidad inalcanzable, era de un color mucho más oscuro que la primera. Era casi de un rosa salmón, y estaba moteada curiosamente de pequeños islotes color ladrillo. Tenían todos una forma oval, con sus ejes largos dispuestos de Este a Oeste, en la dirección predominante del viento. Los había a centenares, todos del mismo tamaño aproximadamente; a Falcon le recordaban los pequeños cúmulos algodonosos del cielo terrestre.

Redujo la flotabilidad, y la Kon-Tiki empezó a descender hacia la cara del acantilado que se iba disolviendo. Fue entonces cuando descubrió la nieve.

En el aire se iban formando blancos copos que caían después lentamente. Sin embargo, hacía demasiado calor para que nevara; y, en cualquier caso, había escasísimos vestigios de agua en estas altitudes. Además, estos copos no despedían el menor destello o brillo al precipitarse hacia las profundidades. Cuando poco después: se posaron unos cuantos en uno de los botalones de instrumentos, en el exterior de la gran portilla de observación, comprobó que eran de un blanco opaco, apagado, de ningún modo cristalinos y de gran tamaño, como de varias pulgadas.

Parecían de cera, y Falcon supuso que eso es lo que eran precisamente. Se estaba efectuando alguna reacción química en la atmósfera que le rodeaba, condensando los hidrocarbonos que flotaban en el aire joviano.

Unas sesenta millas más adelante tenía lugar una perturbación en la capa nubosa. Las pequeñas formas ovales e color rojo empezaban a arremolinarse describiendo una espiral: era la silueta del ciclón, tan corriente en la meteorología terrestre. El vértice estaba emergiendo con asombrosa velocidad. Si se trataba de una tormenta, se dijo Falcon, estaba en un grave aprieto.

Pero entonces su preocupación se convirtió en asombro... y temor. Lo que se desplegaba en el mismo nivel de su vuelo no era una tormenta ni mucho menos.

Era algo enorme - tenía docenas de millas de diámetro - que se elevaba por encima de las nubes.

La tranquilizadora idea de que pudiera tratarse también de otra nube - un cúmulo hirviente que se elevaba desde los niveles inferiores de la atmósfera duró sólo unos segundos. No; aquello era sólido. Se abría paso a través del estrato nuboso, de un color rosa asalmonado, como se eleva un iceberg desde las profundidades.

¿Un iceberg flotando en el hidrógeno? Eso era imposible, por supuesto; pero no era demasiado remota la analogía. Tan pronto como enfocó su telescopio en el enigma, Falcon vio que era una masa blancuzca, cristalina, surcada de estrías rojas y marrones. Debía de ser, decidió, de la misma sustancia que los «copos de nieve» que caían a su alrededor: una montaña de cera. Y no tardó en comprobar que no era tan sólida como había creído: sus bordes se deshacían y se volvían a formar continuamente.

- Ya sé lo que es - transmitió el Control de la Misión, que durante los últimos minutos había estado haciendo angustiosas preguntas -: una masa de burbujas, una especie de espuma. Espuma de hidrocarbono. Que la analicen los químicos... ¡un momento!

- ¿Qué ocurre? - gritó el Control de la Misión -. ¿Qué ocurre?

Falcon ignoró los frenéticos requerimientos del espacio, y concentró toda su atención en la imagen que tenía en el campo visual del telescopio. Tenía que cerciorarse; si cometía una equivocación, se convertiría en el hazmerreír del sistema solar.

Luego se relajó, miró el reloj y desconectó la enervante voz del Júpiter V.

- Hola, Control de la Misión - dijo muy seriamente -. Aquí Howard Falcon, a bordo de la Kon-Tiki. Tiempo de Efemérides, las diecinueve, veintiún minutos y quince segundos. Cero grados, cinco minutos, latitud Norte; ciento cinco grados, cuarenta y dos minutos, longitud Oeste; Sistema Uno. Díganle al Dr. Brenner que hay vida en Júpiter. Y que es grande...

5. Las ruedas de Poseidón

- Me alegra mucho comprobar que estaba equivocado - replicó el Dr. Brenner por radio, alegremente -. La naturaleza siempre tiene algo escondido en la manga. Mantenga la cámara de larga distancia centrada en el blanco y denos las imágenes lo más claras que pueda.

Los seres que se movían de un lado para otro en aquellas laderas de cera estaban aún demasiado lejos para que Falcon pudiera distinguir muchos detalles, aunque debían ser de gran tamaño para poderse divisar desde semejante distancia. Casi negros, y en forma de puntas de flecha, evolucionaban mediante lentas ondulaciones como gigantescas rayas o mantas, sobrenadando por algún arrecife tropical.

Quizá fuera un ganado celeste paciendo en los pastos de nubes de Júpiter, pues parecían triscar por las oscuras estrías rojas y marrones que recorrían los flancos de los flotantes acantilados como lechos desecados. De cuando en cuando se sumergía alguna en la montaña de espuma, desapareciendo completamente de la vista.

La Kon-Tiki se desplazaba despacio con respecto a la capa de nubes que tenía debajo; tardaría lo menos tres horas en encontrarse encima de aquellas montañas inconsistentes. Era una carrera entre la Kon-Tiki y el Sol. Falcon confiaba en que no cayera aquella oscuridad antes de poder contemplar más de cerca las mantas, como ya las había bautizado él, así como el frágil paisaje por el que rebullían.

Fueron tres largas horas. Durante todo este tiempo mantuvo los micrófonos exteriores a todo volumen, preguntándose si se encontraría aquí la fuente de los latidos de la noche anterior. Desde luego, las mantas eran lo bastante grandes como para haberlo producido; cuando por fin pudo hacerse una idea exacta de sus dimensiones, se encontró que tenían casi un centenar de yardas de envergadura. Eso significaba que eran tres veces el tamaño de las más grandes ballenas... aunque debían pesar unas toneladas tan sólo.

Media hora antes de la puesta del sol, la Kon-Tiki se encontraba encima de las «montañas».

- No - dijo Falcon, contestando a las repetidas preguntas del Control de la Misión sobre las mantas -, no manifiestan aún reacción alguna ante mi presencia. No creo que sean inteligentes; parecen inofensivos herbívoros. Y aunque intentaran atraparme, estoy seguro de que no podrían llegar a las alturas en que me encuentro yo.

Sin embargo, se sintió un poco decepcionado cuando vio que las mantas no mostraban ningún interés por él mientras sobrevolaba su suelo nutricio. Quizá no tenían ningún medio de detectar su presencia. Cuando las examinó y fotografió a través del telescopio, no descubrió el menor indicio de órganos. Aquellas criaturas eran simplemente enormes deltas negras, agitándose en ondulantes movimientos por los montes y valles que, en realidad, eran poco más consistentes que las nubes de la Tierra. Aunque parecían sólidas, Falcon sabía que quienquiera que pretendiese caminar por esas blancas montañas se hundiría en ellas como si fueran de papel.

Una vez en las proximidades, pudo distinguir las miríadas de células o burbujas de que estaban formadas. Algunas de las burbujas eran considerablemente grandes - de una yarda o más de diámetro -, y Falcon se preguntaba en qué caldera de brujas se habrían formado. Debía haber suficiente fondo petroquímico bajo la atmósfera de Júpiter para cubrir todas las necesidades de la Tierra por espacio de un millón de años.

El corto día casi había concluido cuando pasó por encima de la cresta de los montes de cera, y la luz huía rápidamente de la parte inferior de sus laderas. En la vertiente Oeste no había mantas; y por alguna razón, la topografía era muy diferente. La espuma estaba esculpida en forma de largas terrazas horizontales, como el interior de un cráter lunar. Casi podía imaginar que eran gigantescos peldaños que bajaban a la oculta superficie del planeta.

Y en el más bajo de estos peldaños, libre de las arremolinadas nubes que la montaña había desplazado al emerger hacia el cielo, había una tosca masa oval de una o dos millas de diámetro. Apenas se la distinguía, pues era sólo un poco más oscura que la espuma blancuzca sobre la que descansaba. La primera impresión de Falcon es que se encontraba ante un bosque de pálidos árboles, como hongos gigantescos que jamás habían visto el sol.

Sí, debía ser un bosque: podía ver centenares de troncos delgados que se elevaban de la cera blancuzca en la que estaban arraigados. Pero los árboles formaban una masa asombrosamente compacta y apretada; apenas quedaba espacio entre ellos. Puede que, en definitiva, no fuera un bosque, sino un solo árbol inmenso... como una de esas gigantescas higueras de Bengala de múltiples troncos. Una vez vio en Java una higuera de Bengala que ocupaba un área de más de seiscientas yardas; este monstruo era lo menos diez veces superior.

La luz casi se había ido. El paisaje de nubes se había vuelto purpúreo con la luz refractada del sol, y dentro de unos segundos se desvanecería también esa coloración. A

la luz postrera de ese segundo día en Júpiter, Howard Falcon vio - o creyó ver - algo que suscitaba las más graves sospechas sobre la identidad de aquella cosa oval.

A menos que la luz confusa le engañara, aquellos centenares de delgados troncos golpeteaban adelante y atrás, en perfecta sincronía, como un macizo de algas mecidas por el oleaje.

Además, el árbol no estaba ya donde lo había visto al principio.

- Sentimos decírselo - dijo el Control de la Misión poco después de la puesta de sol -, pero creemos que va a entrar en actividad el Foco Beta en la próxima hora. Probabilidad de un setenta por ciento.

Falcon consultó rápidamente la carta. Beta: latitud de Júpiter, ciento cuarenta grados... eso distaba más de dieciocho mil seiscientas millas, estaba muy por debajo del horizonte. Aun cuando las grandes erupciones desarrollaban diez megatones, Falcon se encontraba demasiado lejos de la onda expansiva para correr grave peligro. La tormenta de radio que iba a desencadenar, no obstante, era cuestión completamente aparte.

Las explosiones de decámetros que a veces hacían de Júpiter la más poderosa fuente de radio de todo el firmamento habían sido descubiertas en la década de 1950, para completo asombro de los astrónomos. Ahora, más de un siglo después, su verdadera causa seguía siendo un misterio. Sólo se conocían los síntomas; pero su explicación era totalmente desconocida.

La teoría del «volcán» era la que mejor había resistido la prueba del tiempo, aunque nadie imaginaba que este vocablo tenía el mismo significado en Júpiter que en la Tierra. A intervalos frecuentes - a menudo varias veces al día - se desencadenaban titánicas erupciones en las regiones inferiores de la atmósfera, probablemente en la superficie del propio planeta, y una enorme columna de gas, de más de seiscientas millas de altura, brotaba hirviendo, como decidida a huir al espacio.

Frente al más poderoso campo gravitatorio de todos los planetas, no tenía la más mínima posibilidad. Sin embargo, algunas escurriduras - unos cuantos millones de toneladas tan sólo - lograban alcanzar la ionosfera joviana; y cuando esto sucedía, se desencadenaba todo un infierno.

Los cinturones de radiación que envuelven el planeta Júpiter empequeñecen por completo los débiles cinturones Van Allen de la Tierra. Cuando se establece entre ellos un cortocircuito debido a una columna ascendente de gas, el resultado es una descarga eléctrica millones de veces más poderosa que la más grande descarga terrestre; provoca un colosal trueno de radio que invade enteramente el sistema solar y prosigue más allá, hacia las estrellas.

Se había descubierto que estas explosiones de radio procedían de cuatro grandes zonas del planeta. Quizá había en ellas puntos débiles que permitían que el fuego interno irrumpiera en el exterior de tiempo en tiempo. Los científicos de Ganimedes, la más grande de las lunas de Júpiter, creían ahora que podían predecir el inicio de una tormenta de decámetros: su precisión era más o menos la de los que pronosticaban el tiempo allá a principios de 1900.

Falcon no supo si alegrarse o asustarse ante una tormenta de radio; desde luego, le daría más mérito a la misión... si salía con vida. Su rumbo había sido planeado de forma que se mantuviera lo más alejado posible de los grandes centros de perturbación, especialmente del más activo, el Foco Alfa. Por suerte, la amenazadora Beta era la más próxima a él. Esperaba que la distancia, casi las tres cuartas partes de la Tierra, fuera suficiente para mantenerse a salvo.

- Probabilidad, el noventa por ciento - dijo el Control de la Misión, con claro acento de premura -. Y olvide esa hora. Ganimedes dice que puede ocurrir en cualquier momento.

Apenas había enmudecido la radio cuando comenzó a elevarse rápidamente la aguja de medición de fuerza del campo magnético. Antes de que llegara a salirse de la escala, cambió de dirección y empezó a descender tan rápidamente como se había elevado. Muy lejos, y miles de millas más abajo, algo había dado una titánica sacudida al corazón derretido del planeta.

- ¡Allá resopla! - gritó el Control de la Misión.

- Gracias, ya lo sé. ¿Cuándo recibiré el embate de la tormenta?

- Puede esperar la primera sacudida dentro de cinco minutos, y en diez, su apogeo.

En la lejana curva de Júpiter empezaba a elevarse hacia el espacio un embudo de gas tan amplio como el océano Pacífico, a una velocidad de miles de millas por hora. Los rayos sacudían ya, sin duda, las regiones inferiores de la atmósfera del alrededor... pero no eran nada comparados con la furia que estallaría cuando alcanzara el cinturón radiactivo y empezara a descargar su desbordante cantidad de electrones sobre el planeta. Falcon empezó a recoger todos los botalones del instrumental extendidos fuera de la cápsula. No tenía más precauciones que tomar.

Tardaría cuatro horas en ser alcanzado por la sacudida atmosférica; pero la ráfaga de ondas de radio, que se desplazaba a la velocidad de la luz, estaría aquí en una décima de segundo, tan pronto como se disparara la descarga.

El monitor de la radio, que examinaba el espectro de un extremo a otro, no registraba aún nada extraordinario, sino el normal zumbido de fondo. Luego, Falcon observó que el nivel del ruido aumentaba gradualmente. La explosión estaba acumulando fuerza.

A semejante distancia no esperaba ver nada. Pero, súbitamente, vio danzar un débil parpadeo como de un relámpago de calor a lo largo de todo el horizonte oriental. Simultáneamente saltaron la mitad de los interruptores del cuadro principal, se apagaron las luces y enmudecieron todos los canales de comunicación.

Intentó moverse, pero fue completamente incapaz de hacerlo. La parálisis que se había apoderado de él no era meramente psicológica; parecía haber perdido todo el dominio de sus miembros y experimentaba una dolorosa sensación de hormigueo en todo el cuerpo. Era imposible que el campo eléctrico pudiera haber traspasado la protección de esta cabina. Sin embargo, había un pálido resplandor en el tablero de instrumentos, y pudo oír el crujido inequívoco de una descarga.

Los sistemas de emergencia entraron en funcionamiento con una serie de detonaciones, y se restablecieron las cargas. Volvieron a encenderse las luces. Y la parálisis de Falcon desapareció tan rápidamente como había venido.

Después de mirar el tablero para asegurarse de que todos los circuitos habían vuelto a la normalidad, se volvió rápidamente hacia las portillas de observación.

No tuvo necesidad de encender los reflectores de inspección: los cables que sostenían la cápsula parecían estar incandescentes. Eran rayas de luz de un azul eléctrico que se extendían hacia arriba contra la oscuridad, desde el gran anillo de sujeción hasta el ecuador del gigantesco globo; y, rodando lentamente a lo largo de varias de ellas, se veían luminosas bolas de fuego.

El espectáculo resultaba tan extraño y hermoso que era imposible ver en él amenaza de ningún género. Pocas personas, Falcon lo sabia muy bien, habían contemplado la bola del relámpago desde tan cerca... y, desde luego, ninguno habría sobrevivido, de navegar en un globo lleno de hidrógeno, en la atmósfera de la Tierra. Recordaba la muerte del Hindenburg entre las llamas, destruido por una chispa extraviada cuando anclaba en Lakehurst en 1937. Como tantas veces había sucedido en el pasado, la vieja película se le representó horriblemente vívida en su imaginación. Pero, al menos, aquello no podía suceder aquí, aun cuando había más

hidrógeno sobre su cabeza que en el último zeppelín. Tendrían que transcurrir unos cuantos billones de años, sin embargo, antes de que alguien pudiera encender fuego en la atmósfera de Júpiter.

Con un crepitar como el del tocino en la sartén, el circuito de comunicación cobró vida otra vez:

- Hola, Kon-Tiki... ¿me escucha?, ¿me escucha?

Era una voz entrecortada y tremendamente desfigurada, aunque inteligible. Falcon recobró su ánimo: había restablecido contacto con el mundo de los hombres.

- Le oigo - dijo -. Estoy sobrecargado de electricidad, pero sin el menor daño... por ahora.

- Gracias... creíamos que le habíamos perdido. Por favor, compruebe los canales de telemetría tres, siete y veintiséis. También el aumento de la cámara dos. Tampoco creemos que sean exactas las cifras que dan las sondas externas de ionización...

De mala gana Falcon apartó la mirada del fascinante espectáculo pirotécnico que se desarrollaba en torno a la Kon-Tiki, aunque de cuando en cuando siguió asomándose a las portillas. Primero desapareció la bola incandescente; luego, los globos de fuego se dilataron poco a poco hasta adquirir proporciones críticas, tras lo cual estallaban suavemente y se desvanecían. Pero incluso una hora más tarde, seguía habiendo aún débiles resplandores por todo el metal del exterior de la cápsula; y los circuitos de radio siguieron con ruidos hasta mucho después de la medianoche.

Las restantes horas de oscuridad transcurrieron sin el menor incidente... hasta unos momentos antes de amanecer. Dado que era una claridad que provenía del Este, Falcon infirió que estaba presenciando los primeros anuncios del amanecer. Luego se dio cuenta de que faltaban aún veinte minutos para que despuntara el día... y que la claridad que surgía a lo largo del horizonte avanzaba hacía él de forma perceptible. Se separó velozmente del arco de estrellas que perfilaba el borde invisible del planeta, y Falcon vio que se trataba tan sólo de una estrecha franja, recortada con toda nitidez. Parecía el haz de luz de un enorme reflector desplazándose baio las nubes.

Unas sesenta millas más allá de la primera columna de luz inquieta venía otra, paralela, que se movía a la misma velocidad. Y más allá, otra, y otra... hasta que todo el cielo parpadeó con una alternancia de planos de oscuridad y de luz.

Ahora, pensó Falcon, se hallaba ya habituado a las maravillas, y parecía imposible que este despliegue de pura, silenciosa luminosidad representara el más mínimo peligro. Pero era tan asombroso y tan inexplicable, que sintió un miedo frío, crudo, que le minó su propia capacidad de autodominio. Ningún hombre podía contemplar semejante espectáculo sin sentirse como un pigmeo en presencia de fuerzas que escapaban a su capacidad de comprensión. ¿Sería posible que, en definitiva, tuviera Júpiter no sólo vida, sino también inteligencia? ¿Una inteligencia, quizá, que sólo ahora empezaba a reaccionar ante una presencia extraña?

- Sí, lo vemos - dijo el Control de la Misión con una voz que reflejaba su propio miedo -. No tenemos idea de qué pueda ser. Espere, vamos a llamar a Ganimedes.

El espectáculo se estaba disipando lentamente; las franjas móviles del lejano horizonte se hicieron mucho más débiles, como si la energía que las producía se estuviera agotando. A los cinco minutos, todo había concluido; el último impulso de luz parpadeó en dirección a poniente y se desvaneció. Su desaparición produjo a

Falcon una inmensa sensación de alivio. La visión había sido tan hipnótica, tan turbadora, que no podía resultar beneficiosa para ningún hombre el contemplarla demasiado tiempo.

Se sentía más desasosegado de lo que estaba dispuesto a admitir. La tormenta eléctrica era algo que podía entender; pero esto era absolutamente incomprensible.

El Control de la Misión seguía aún en silencio. Falcon sabía que estaban consultando los bancos de datos de Ganimedes, mientras los hombres y las computadoras centraban sus mentes en el problema. Si no encontraban allí ninguna respuesta, sería necesario llamar a la Tierra; eso equivaldría a una demora de casi una hora. La posibilidad de que ni aun la Tierra fuera capaz de ayudarle era algo sobre lo que Falcon no quería ni pensar.

Nunca se alegró tanto de oír la voz del Control de la Msión como cuando habló por fin el Dr. Brenner. El biólogo parecía aliviado, aunque serio... como el hombre que acaba de pasar una crisis intelectual.

- Hola, Kon-Tiki. Hemos resuelto su problema, pero nos parece increíble. Lo que usted ha visto es un fenómeno de bioluminiscencia, muy similar al producido por los microorganismos de los mares tropicales de la Tierra. Aquí se encuentran en la atmósfera, no en el océano, pero el principio es el mismo.

- Pero el proceso - protestó Falcon - era tan regular... tan artificial. ¡Y tenía una anchura de cientos de millas!

- Era incluso más grande de lo que puede imaginar; usted ha visto sólo una pequeña parte. El fenómeno entero tiene una anchura de más de tres mil millas y parece una rueda en revolución. Ha visto solamente sus rayos, al cruzarse con usted a la velocidad de unas seis décimas de milla por segundo...

- ¡Por segundo! - Falcon no pudo dejar de exclamar -. ¡Ningún animal puede desplazarse a esa velocidad!

- Por supuesto que no. Deje que le explique. Lo que usted ha visto se ha originado por el choque de la onda que ha provocado el Foco Beta, la cual se ha desplazado a la velocidad del sonido.

- Pero ¿y la regularidad del proceso? - insistió Falcon.

- Eso es lo sorprendente. Se trata de un fenómeno muy raro, pero es idéntico al de las ruedas de luz observadas en el golfo Pérsico y en el océano Indico, sólo que de un

tamaño mil veces superior. Escuché esto: Del Patna, de la Compañía Indobritánica; golfo Pérsico, mayo de 1880, 23,30 horas: «Se avistó una enorme rueda luminosa, girando sobre sí misma, cuyos rayos parecían barrer el costado del barco al pasar. Los rayos tenían de doscientas a trescientas yardas de longitud; cada rueda contenía unos dieciséis rayos... Y aquí tenemos otra anotación del golfo de Omán, con fecha del 23 de mayo dé 1906: «La luminiscencia, intensamente brillante, se acercó velozmente a nosotros, lanzando vivos rayos de luz hacia poniente en rápida sucesión, como el haz de un faro... A babor nuestro se formó una gigantesca rueda de fuego, cuyos rayos se extendían hasta donde alcanzaba la vista. Toda la rueda estuvo girando sobre sí unos dos o tres minutos...» La computadora - archivo de Ganimedes ha sacado unos quinientos casos. De no pararla a tiempo habría sacado un montón más.

- Me ha convencido... pero aún estoy perplejo.

- No le culpo. En realidad, no se le llegó a encontrar una explicación completa hasta finales del siglo XX. Parece que estas ruedas luminosas son consecuencia de los terremotos submarinos, y acontecen siempre en aguas poco profundas, donde pueden reflejarse las ondas de choque y dar lugar a una serie de ondas estacionarias. Unas veces son como barras y otras como ruedas que giran: las «Ruedas de Poseidón» las llaman. Se ha comprobado esta teoría provocando explosiones subacuáticas y fotografiando los resultados desde un satélite. No es de extrañar que los marineros fueran supersticiosos. ¿Quién habría creído una cosa así?

Conque era eso, se dijo Falcon. Al estallar el Foco Beta debió emitir una serie de sacudidas en todas direcciones... a través del gas comprimido de las regiones inferiores de la atmósfera y a través del mismo cuerpo sólido de Júpiter. Al chocar y entrecruzarse estas ondas debieron anularse aquí y acrecentarse allá, y el planeta entero resonó como una campana.

No obstante, la explicación no le anuló la sensación de maravilla y terror; jamás olvidaría esas vacilantes franjas de luz desplazándose vertiginosas por las profundidades inalcanzables de la. atmósfera joviana. Tenía la impresión de encontrarse no meramente en un planeta extraño, sino en alguna mágica región situada entre el mito y la realidad.

Era un mundo en el que podía suceder absolutamente cualquier cosa; donde, con toda probabilidad, ningún hombre era capaz de vaticinar qué le reportaría el futuro.

Y aún le quedaba por pasar un día entero.

6. Medusa

Cuando llegó, por fin, el verdadero amanecer, sobrevino un súbito cambio en el tiempo. La Kon-Tiki se desplazaba en medio de una ventisca. Los copos de cera caían con tanto espesor que la visibilidad era prácticamente nula. A Falcon empezaba a preocuparle el peso que se podía acumular en la parte superior de la envoltura. Luego observó que los copos depositados en la parte exterior de las portillas desaparecían rápidamente; la continua emanación de la Kon-Tiki los evaporaba tan pronto como la rozaban.

De haber hecho este viaje en globo en la Tierra habría tenido que preocuparse también de la posibilidad de una colisión. Al menos, no corría este peligro aquí: cualquier, montaña joviana debía encontrarse varios cientos de millas más abajo. Y en cuanto a los flotantes islotes de espuma, chocar con ellos sería probablemente como traspasar burbujas de jabón, ligeramente más consistentes.

De todos modos, conectó el radar horizontal, que hasta ahora no le había servido para nada; sólo el haz vertical, que le daba la distancia de la superficie invisible, había sido de alguna utilidad. Y entonces se llevó otra sorpresa.

Diseminados por el inmenso sector del cielo que tenía delante, aparecieron docenas de ecos grandes y brillantes. Eran completamente independientes unos de otros, y al parecer se hallaban suspendidos en el espacio. Falcon recordó la frase que solían utilizar los primitivos aviadores para describir uno de los peligros de su profesión: «Nubes rellenas de rocas.» Era la descripción perfecta de lo que aparecía delante de la trayectoria de la KonTiki.

Era una visión desconcertante; luego Falcon se dijo de nuevo que nada que fuese realmente sólido podía revolotear en esta atmósfera. Quizá fuera algún extraño fenómeno meteorológico. En cualquier caso, el eco más cercano se encontraba a ciento veinticinco millas.

Lo comunicó al Control de la Misión, el cual no pudo facilitarle explicación alguna. En cambio, le dio la agradable noticia de que saldría de la ventisca dentro de treinta minutos.

No le previno, sin embargo, del repentino viento que cogió a la Kon-Tiki súbitamente de través, casi en ángulo recto respecto de la trayectoria que llevaba. Falcon tuvo que echar mano de toda su pericia y emplear al máximo el escaso control que podía ejercer sobre su torpe vehículo para evitar que zozobrara. Unos minutos después corría veloz en dirección Norte, a más de trescientas millas por hora. Luego, tan súbitamente como había empezado, la turbulencia cesó; seguía desplazándose a gran velocidad, pero con viento suave. Se preguntó si le habría cogido el equivalente joviano de una corriente en chorro.

La tormenta de nieve se había disipado, y vio que Júpiter se había estado preparando para él.

La Kon-Tiki había entrado en el embudo de un gigantesco remolino de unas seiscientas millas de diámetro. El globo estaba siendo arrastrado por la curvada pared de la nube. Arriba, el sol brillaba en un cielo claro; pero allá abajo, este inmenso agujero de la atmósfera perforaba las ignotas profundidades y alcanzaba un suelo brumoso donde parpadeaban los relámpagos casi continuamente.

Aunque la nave era arrastrada hacia abajo tan lentamente que no se percibía ningún peligro inmediato, Falcon abrió el chorro de calor de la envoltura hasta que la Kon-Tiki se mantuvo flotando a una altitud constante. Hasta ese momento no apartó los ojos del fantástico espectáculo del exterior para inspeccionar nuevamente el problema del radar.

El eco más próximo se hallaba ahora a unas veinticinco millas tan sólo. Todos ellos, inmediatamente se dio cuenta, estaban esparcidos a lo largo de la pared del remolino y se movían por ella, al parecer, atrapados en el torbellino como la propia Kon-Tiki. Orientó el telescopio en la dirección que apuntaba el radar y se encontró con que tenía ante sí una extraña nube moteada que ocupaba casi todo su campo visual.

Se distinguía con dificultad porque era apenas algo más oscura que el muro gigantesco de bruma que servía de fondo. Hasta que no transcurrieron unos minutos, no se dio cuenta Falcon de que ya la había visto anteriormente.

La primera vez la había visto reptar por las itinerantes montañas de espuma, y la había tomado por un gigantesco árbol de múltiples troncos. Por fin podía apreciar ahora su verdadera dimensión y complejidad, y darle un nombre más apropiado para fijar su imagen en su mente. No se parecía en absoluto a un árbol, sino a una medusa: a una medusa, tal como podía haberla visto, con sus tentáculos a rastras, navegando por las cálidas aguas de la corriente del golfo.

Esta medusa tenía un diámetro de más de una milla, y sus innumerables tentáculos colgantes medían varios centenares de pies. Se inclinaban adelante y atrás al unísono, empleando más de un minuto en completar cada ondulación... casi como si la criatura bogara torpemente por el cielo.

Los otros ecos correspondían a otras tantas medusas más lejanas. Falcon enfocó el telescopio hacia media docena de ellas, y no apreció variación alguna en sus formas o tamaños. Todas parecían pertenecer a la misma especie; se preguntó por qué vagarían perezosamente en esta órbita de seiscientas millas. Tal vez se estaban alimentando del plancton aéreo que el remolino había sucionado, tal como había hecho con la propia Kon-Tiki.

- ¿Se da usted cuenta, Howard - dijo el Dr. Brenner cuando se hubo recobrado de su estupor inicial -, de que ese ser es más de cien mil veces superior en tamaño a la más grande de las ballenas? Aun cuando no fuera más que un globo de gas, pesaría lo menos ¡un millón de toneladas! No tengo ni idea de cuál puede ser su metabolismo. Debe generar megavatios de calor para mantener su flotabilidad.

- Pero si no es más que un globo, ¿por qué da el radar un eco tan condenadamente claro?

- No tengo la más remota idea. ¿Puede aproximarse más?

La pregunta de Brenner no era superflua. Si variaba de altitud para aprovechar las diferencias de velocidad del viento, Falcon podía aproximarse a la medusa cuanto quisiera. De momento, no obstante, prefería conservar su actual distancia de veinticinco millas, y así lo dijo con firmeza.

- Comprendo lo que quiere decir - contestó Brenner, un poco de mala gana -. Quedémonos donde estamos, de momento.

Ese «nosotros» le sonó a Falcon extrañamente divertido: las sesenta mil millas adicionales introducían una considerable diferencia, según su punto de vista.

Durante las dos horas siguientes, la Kon-Tiki navegó sin incidentes por la curva del gran remolino, mientras Falcon probaba los filtros y el contraste de la cámara, tratando de obtener una imagen clara de la medusa. Empezaba a preguntarse si no sería su coloración evanescente una especie de camuflaje; quizá, como muchos animales de la Tierra, trataba de confundirse con el paisaje. Era una argucia que utilizaban tanto el cazador como la caza.

¿En qué categoría se encontraba la medusa? Esa era una cuestión a la que no era posible contestar en el corto espacio de tiempo que le quedaba. Sin embargo, poco antes de las doce del mediodía, sin el más ligero aviso, llegó la respuesta...

Como un escuadrón de antiguos caza - reactores, surgieron veloces cinco mantas del muro de bruma que formaba el embudo del remolino. Volaban dispuestas en V y se dirigieron directamente hacia la nube gris pálido de la medusa; y no cupo la más mínima duda en el espíritu de Falcon de que iban a atacarla. Se había equivocado por completo al suponer que eran inofensivos seres vegetarianos.

Sin embargo, sucedía todo a un ritmo tan pausado que era como presenciar una película a cámara lenta. Las mantas avanzaron ondulantes a la velocidad de treinta millas por hora más o menos; parecieron tardar siglos en llegar hasta la medusa, la cual seguía navegando imperturbable a una velocidad más moderada. A pesar de sus enormes dimensiones, las mantas parecían diminutas comparadas con el monstruo al que se

aproximaban. Cuando se lanzaron sobre su dorso, parecían del tamaño de los pájaros que se posan sobre las ballenas.

Falcon se preguntó si la medusa podría defenderse por sí misma. No veía él que las mantas atacantes corrieran peligro alguno mientras evitaran los largos y torpes tentáculos. Y puede que el huésped ignorara la presencia de estas criaturas, como si se tratara de insignificantes parásitos que ella toleraba, igual que los perros toleran las pulgas.

Pero ahora era evidente que la medusa se encontraba en un aprieto. Con agónica lentitud, comenzó a inclinarse como un barco a punto de naufragar. Al cabo de diez minutos se había ladeado cuarenta y cinco grados; estaba también perdiendo altura rápidamente. Era imposible no sentir piedad por este monstruo asediado, y el espectáculo trajo a Falcon recuerdos amargos. De una manera grotesca, la caída de la medusa era casi una parodia de los últimos momentos agónicos del Queen.

Pero sabía que sus simpatías estaban mal dirigidas. La inteligencia superior sólo podía desarrollarse entre los depredadores, no entre criaturas que vagaban ramoneando por la mar o por el aire. Las mantas estaban muchísimo más próximas a él que esa monstruosa bolsa de gas. Y, en definitiva, ¿quién era capaz de simpatizar verdaderamente con una criatura de un tamaño cien mil veces mayor al de la ballena?

Entonces observó que la táctica de la medusa parecía producir su efecto. La zozobra sacudió a las mantas y se apartaron aleteando de su lomo... como buitres interrumpidos en pleno festín. Pero no se alejaron demasiado, y siguieron revoloteando a pocas yardas, en torno al monstruo acosado.

Hubo un relámpago súbito y cegador, a la vez que sonó un crujido de descarga eléctrica en la radio. Una de las mantas se enrolló, de extremo a extremo, y se precipitó en linea recta hacia abajo. Mientras caía, fue dejando un penacho de humo negro tras de sí. El parecido con la caída de un avión envuelto en llamas era tremendamente asombroso.

Entonces las restantes mantas se elevaron a un tiempo y se alejaron de la medusa, aumentando su velocidad mediante una pérdida de altitud. En cuestión de minutos habían desaparecido entre los muros de la nube, de los cuales habían surgido. Y la medusa, que había dejado de descender, inició el movimiento que restablecería su posición horizontal. Poco después navegaba en completo equilibrio, como si nada hubiera ocurrido.

- ¡Maravilloso! - exclamó el Dr. Brenner tras un momento de estupor -. Ha desplegado defensas eléctricas, como algunas anguilas y rayas. Pero ¡esa descarga ha debido ser lo menos de un millón de voltios! ¿Puede ver usted el órgano que ha podido producir esa descarga? ¿Algo así como electrodos?

- No - contestó Falcon, después deponer su telescopio a la máxima potencia -. Pero hay algo muy extraño. ¿Ve usted esa franja? Revise las primeras imágenes. Estoy seguro de que no estaba ahí antes.

Había aparecido una lista jaspeada y ancha en torno a la medusa. Formaba una especie de damero asombrosamente regular, cada uno de cuyos cuadros estaba rayado a su vez con un complejo trazado de pequeñas líneas horizontales. Estaban espaciados por distancias iguales, en un orden perfectamente geométrico de hileras y columnas.

- Tiene usted razón - dijo el Dr. Brenner con un acento en su voz que parecía muy próximo al terror -. Acaba de aparecer. Y miedo me da decir lo que creo que es.

- Bueno, yo no tengo ningún prestigio que perder... al menos como biólogo. ¿Quiere que lo diga yo?

- Adelante.

- Eso es una enorme banda radiométrica. Como las que se usaban antiguamente, a principios del siglo XX.

- Me temía que iba a decir eso. Bueno, ahora sabemos por qué daba un eco tan claro.

- Pero ¿por qué aparece ahora?

- Probablemente, como consecuencia de la descarga.

- Se me acaba de ocurrir otra idea - dijo Falcon lentamente. - ¿Cree usted que nos estará escuchando?

- ¿A esta frecuencia? Lo dudo. Eso son antenas de metros; no, de decámetros, a juzgar por sus dimensiones. ¡Hum... podría ser!

El Dr. Brenner se quedó callado, ponderando evidentemente algún nuevo derrotero de sus pensamientos. Luego prosiguió:

- ¡Apuesto a que están sintonizadas para las explosiones de radio! Eso es algo que la naturaleza no ha tenido que producir jamás en la Tierra... Nosotros tenemos animales con sonar e incluso con sentidos eléctricos, pero ningún ser ha desarrollado jamás un sentido semejante a una radio. ¿Para qué iba a servir en un lugar de tanta luz? Pero aquí es diferente, Júpiter está empapado de energía radioeléctríca. Vale la pena utilizarla... y puede que incluso acumularla. ¡Esa criatura podría ser una instalación eléctrica flotante!

Una nueva voz terció en la conversación:

- Aquí el comandante de la misión. Todo esto es muy interesante, pero hay una cuestión mucho más importante que solventar. ¿Es inteligente? Si lo es, debemos tener presentes las normas de Primer Contacto.

- Antes de venir aquí - dijo el Dr. Brenner con cierta tristeza -, habría sido capaz de jurar que cualquier ser que construyera un sistema de antenas de onda corta tendría que

ser inteligente. Ahora no estoy seguro. Esta. criatura puede haberlo desarrollado naturalmente. Supongo que igual de fantástico resulta el ojo humano.

- Entonces debemos ir sobre seguro y suponer que es inteligente. De momento, por tanto, esta expedición queda sometida a todas las clásulas de la norma primera.

Hubo un largo silencio, mientras cada uno de los que estaban a la escucha digerían las implicaciones de esta situación. Por primera vez en la historia de los vuelos espaciales tendrían que ser aplicadas las normas que se habían elaborado después de más de un siglo de debates. El hombre había sacado un provecho - eso se esperaba - de sus errores en la Tierra. No solamente las consideraciones morales, sino también su propio interés, exigían el no repetirlos en los otros planetas. Podía ser catastrófico tratar a una inteligencia superior de la misma manera que los colonos americanos habían tratado a los indios, o como casi todos habían tratado a los africanos...

La primera regla era: guarda las distancias. No intentes aproximarte, ni aun comunicarte, hasta que «ellos» hayan tenido tiempo suficiente de estudiarte. Nadie habría sido capaz de decir qué podía entenderse exactamente por «tiempo suficiente». Eso quedaba a criterio del hombre según la situación.

Sobre Howard Falcon había venido a recaer una responsabilidad que jamás había pensado. Durante las pocas horas que le quedaban de estar en Júpiter, podía convertirse en el primer embajador del género humano.

Y ésa era una paradoja tan deliciosa que casi deseó que los cirujanos le hubieran restituido la facultad de reír.

7. Norma primera

Estaba oscureciendo, pero Falcon, con los ojos fijos en la nube viviente del campo visual del telescopio, apenas se dio cuenta. El viento que impelía constantemente la Kon-Tiki en torno al embudo del gran remolino le situó a doce millas de la criatura. Si le acercaba seis millas más, iniciaría una maniobra evasiva. Aunque estaba seguro de que el arma eléctrica de la medusa era de corto alcance, no deseaba poner a prueba esta hipótesis. Ese sería un problema para futuros exploradores, a quienes deseaba buena suerte.

La cápsula se había quedado casi a oscuras. Esto era extraño, porque aún faltaban horas para el crepúsculo. Maquinalmente, echó una mirada al radar de barrido horizontal,

como había hecho a cada rato. Aparte de la medusa que estaba examinando, no había ningún objeto en unas sesenta millas a la redonda.

Súbitamente, pero con una potencia tremenda, empezó a oír los golpes acompasados que brotaban de la noche joviana: el latido que crecía más y más de prisa, y luego se paraba en pleno crescendo. La cápsula entera retemblaba como un garbanzo dentro de una olla.

Dos cosas comprendió Falcon al mismo tiempo, en el intervalo del silencio repentino y doloroso. Esta vez no provenía de miles de millas de distancia, a través de un circuito de radio. Estaba en la mismísima atmósfera que le rodeaba.

El segundo pensamiento era más inquietante aún. Había olvidado completamente - era imperdonable, pero había tenido otras cosas evidentemente más perentorias en que pensar que la mayor parte del cielo que tenía arriba quedaba totalmente tapado por la bolsa de gas de la Kon-Tiki. Como era ligeramente plateado para que conservara su calor, el globo hacía de eficaz pantalla ante el radar y el campo visual.

Falcon lo sabía, naturalmente; éste había sido uno de los pequeños defectos del diseño, pasado por alto porque no parecía revestir importancia. Ahora, en cambio, le parecía a Howard tremendamente importante... al ver la fila de tentáculos gigantescos, más gruesos que el tronco de cualquier árbol, que descendían rodeando completamente la cápsula.

Oyó chillar a Brenner:

- ¡Recuerde la norma primera! ¡No lo asuste!

Pero antes de darle la respuesta adecuada, empezó de nuevo aquel redoble irresistible y ahogó todos los demás sonidos.

La prueba que verdaderamente revela el grado de adiestramiento de un piloto es el modo como reacciona no ante emergencias previsibles, sino ante aquellas que nadie puede prever. Falcon no se paró más de un segundo en analizar la situación. Con un rapidísimo movimiento tiró de la cuerda de apertura.

Esta palabra era un residuo arcaico de la época de los primeros globos de hidrógeno; en la Kon-Tiki, la cuerda de apertura no abría bruscamente la bolsa de gas, sino que accionaba sólo una serie de claraboyas dispuestas en la curva superior de la envoltura. Inmediatamente, el gas caliente se precipitó al exterior; la Kon-Tiki, privada de su elemento de ascensión, inició una veloz caída en este campo gravitatorio dos veces y media superior al de la Tierra.

Falcon tuvo una fugaz visión de los grandes tentáculos que se sacudían acercándose y alejándose. Le dio tiempo a observar que estaban provistos de amplias vejigas o sacos,

los cuales, probablemente, les conferían la flotabilidad; y que terminaban en una multitud de antenas que eran como raíces de plantas. Casi esperaba una descarga eléctrica... pero no ocurrió nada.

Su precipitado descenso fue aminorando a medida que la atmósfera iba siendo más densa, a la vez que la desinflada envoltura hacía las veces de paracaídas: Cuando la Kon-Tiki llevaba descendidas unas dos millas, consideró prudente cerrar las claraboyas otra vez. Perdió otra milla en restablecer su flotabilidad y recuperar el equilibrio, y se aproximaba peligrosamente al límite de su seguridad.

Escrutó ansiosamente a través de las portillas superiores, aunque no esperaba ver nada, sino el bulto oscuro del globo. Pero se había desplazado lateralmente durante el descenso, y consiguió ver la medusa parcialmente a un par de millas por encima de él. Estaba mucho más cerca de lo que esperaba... y seguía bajando más de prisa de lo que habría creído posible.

El Control de la Misión estaba llamando angustiosamente. Falcon gritó:

- Estoy bien... pero sigue aproximándose. No puedo bajar más.

Eso no era totalmente cierto. Podía descender mucho más: unas ciento ochenta millas más. Pero sería un viaje sin retorno, y la mayor parte del recorrido tendría muy poco interés para él.

Entonces, con gran alivio por su parte, vio que la medusa planeaba horizontalmente a menos de una milla de distancia. Quizá había decidido acercarse a este extraño intruso con precaución; o quizá, también, había tropezado con esta capa incómodamente caliente. La temperatura se hallaba por encima de los cincuenta grados centígrados, y Falcon se preguntó cuánto tiempo seguiría funcionando su equipo de sostenimiento de vida.

El Dr. Brenner volvió a ponerse en contacto con él, preocupado aún por la norma primera.

- ¡Recuerde: puede que sólo sienta curiosidad! - exclamó sin mucha convicción -. ¡Procure no asustarla!

Falcon se estaba cansando de esta advertencia, y recordó una discusión que presenció una vez por televisión entre un letrado y un astronauta. Después de escuchar una minuciosa exposición de todas las implicaciones de la norma primera, el incrédulo astronauta había exclamado: «Entonces, si no hay otra alternativa, ¿debo quedarme quieto y dejarme devorar?» El letrado ni siquiera esbozó una sonrisa cuando le contestó: «Esa es una excelente recapitulación.»

En aquel momento le había parecido divertido; ahora no se lo parecía en absoluto.

Y entonces Falcon vio algo que le hizo sentirse aún más desdichado. La medusa seguía girando por encima de él, a una milla de distancia... pero uno de sus tentáculos había empezado a estirarse de una manera increíble, y se extendía hacia la Kon-Tiki, al tiempo que se hacía más delgado. De niño, había visto una vez el embudo de un huracán que descendía desde una tormentosa nube a las llanuras de Kansas. La cosa que ahora se venía hacia él le despertó vívidos recuerdos de aquella negra, contorsionada culebra del cielo.

- Se me están agotando las posibilidades a toda prisa - comunicó al Control de la Misión -. Ahora sólo puedo elegir entre la alternativa de asustarla... o producirle un dolor de estómago. No creo que encuentre a la Kon-Tiki muy digestiva, si es eso lo que se propone.

Aguardó unos momentos la respuesta de Brenner, pero el biólogo permaneció en silencio.

- Muy bien. Me quedan veintisiete minutos, pero voy a poner en marcha el cronómetro de ignición. Espero tener la suficiente reserva para corregir mi órbita más tarde.

No podía ver ya a la medusa: se había situado otra vez directamente encima de él. Pero sabía que el tentáculo que descendía debía estar muy cerca del globo. Tardaría casi cinco minutos en poner a pleno rendimiento el reactor...

El fusor estaba cebado. La computadora de órbitas no había desechado la situación como completamente imposible. Las bocas de los tubos propulsores estaban abiertas, dispuestas a engullir las toneladas de hidrohelio que hicieran falta. Aun en condiciones óptimas, éste sería el momento de la verdad... ya que no había habido ocasión de probar los resultados reales de la propulsión a chorro en la extraña atmósfera de Júpiter.

Muy lentamente, algo impulsó la Kon-Tiki. Falcon trató de ignorarlo.

El encendido estaba proyectado para seis millas más arriba, en una atmósfera cuatro veces menos densa y treinta grados más fría. Lástima.

¿Cuál era la inmersión menos profunda para alejarse en la que podrían funcionar los tubos? En cuanto se encendiera el propulsor, enfilaría hacia Júpiter con sus dos g y media, a fin de ayudarse a conseguirlo. ¿Tendría posibilidad de zafarse a tiempo?

Una mano enorme y pesada tentó el globo. La nave entera se bamboleó arriba y abajo como uno de esos yo - yós que acababan de ponerse de moda en la Tierra.

Naturalmente, Brenner podía estar perfectamente en lo cierto. Quizá estaba tratando de mostrarse amistosa. Tal vez debía intentar él establecer contacto por radio. Qué debía decirle: «¿Minina, preciosa?» «¿Quieto, Fido?» O: «¿Llévame a tu superior?»

La proporción tritio - deuterio era correcta. Estaba preparado para encender la mecha con un cerilla de cien millones de grados.

La delgada punta del tentáculo descendió, tentando en torno al borde del globo, unas sesenta yardas más arriba. Era más o menos del tamaño de una trompa de elefante, y por la forma delicada en que se movía, parecía que era casi igual de sensitiva. Tenía unos pocos palpos que hacían de bocas inquisitivas. Seguro que el Dr. Brenner estaría fascinado.

Este era el momento. Echó una rápida mirada a todo el panel de control, inició la cuenta final de ignición de cuatro segundos, arrancó el precinto de seguridad y apretó el botón de LANZAMIENTO.

Se produjo una fuerte explosión y una repentina pérdida de peso. La Kon-Tiki cayó libremente, con el morro apuntando hacia abajo. Arriba, el globo, desprendido, ascendía rápidamente arrastrando al inquisitivo tentáculo. Falcon no tuvo tiempo de ver si la bolsa de gas chocaba con la medusa, porque en ese momento se puso en marcha el propulsor, y tenía otras cosas en que pensar.

Brotó una rugiente columna de hidrohelio caliente de los tubos del reactor, imprimiendo un impulso más grande aún... pero hacia Júpiter, y no al contrario. No podía escapar todavía porque el control automático tardaba demasiado. A menos que recuperara el control completo y lograra establecer el vuelo horizontal en los próximos cinco segundos, el vehículo se hundiría demasiado en la atmósfera y se destruiría.

Con agónica lentitud - los cinco segundos parecieron cincuenta - consiguió ponerla horizontal, y luego elevar el morro hacia arriba. Volvió los ojos una sola vez, y echó una última mirada a la medusa, la cual se encontraba ya a muchas millas de distancia. El globo desprendido de la Kon-Tiki había escapado de su presa al parecer, pues no vio el menor vestigio de él.

Ahora volvía a ser dueño otra vez... ya no vagaba impotente al capricho de los vientos de Júpiter, sino que regresaba, con su propia columna de fuego atómico, hacia las estrellas. Confiaba en que el propulsor le daría la velocidad y altitud constantes, hasta alcanzar una aceleración casi - orbital en el borde de la atmósfera. Luego, mediante un breve impulso de pura fuerza del cohete, alcanzaría la libertad del espacio.

En plena trayectoria hacia su órbita miró en dirección Sur y vio el tremendo enigma de la Gran Mancha Roja - esa isla flotante cuyo tamaño era dos veces el de la Tierra - elevándose del horizonte. Se quedó mirando su misteriosa belleza, hasta que la computadora le advirtió que faltaban sólo sesenta segundos para la conversión a propulsión de cohete. Apartó los ojos de mala gana.

- En otra ocasión - murmuró.

- ¿Qué? - dijo el Control de la Misión -. ¿Qué ha dicho?

- No importa - contestó,

8. Entre dos mundos

- Ahora eres un héroe, Howard - dijo Webster -, no una mera celebridad. Les has dado algo en que pensar... has inyectado algo de emoción en sus vidas. Ni uno solo, entre un millón, realizará un viaje a los Gigantes del Exterior, pero el género humano entero irá con la imaginación. Y eso es lo que cuenta.

- Me alegro de haber hecho un poco más fácil tu trabajo.

La amistad entre ambos era demasiado antigua como para que Webster se sintiera molesto por la nota de ironía. Sin embargo, le sorprendió. Y no era éste el único cambio que había observado en Howard desde su regreso de Júpiter.

El administrador señaló hacia el famoso lema sobre su mesa, copiado de un empresario de antaño: ¡ASOMBRAME!

- No me avergüenzo de mi trabajo. Nuevos conocimientos, nuevos recursos... todo eso está muy bien. Pero los hombres necesitan también novedades y emociones. Los viajes espaciales se han convertido en una rutina; tú los has convertido de nuevo en una gran aventura. Tardaremos mucho, mucho tiempo en encasillar a Júpiter. Y puede que tardemos muchísimo más en comprender a esas medusas. Aún creo que había una que sabía cuál era tu punto ciego. En fin, ¿has decidido tu

próximo objetivo? Saturno, Urano, Neptuno... di cuál.

- No sé. He pensado en Saturno, pero no soy necesario allí. Tiene solamente una gravedad, no dos y media como Júpiter. Así que pueden ir perfectamente los hombres.

Los hombres, pensó Webster. Había dicho «los hombres». Jamás había empleado antes semejante expresión. ¿Cuándo le había oído emplear por última vez la palabra «nosotros»? Está cambiando, se está distanciando de nosotros...

- Bueno - dijo en voz alta, levantándose de su silla para disimular su malestar -, vamos a empezar la conferencia. Las cámaras están preparadas y todo el mundo aguarda. Verás un montón de viejos amigos.

Dijo esto último con mucho énfasis, pero Howard no contestó. Cada vez era más difícil leer en la correosa máscara de su rostro. En vez de eso, se apartó de la mesa del administrador, se soltó de su tren de ruedas de manera que no hiciera las veces de silla y

accionó su mecanismo hidráulico, levantándose con sus siete pies de altura. Había sido un acierto psicológico por parte de los cirujanos el añadirle doce pulgadas más, para compensar de algún modo lo que había perdido cuando se estrelló el Queen.

Falcón esperó a que Webster hubiera abierto la puerta. Luego giró limpiamente sobre sus ruedas neumáticas y avanzó a la suave y silenciosa velocidad de veinte millas por hora. Esta exhibición de velocidad y precisión no la hizo como un alarde de arrogancia; más bien se le había convertido en algo inconsciente.

Howard Falcon, que un día había sido un hombre y que aún podía pasar por tal por intermedio de un circuito vocal, sintió una serena sensación de triunfo... y por primera vez desde hacía años, algo así como una paz en el espíritu. Desde su regreso de Júpiter, las pesadillas habían cesado. Había encontrado su puesto al fin.

Ahora sabía por qué le obsesionaba aquel superchimpancé del malogrado Queen Elizabeth. Ni hombre ni bestia, estaba entre dos mundos; igual que él.

Sólo él podía desplazarse sin protección por la superficie lunar. El equipo de sustentación de vida del interior del cilindro metálico que había sustituido a su frágil cuerpo funcionaba igualmente bien en el espacio o bajo el agua. Los campos gravitatorios diez veces superiores al de la Tierra eran un inconveniente, pero nada más. Y no había una gravedad que fuera mejor que las demás...

El género humano se estaba convirtiendo en algo muy lejano, y los lazos de parentesco se hacían más tenues. Quizá estos fardos respiradores de aire, sensibles a la radiación, formados de compuestos carbonosos, no tenían derecho alguno a salir más allá de la atmósfera; debían permanecer en sus medios naturales: la Tierra, la Luna, Marte.

Algún día los verdaderos dueños del espacio serían máquinas, no hombres... y él no era ni lo uno ni lo otro. Consciente ya de su destino, sintió un sombrío orgullo de su soledad sin igual: era el primer eslabón inmortal entre dos órdenes de la creación.

Sería, en definitiva, un embajador: entre lo viejo y lo nuevo... entre las criaturas de carbono y las criaturas metálicas que un día llegarían a sustituirlas.

Las dos necesitarían de él en los azarosos siglos venideros.

FIN